

JORDI DíEZ

PUNTA CANA

7 NOCHES



Un caso para el inspector Guarionex

**PUNTA CANA
7 NOCHES**

Jordi Díez

Mariona miró a su marido. Aún no se explicaba cómo había podido casarse con él.

Le exasperaba casi todo de aquel hombre, y en especial la lentitud que parecía poseerlo, por lo que decidió agarrar sus cosas y salió. Pitus, como lo conocía todo el mundo, corrió para alcanzar a su mujer que bufaba y sudaba bajo aquel sol de justicia como si una ducha de agua caliente se hubiera instalado sobre su cabeza. Pitus le recordó que en el Caribe los movimientos debían ser suaves y acompasó sus palabras con unos pasos de taichí al ritmo de la bachata que sonaba por el hilo musical del hotel.

Mariona lo miró de nuevo y caminó hasta la puerta del hotel ajena a sus estúpidos bailes.

Al cabo de unos minutos, un monovolumen americano del siglo pasado se acercó y el chófer preguntó por ellos. Mariona miró a los dos hombres y mandó al suyo a que se asegurara que dentro del vehículo no hubieran bichos, después le pasó la bolsa con los bocadillos, las toallas, los bronceadores, las cremas de protección, las gafas, el libro, su gorro, una muda de recambio y las zapatillas especiales para el agua. Pitus lo agarró todo y lo tiró al asiento trasero.

El taxista los miró divertido, masculló algo que ni Pitus ni Mariona consiguieron comprender y arrancó. Habían contratado una excursión para visitar una playa cercana al resort, la última playa virgen de Bávaro si no les habían engañado.

El vehículo salió del hotel y se alejó esquivando los agujeros que salpicaban el pavimento. Poco a poco el paisaje se fue espaciando de construcciones humanas y una cortina verde, tejida por miles de arbustos y árboles de todos los tamaños, se impuso al terror que les generaba aquel hombre que conducía con una mano en un volante remendado por mil costuras y la otra en un teléfono móvil último modelo.

Mariona observó la estampa de una virgen, le pareció leer que se trataba de la virgen de La Altagracia, pegada con cinta adhesiva sobre el espejo retrovisor. De allí mismo colgaba también un crucifijo que el hombre acariciaba de tanto en tanto con la mano del volante,

mientras reía y hablaba por el teléfono que sostenía con la otra. No tenían ni idea de qué conversaba el chófer todo el tiempo por aquél aparato. Pitus bajó la guardia y se concentró en el típico paisaje dominicano a través de las ventanillas tintadas del vehículo. Mariona, por su parte, braceaba y señalaba a cada niño que veía caminar solo por el margen de la carretera, o a cada motocicleta en la que anduvieran tres o cuatro pasajeros. Su vista seguía las chatarras cargadas de plátanos, aguacates o mangos que el taxista adelantaba sin soltar el teléfono ni tocar apenas el volante e intentaba fotografiar a las señoras que paseaban con estructuras gigantescas de rulos en la cabeza.

A pesar del absoluto caos que parecía gobernar cada rincón de aquel país de locos, todo su desorden estaba cuajado de una enorme belleza.

Por fin, al cabo de cuarenta minutos, el taxista abandonó la ruta principal y se desvió por un camino de tierra que puso a saltar a la pareja y los obligó a agarrarse a donde pudieran. Serpenteó un tramo más entre agujeros, raíces de palmera, rocas y maderos hasta que de repente se abrió frente a ellos una playa como las que sólo habían visto en los protectores de pantalla de sus ordenadores: palmeras, aguas turquesas y la espuma de las olas rompiendo contra una arena blanca como azúcar refinado. Mariona dejó escapar un suspiro de admiración que Pitus se adjudicó como una victoria y que el taxista ignoró en su camino hacia la zona de chiringuitos al fondo de la playa.

Pactaron el retorno con el hombre y se adentraron en aquella arena fría, blanca y fina tan diferente a la de sus playas catalanas. Escogieron un lugar bajo una enorme palmera que se arqueaba en ángulo recto en dirección al mar y Pitus extendió las toallas, la suya a la sombra de la palmera y la de su mujer al sol. Se aseguró de dejar todo listo y corrió a meterse en el agua mientras su esposa se rebozaba de cremas protectoras y bronceadoras a partes iguales antes de tumbarse al sol. Sin embargo, apenas se recostó sobre la toalla, una especie de bulto comenzó a clavársele justo a la altura de sus riñones. Llamó a Pitus para que viniera a ponerle bien la toalla pero el muy idiota nadaba panza arriba como si sus gritos no fueran con él. Harta de que aquel hombre no hiciera nada bien, se

levantó, apartó la toalla y comenzó a golpear el bulto con la chancla de su marido. Al cabo de un par de chancletazos le pareció ver a una lombriz que asomaba la cabeza. Furiosa, se quitó las gafas de sol que le ocultaban medio rostro y escarbó en busca del maldito gusano que le había turbado la paz. No tardó en dar con uno de los extremos del bicho y tiró de él hasta que un grito se formó en su garganta.

Un grito tan intenso que el propio Pitus salió del agua a tiempo de ver como Mariona caía desmayada junto a una mano con el dedo corazón enhiesto en una última peineta para la eternidad.

Día primero. Lunes.

—¡No me joda comando! —gritó el inspector Guarionex al teléfono —¿Una mano de quién?

El policía cortó la llamada y se reclinó sobre su vieja silla, una chatarra rescatada cien años atrás de un hotel de la zona y que entre el salitre y su sudor la habían acabado de destrozar. Sopló. Unos turistas habían encontrado una mano. Se levantó y salió del despacho.

Un guardia lo esperaba sentado al volante de la camioneta Toyota del cuerpo.

—Y dime —le preguntó al chófer mientras las ruedas del todoterreno saltaban para incorporarse al boulevard.

—Internet anda lleno del tipo, un buen mangú. Ya sabe cómo son estas cosas, han sacado al muerto de la arena y le han tirado mil fotos.

Acercó el teléfono al inspector y éste fue pasando las imágenes. Por los signos del cadáver le echó pocas horas de muerto. En las fotos no apreció ningún signo de identificación, ni tatuajes, joyas, nada, sólo un tipo de unos cincuenta años, blanco, seguramente extranjero, que se habría metido en cualquier lío con los tígueres locales.

Le devolvió el teléfono al guardia.

No era el primer extranjero que iba a volver a su casa metido en una caja si había alguien para pagarla, o que se quedaría en la fosa común del cementerio municipal de Verón si no había quién lo reclamara. La zona turística la conformaban más de cincuenta mil camas repartidas en los diferentes hoteles y resorts de lujo, lo que suponía una población de entre cien y ciento cincuenta mil turistas que cada semana se cambiaban como si fueran sábanas sucias.

El vehículo entró por el camino de tierra que llevaba a la playa de Macao y el inspector pudo ver la cantidad de curiosos, motocicletas, coches, y buhoneros que rondaban tras la estela del muerto. También vio el morro del vehículo de la policía científica entre el barullo.

Unos guardias de la policía turística habían hecho un pequeño círculo alrededor del cadáver y cobraban a los curiosos por hacerse fotos.

—Mande quitar a toda esa maldita gente —le dijo al guardia y se acercó al cadáver.

De reojo vio como los guardias de la turística pasaron un par de billetes a su compañero y las fotos cambiaron el ángulo para no molestar al inspector.

—Ya hemos avisado al médico legista —escuchó una voz tras él. Era la del coronel Espinosa, un viejo conocido de la policía Nacional, hijo de un senador, y que había hecho carrera en la científica.

—¿Se sabe desde cuándo está así? —preguntó Guarionex.

—Al tíguere parece que lo liquidaron hace unas cinco o seis horas, lo que no sabemos aún es si lo metieron ahí frío o no. Cuando llegue el legista, nos lo llevaremos para hacerle las pruebas.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó de nuevo Guarionex, y uno de los guardias que cubrían el círculo señaló con sus labios, a modo de beso al aire, en dirección a un pequeño chiringuito en el que otro guardia departía sentado con una pareja de turistas y un montón de curiosos.

El inspector se acercó hasta ellos y se presentó. Después les advirtió que tendrían que acompañarlo al cuartel para tomarles declaración si bien antes les haría algunas preguntas allí mismo. La mujer, una tal Mariona Pérez Casavila, o algo parecido, le explicó que el marido se llamaba Pedro Mediavilla Casamajor, que los había llevado a la playa un taxista, que estaban alojados en la habitación 4355 del hotel Catalonia, que eran catalanes, de Barcelona, y que no tenían idea de quién era el cadáver ni lo habían visto antes. Dejó a la tipa y volvió al cuerpo. Como ya había visto en las fotos que corrían por las redes, se trataba de un hombre blanco, pelo rubio ralo, de unos cincuenta años, totalmente desnudo, aunque alguien le había echado una tapa de cartón para taparle los genitales, sin tatuajes ni marcas visibles.

El inspector agarró un trozo de palo que encontró en la arena y movió la lengua del muerto. Hurgó con la punta del palo alrededor de la cavidad bucal y entre los dedos de las manos y de los pies. Le

llamó la atención la marca de un anillo en el dedo corazón de la mano derecha. El uso había dibujado un rodal blanquecino que Guarionex atribuyó a un anillo de casado o a uno de aquellos que lucían ciertos profesionales como señal de pertenencia al gremio. Restregó el palo en el pecho del hombre, apartó la tapa de cartón y movió el pene y los testículos con el mismo palo. Después lo tapó con el cartón y tiró el palo.

—Guárdalos hasta que el fiscal les tome declaración —le dijo al guardia señalando a los dos turistas—. Al tipo lo han vaciado antes y después de meterlo en el hoyo.

Camino a la comisaría, advirtió a su chófer que lo reportaría. El guardia lo miró con un gesto torcido y se echó mano al bolsillo, sacó un par de billetes y se los pasó al inspector que, con un movimiento que hubiera dejado en pañales al pistolero más rápido del oeste, se los echó al suyo con una mueca de satisfacción.

Cuando llegaron a la estación, Guarionex subió hasta su oficina, cerró la puerta y se reclinó en la silla. Estaba harto de turistas que no sabían medirse, no necesitaba el informe de la científica para saber que aquel desgraciado se había metido en un lío que no había podido resolver.

—¿Qué le pasa a la gente cuando sale de vacaciones? —le preguntó al cuadro del padre de la patria, Juan Pablo Duarte, que lo miraba desde la pared enfrentada a la ventana de la calle.

Sonó su móvil y reconoció el número del coronel Espinosa, de la científica.

—La gente se pone de pendejos cuando sale de vacaciones —le dijo al coronel continuando la conversación que había iniciado con el cuadro—. ¿Tiene idea de la causa de la muerte?

—...

—Cuarenta y ocho horas, ¿se van de romos con él?

Las risas apagadas del coronel dieron la consulta por concluida. La autopsia, como sabía muy bien el inspector Guarionex, no daría resultados hasta al cabo de dos días. Colgó y llamó al guardia de la puerta.

—Mire en todos los hoteles a ver qué maldito huésped es el que les falta y pregunte en los turoperadores. Alguno debe haber reportado ya la ausencia del tipo.

El guardia apuntó las instrucciones del inspector y salió.

No tardaría en recibir una llamada del coronel Feliz solicitando información y era mejor estar preparado. Deseó que el cadáver no fuera ni inglés, ni canadiense ni de los Estados Unidos, ojalá sea un ruso o un polaco de esos, pensó. Siempre era más fácil devolver a esa gente a su país que a un gringo.

La estación de policía se levantaba en pleno corazón de Bávaro, en la avenida de los Estados Unidos, la antigua carretera que unía el aeropuerto con la mayoría de los hoteles y que ahora había quedado relegada unos metros detrás del nuevo boulevard. La oficina del inspector estaba en la segunda planta, junto a las del coronel Feliz y del jefe de los AMET.

Guarionex bajó a la calle y el calor lo humilló como Clara había hecho en la noche cuando la sorprendió con aquel tipo.

Se sacó el teléfono del bolsillo y busco entre las últimas llamadas, allí estaba su número, pasó el dedo un par de veces por encima y al final pulsó en el botón de apagado para guardarlo de nuevo en el bolsillo.

—Vamos al aeropuerto —le dijo al guardia, y ambos subieron en la camioneta.

Llegaron al aeropuerto de Punta Cana al cabo de unos minutos y el inspector le pidió al chófer que lo esperara en el vehículo. Bajó en la terminal A, la que albergaba las oficinas de inmigración, los turoperadores, las consignas y las oficinas propias de la administración y gestión del aeropuerto, y caminó hasta la del director de seguridad.

—Inspector, qué agradable sorpresa —lo interpeló un viejo con fuerte acento americano.

—Winston, tíguere, cada día más joven, vamos a tener que mandarte a tu vaina de país para saber lo viejo que eres.

—Allí hace mucho frío, inspector —rio el hombre, que se había levantado de su escritorio y enfrentaba a Guarionex para chocarle la mano.

El inspector sabía que Winston James Worthy llevaba treinta años en el país y que apenas pisó el primer palmo cuadrado de arena blanca envió al carajo a su Minnesota natal y a toda la nieve que cada invierno caía sobre esa tierra. Era alto, un par de

centímetros más que él, ex jugador profesional de los Vikings. Espaldas anchas, cabeza afeitada impresa por algunas arrugas y manchas de color café, gafas de concha y pantalón y americana coloridos, siempre. Esa mañana de un mostaza combinado con una camisa púrpura y una corbata amarilla apuñaladora de retinas.

Sacudió con fuerza la mano del inspector y lo invitó a sentarse. Su despacho estaba encarado hacia la pista principal del aeropuerto de modo que podía ver aterrizar y despegar todos los vuelos a través de una cristalera protegida por dos cortinas venecianas. Las paredes laterales estaban forradas con cuadros de aviones y diversas fotografías de él mismo posando junto a grandes personalidades: presidentes de los Estados Unidos, cantantes, deportistas y cualquier celebridad que hubiera decidido descansar unos días en Punta Cana.

—Inspector Guarionex, me alegra mucho verlo —dijo con fuerza al tiempo que se reclinaba contra el respaldo de su butaca de cuero negro — ¿En qué puedo ayudarlo?

Sus ojos, de un verde gris escalofriante, se achinaron para observar al inspector tras los cristales de sus gafas.

—Winston, necesito que me consiga la lista de los no-show desde ayer a los próximos siete días.

—¿Tenemos un polizón en el país? —preguntó James Winston.

—Al contrario, tenemos un turista menos en el país —respondió el inspector, que se levantó para estrechar la mano del antiguo jugador de fútbol americano.

—¿Blanco, rubio, cincuenta años, a un metro por debajo de las hamacas? —el inspector frenó su despedida y clavó sus ojos negros en la marisma del americano—. Inspector, yo también tengo Facebook —se rio el director de seguridad, que estrechó con fuerza la mano del policía.

El inspector devolvió el saludo y correspondió con una sonrisa.

Las fotos del pobre desgraciado corrían más deprisa que una cucaracha con mecha. Guarionex echó un último vistazo a las fotos en las que un Winston de diferentes edades posaba junto a Bill Clinton, Shakira o Michael Jordan, a quien igualaba en altura, y salió.

—Vamos a comer —le dijo al chófer.

Llegaron a la base casi a las tres de la tarde.

Encontró al guardia al que había encargado ponerse en contacto con los hoteles tumbado sobre una silla de plástico en la postura perfecta para echar una siesta. Le dio una patada en las botas y el guardia se despezó con un sonoro bostezo.

—¿Novedades?

El guardia lo miró sin cambiar la postura y movió la cabeza de arriba a abajo. Se sacó el teléfono del bolsillo del pantalón, manipuló la pantalla y se la mostró al inspector.

Guarionex agarró el teléfono y leyó el correo que le exponía el guardia. El hotel Ensenada del Rey comunicaba que uno de sus huéspedes, un tal Martin Walsh, no se había presentado al correspondiente check out. No tenía gastos pendientes pero el hotel no podía retirar las cosas de la habitación si no era en presencia de la policía turística y del equipo de seguridad del propio hotel.

—¿De dónde es?

—Boston —respondió el guardia.

—Ok, y levántese, hombre, que parece un trapo ahí tirado.

El inspector se dio la vuelta y regresó a la calle.

Apenas salía con el vehículo en dirección al hotel Ensenada cuando el coronel Feliz lo llamó a su teléfono. Guarionex leyó el número y respondió.

—A su orden, mi coronel.

—...

—Tenemos una idea de quién puede ser, voy en camino para asegurarlo.

—...

—Lo comprendo, mucha presión. No se preocupe, mi coronel, esta tarde queda resuelto.

El guardia alternaba la vista entre la carretera y el inspector, que guardó su teléfono en el bolsillo y no cruzó una sola palabra más hasta que llegaron al hotel.

El hotel Ensenada del Rey pertenecía a una cadena hotelera española, como muchas de las que operaban en la zona. El inspector conocía a todos los directores de seguridad de cada uno de los hoteles y le causaba una cierta gracia que cada director fuera

de la misma nacionalidad a la que pertenecían los propietarios del hotel.

Cuando llegaron a la barrera de seguridad, un empleado avisó de su presencia por radio y a los pocos minutos apareció un carrito de golf conducido por un hombre bajito, algo panzón, con el pelo cortado a cepillo, pantalones azules, camisa de manga larga con una placa dorada en la que podía leerse el nombre de Pere Joan y un cigarrillo en la comisura de sus labios.

—Inspector, ¿qué pasa hombre? —lo saludó tras cruzar la barrera y ponerse al lado derecho del vehículo de la policía.

—Parece que un tipo ha dejado la habitación sin avisar —respondió el inspector.

El director de seguridad lo miró. Lo habitual cuando se producía una situación de esas características era que enviaran a una patrulla con un par de guardias, pero no a un inspector.

—¿Piensas que pueda ser el tipo que ha aparecido esta mañana en Macao? —preguntó el jefe de seguridad.

—Todo es posible.

Pere Joan arrancó el vehículo de golf y guió al coche del inspector por las instalaciones del resort de lujo.

Guarionex echó mano al teléfono y volvió a mirar los números de las llamadas recibidas. Sin novedad de Clara.

El carrito de golf se estacionó al frente del bloque de áreas comunes, como se conocía a aquel edificio amarillento de dos plantas en el que se ubicaban los departamentos de telefonía y comunicaciones, informática, recursos humanos, jardinería, playa, transportación y seguridad. Cada uno con su propio personal, su director y su actividad, pues no en vano el complejo, uno de los mayores del país, ocupaba una extensión de casi dos millones de metros cuadrados en los que se repartían más de tres mil habitaciones con una población, entre empleados y huéspedes, de cerca de diez mil personas. Más habitantes que la mayoría de los pueblos del país.

Pere Joan ayudó a abrir la puerta del vehículo al inspector y lo precedió hasta su despacho en la segunda planta. Abrió y entraron.

—Espera que apago las vainas —le dijo al inspector apenas cerró la puerta de su despacho.

El director abrió un pequeño mueble encajado en la pared trasera de su escritorio y manipuló una serie de botones hasta que un leve pitido advirtió de que las cámaras de seguridad del despacho habían sido desactivadas.

—Nos obligan a grabarlo todo, ya sabes, los protocolos...

Guarionex se sentó frente al director de seguridad, que sobre su silla aún parecía más pequeño y más panzón.

—¿Y entonces?

El director de seguridad giró su silla hacia el ordenador y comenzó a teclear. Al cabo de unos segundos encaró el monitor hacia el inspector con la fotografía de un pasaporte a toda pantalla.

—Martin Walsh —recitó el director de seguridad—, estadounidense, cincuenta y tres años, reserva individual, regresaba ayer tarde con destino a Boston. La camarista del turno de mañana ha dado parte cuando ha ido a preparar la habitación.

El inspector escuchó con atención mientras observaba la fotografía. El hombre se veía mucho más joven en comparación al que estaba en la morgue de Santo Domingo, señal inequívoca de que el pasaporte ya tenía sus años. Vestía un jersey de lana que le cubría el cuello y unas gafas gruesas de bibliotecario. El pelo, poco, peinado con la raya a un lado y aplastado sobre el cráneo.

—Es el tipo.

El director de seguridad recuperó la pantalla e imprimió la foto del pasaporte. Esperó unos segundos a que la impresora escupiera una copia del documento a toda página y le preguntó al inspector si quería ver la habitación.

—Iremos con mi carrito, es más rápido para moverse por el hotel.

El inspector asintió y ambos se montaron en aquel vehículo que parecía de juguete.

—Nos han dado uno a cada director —le dijo Pere Joan intuyendo los pensamientos del inspector. Después avisó por radio de que iban camino a la habitación.

El cochecito se internó en la avenida que comunicaba la carretera exterior con el hotel, un complejo de habitaciones y servicios que se desplegaba como un gran árbol desde la carretera hasta el mar. La vía principal moría en una gran rotonda que cerraba

el tráfico a los vehículos pesados y abría el acceso a los diferentes clubs y servicios del hotel. Pere Joan la rodeó y se internó por el entramado de callejuelas, bloques de habitaciones, piscinas, restaurantes y jardines diseñados para impresionar a los turistas.

El inspector se fijó en ellos. Hombres, mujeres y niños, la mayoría en bañador, sonrientes, moviéndose libremente entre las piscinas, las casetas de comida rápida y la fauna propia del ecosistema de los grandes resorts.

—El fallecido estaba alojado en la zona más exclusiva del hotel, en el club Ensenada Dorada, en una junior suite con vistas al mar.

El carrito sorteó el último tramo de jardines, rodeó una piscina con jacuzzi en la que varios turistas bebían sus combinados sentados dentro del agua y se detuvo frente a la villa 70, un edificio con aire colonial pintado en blancos y cremas con molduras en la fachada y tres balcones enfocados al mar que se descolgaban sobre los jardines. En la entrada de la villa, un guardia saludó a su jefe y los acompañó escaleras arriba hasta la habitación 7069. Pere Joan sacó una tarjeta del bolsillo y la introdujo en la ranura de la llave. La caja emitió un leve chasquido y una luz de color verde anunció que el ingenio había desbloqueado la cerradura.

El inspector Guarionex dio un paso al frente y abrió la puerta.

Las cortinas estaban echadas y la penumbra flotaba sobre una cama sin hacer y algunas formas difusas. El jefe de seguridad activó la electricidad y un par de lámparas descubrieron lo que hasta ese momento habían sido líneas trazadas en la oscuridad. Guarionex se asomó al baño, a un paso de la entrada, y vio la alfombrilla frente a la bañera, restos de jabón en el sumidero, la pasta de dientes abierta, el cepillo en el vaso, un tubo de crema de afeitar, la cuchilla sobre el mármol y un ligero aroma de after shave que aún flotaba en el baño por encima de un neceser de piel oscura y la toalla de manos arrugada junto al mismo.

Salió y calculó que la habitación, con el aseo incluido, ocuparía una superficie rectangular de unos cuarenta metros cuadrados. Al frente, hacia al mar, dos gruesas cortinas mantenían la luz del sol a raya. En la parte izquierda había un escritorio, un espejo y un mueble bar sobre el que descansaba una gran pantalla de televisión; y al frente una cama tamaño king size flanqueada por dos

mesillas de noche, una a cada lado. En el centro de la habitación, dos butacas escoltaban a una pequeña mesa redonda sobre la cual descansaba una maleta de mano abierta con ropa doblada en su interior. A los pies del lado deshecho de la cama, un par de zapatos en paralelo a las chanclas del albornoz y la toalla de baño extendida. En el otro lado, todos los cojines que Martin Walsh no había utilizado.

El guardia pasó junto al inspector y se dirigió a la cristalera.

—Deje eso —le ordenó Guarionex.

El hombre miró a su jefe, que asintió con la cabeza, y se retiró a la entrada de la habitación.

Guarionex avanzó unos pasos y observó la mesilla de noche del lado de la cama que no había utilizado. Sobre el cristal protector de la madera se agrupaba toda la publicidad del hotel, el menú de masajes, la carta de room service, el catálogo de excursiones, las ofertas de actividades y los bonos de descuento en bebidas y cenas exclusivas. Un montón de cartones apilados junto al mando de la televisión y el despertador, desenchufado.

Abrió el cajón de la mesilla y lo encontró vacío. Rodeó la cama y miró en el otro lado, junto a la parte izquierda que había utilizado el infortunado Walsh. Más allá del hueco evidente de haber soportado a un hombre de dimensiones en ella, la cama apenas parecía haber sido utilizada e incluso la única almohada usada aún conservaba la forma de su cabeza en una posición perpendicular a la cama. Sobre la mesilla de noche encontró una biblia de tapas marrones ajada por su uso.

—¿Es del hotel? —preguntó el inspector.

—No. Recibimos gente de todo el mundo y tendríamos que poner una biblioteca para contentarlos a todos.

El inspector asintió y abrió el cajón de la mesilla dejando al descubierto un estuche de piel a juego con el del neceser y en cuyo interior Martin Walsh guardaba su pasaporte, una tarjeta American Express, algo de dinero y los billetes de avión. Como había dicho el jefe de seguridad, el vuelo estaba previsto veinticuatro horas atrás con destino Boston. Eso explicaba el estado de la maleta, lista para guardar las últimas prendas y los enseres de aseo, y marcharse. En el armario colgaban unos jeans y una camisa azul de cuadros.

—Parece que el tipo no tenía previsto quedarse —dijo el inspector.

—Eso parece —respondió el jefe de seguridad mientras el inspector recorría las cortinas y una luz brillante como un foco de tortura los obligaba a entornar los ojos.

Guarionex tomó el pasaporte azul norteamericano en sus manos. Lo abrió y lo ojeó. Estaba lleno de sellos aduanales.

—Le gustaba viajar —respondió el inspector al tiempo que le tendía el pasaporte al jefe de seguridad.

—Cuba, Maldivas, Madagascar, Tailandia, Camboya, Filipinas, México —fue leyendo Pere Joan mientras pasaba hojas del pasaporte.

—Es raro que a un tipo así lo engañe un cuero —argumentó el inspector.

Pere Joan calló y le devolvió el pasaporte.

—Mandaré a una patrulla para que ayuden con el inventario —dijo el inspector y ambos abandonaron la habitación.

Cuando llegó a la comisaría, entró a ver al coronel. Le tendió el pasaporte y compartió la mueca de desaprobación de su superior. Un americano muerto siempre suponía un maldito lío. El protocolo era complejo y las posibilidades de que los gringos mandaran a su propio equipo de investigación era algo que les tocaba las pelotas de manera ostensible.

—Que lo monten todo bien, no quiero unos malditos locos con sus vainas de Nueva York por aquí —ordenó el coronel Feliz.

El inspector asintió y salió del despacho. Al final todo quedaría en otro gringo más muerto de un infarto mientras chichaba con una prostituta local, era cuestión de esperar a que la autopsia lo confirmara y caso resuelto. Decidió irse para casa, total ya no quedaba mucho más que hacer.

Cuando salió, vio al guardia que le había hecho de chófer y lo llamó.

—El gringo llevaba un anillo, posiblemente un sello de oro. Chequea con los tígueres que compran cosas robadas en los hoteles, pregunta a los cueros, buhúa por ahí a ver qué.

El guardia asintió y torció el morro. Lo que pedía el inspector eran pajaritos volando.

Guarionex tiró de la palanca de la puerta de su Toyota Camry y se metió dentro. Hacía años que los mandos a distancia de las cerraduras habían dejado de funcionar y las puertas siempre quedaban abiertas. La calor le pegó la tapicería, a juego con la pintura exterior, al cuerpo. Introdujo la llave en el contacto y arrancó. Un lamento acompasado por la tos de un motor en sus últimos esfuerzos sacó el sedán a la carretera. Pensó en ir a ver a Clara, pero conocía a aquella negra lo suficiente como para saber que apenas lo viera venir lo recibiría de la peor forma que sabía, como si no hubiera llegado nadie. Cambió de opinión y enfiló hacia uno de los cruces más transitados de la zona turística. El lugar, conocido como el cruce de Friusa, había tomado su nombre veintitantos años atrás de la primera empresa instalada en aquel descampado. Ahora acompañaban a la tienda de equipos de aire acondicionado y maquinaria industrial para la hotelería una gasolinera, una cafetería, restaurantes, picapollos, tiendas y docenas de viviendas que luchaban por sostenerse sobre sus vigas de hierro de mala calidad. Era también el lugar en el que habían nacido los shop&drinks que se multiplicaban por toda la zona turística, tiendas de licor al por mayor armadas con grandes altavoces que envolvían la noche caribeña con sus ritmos calientes; y zona de buhoneros y de paso para cualquiera que regresara a su covacha. El inspector aparcó la tartana junto a la gasolinera y se bajó. Se acomodó bien el arma en la parte trasera de los pantalones y bufó la camisa por encima de la cintura. No vestía uniforme, rara vez lo hacía, pero todo el mundo sabía quién era. Subió los escalones que separaban la gasolinera del resto de negocios y se sentó en una silla de plástico.

A los pocos minutos pasó un niño y le preguntó si quería lustrarse las botas.

El inspector sacó un billete de cien pesos y el niño se arrodilló ante sus zapatos.

—¿Cómo va la vaina? —preguntó el inspector.

—Ya sabe, don, en la lucha —respondió el pequeño mientras cepillaba con brío el calzado del policía—, y a usted, ¿cómo le va?

—¿Te has enterado del muerto de esta mañana?

—¿El de Macao? —preguntó el niño.

—¿Es que hay alguno más? —preguntó a su vez el inspector.

—¡No que yo sepa! —respondió el niño con un mohín —, no está bien que la gente venga a guindar los tenis aquí.

—La madre, Miguel, ni aquí ni en ningún sitio.

El niño asintió y cambió el cepillo por un trapo acartonado por la acumulación de suciedad.

—El tipo llevaba un anillo, uno de oro —aventuró el inspector ante el niño, que cuando escuchó la palabra oro soltó un silbido.

—Los cueros se lo robaron pa' su tíguere —dijo Miguel sin levantar la cabeza de los zapatos del inspector.

—Necesito que me lo encuentres —le dijo al niño, enseñándole un billete de mil pesos.

Miguel lo miró y el inspector vio el brillo que el dinero arrancaba en los ojos de aquellos desgraciados. El niño bajó de nuevo la cabeza y pasó el trapo con rapidez. Tapó los botes de betún, alineó sus bártulos en la caja y salió a toda velocidad. No estaba acostumbrado a que sus niños, como Clara los llamaba, tuvieran miedo. Al contrario, se jactaban de ser hombrecitos sin temor, por eso la reacción de Miguel lo desconcertó. Quizá la visión de los mil pesos lo había espantado cuando lo habitual era que con los cien pesos de la limpiada entrara la información.

—No puedes andar dando lo que no tienes —se dijo a sí mismo, y se fue.

Era temprano, demasiado para ir a casa y mucho más para pasar a ver a Clara. El casino no abría hasta las once de la noche y ya le habían advertido que si volvía a armar un lío, la despedirían. Se puso bien la pistola bajo la pretina del pantalón y se subió al sedán. Anduvo unos metros en dirección al Hoyo y se adentró por una de sus calles hasta el colmado. Vio las caras de siempre moverse al son de la música que comenzaba a tomar cuerpo y hacía vibrar cada lata con la que se había construido el antro. Guarionex bajó del vehículo y se plantó frente al mostrador. Jean Marc lo saludó desde el interior de la pocilga que llamaba tienda y salió al cabo de unos segundos con una botella de Brugal y un par de vasos. El inspector agarró la botella y dejó un vaso. Se sentó en una de las sillas de plástico que circundaban a la vieja mesa de pool y abrió la botella. Se echó un chorro en el vaso y la dejó en el suelo. Al otro lado del billar, un grupo de morenos que trabajaban en la

construcción jugaba dominó entre grandes gritos de júbilo y golpes desmesurados en la mesa. Guarionex vio varios envases de cerveza y un par de botellas de romo vacías a sus pies. ¿Para qué carajo habían enterrado el cadáver? Allí morían turistas de a uno o dos al mes y nadie se tomaba la molestia de enterrarlos. Como mucho los tiraban en los cañaverales o en cualquier hoyo de los muchos que habían en los campos, pero nadie agarraba una pala, se metía en una playa pública, cavaba un agujero y echaba dentro los huesos. Eso lo ha tenido que hacer un extranjero, se dijo, quizá otro turista. Echó un trago largo al vaso y lo volvió a llenar.

Al quinto, los ojos se le aguaron y los lamentos de José Manuel Calderón que desgarraban los altavoces del billar le hicieron apurar el culo de la botella. Levantó el envase vacío a Jean Marc y al cabo de unos segundos, el moreno se acercó con una nueva.

—Inspector, baje del guindo y venga a echar una mano con nosotros —lo invitó a jugar al dominó uno de los morenos.

Guarionex agarró la botella por el cuello y caminó dando tumbos hasta sentarse entre aquellos hombres duros como varillas que se dejaban la vida en la obra y los cuartos donde Jean Marc.

Día segundo. Martes.

En la mañana despertó mecido en su hamaca.

No recordaba cómo se había subido pero la pesadez del jumo le aseguraba que no debió ser fácil. Hizo un intento por tragar saliva y su gástrico le devolvió la arena depositada por el romo. Bajó de la hamaca y puso a colar café. A lado y lado de la lona, dos barras sujetas por sendos juegos de patas albergaban toda su ropa, a un costado la de uniforme y al otro la de civil. Al frente, un mueble de madera viejo con el resto de cosas, ropa interior, camisetas y cuatro calcetines. No tenía electricidad y el agua del baño bajaba a peso desde un aljibe que se llenaba con la lluvia. Se metió en la ducha y dejó correr esa agua por su cuerpo. Se frotó con la pastilla de jabón de cuaba y el olor de madera le duró mientras desayunaba dos tazas de café, se vestía, cargaba con el arma y entraba en las latas del Toyota.

Partió hacia la estación y apenas llegó, subió a su oficina y conectó el teléfono a la corriente. Una lucecita de color rojo le indicó que el aparato estaba en carga y en su cabeza, como si estuviera programada por el mismo ingeniero, se encendió otra reclamándole más café. Dejó el teléfono enchufado y bajó a la sala con la seguridad de que alguno de los guardias habría puesto a colar un par de tazas. Pasó entre las prostitutas recogidas en la noche, y que a esa hora eran las encargadas de limpiar las instalaciones, sorteó a un par de turistas acostados en el suelo y se dejó guiar por su olfato hasta el despacho del fiscal, donde una cafetera tentaba con su aroma a todo el edificio.

—El don no llega hasta las diez —se excusó el guardia por utilizar la cafetera y la oficina del fiscal.

Guarionex asintió y se sirvió un vaso de café dulce como para atraer a las hormigas cuando orinara.

Subió a su oficina de nuevo, con cuidado de no pisar la parte que ya habían fregado las chicas, y encendió el abanico del techo. A pesar de lo temprano de la hora, la calor comenzaba a pegarse al cuerpo y las aspas de aquel cacharro eran lo único disponible para

amenazarla. Se sentó en la silla, que crujió a juego con el abanico, y comprobó que el teléfono había cargado lo suficiente como para encenderlo. Tenía un par de llamadas perdidas del coronel Feliz. Pensó en llamarlo, pero prefirió esperar a que su superior llegara al destacamento.

Lo hizo al cabo de una hora. Pasó frente a la oficina del inspector y lo llamó a la suya.

—Coño, inspector, es más difícil contactar con usted que con el presidente.

—Ya sabe, mi coronel, la vaina no da pa'la luz.

—No joda, inspector, pegue un alambre al vecino como todo el mundo o cargue el maldito teléfono en el carro.

—¿Para qué la llamadera? —preguntó Guarionex como si las quejas de su superior no fueran con él.

—El tipo era un padre —respondió el coronel ajustándose la silla a la espalda mientras encendía su ordenador, el único que tenía uno.

—¿Un padre de quién? —preguntó de nuevo el inspector.

—Un padre de todos, coño, un padre de la iglesia.

—¿Un cura?

—No, un cura no, un obispo. Ayer, después de notificar a la embajada la identidad del muerto, me llamó el cardenal Abreu Espinal para pedirme todos los datos del caso.

—Dónde se metería... —dejó ir el inspector.

—Pues eso mismo es lo que quiere saber el cardenal. Imagine el lío que se puede armar si esto llega a la prensa, por eso quiero que le caiga atrás al muerto desde que llegó al país.

—Mi coronel, ese tipo era un pájaro. Tenía yuca de pájaro desmandingao —respondió el inspector ante la mirada desaprobatoria del coronel.

—Inspector, se pone con eso ya y me reporta a mí directamente, ¿estamos?

Guarionex levantó la cabeza al cielo. Media docena de mosquitos se refugiaban del aire acondicionado en la intersección entre el techo y la pared.

—Nítido —respondió el inspector, y salió.

Un obispo. Recordó el cuerpo sin vida en la arena y pensó que aquella mole de carne flácida se adaptaba a la perfección al cargo.

Regresó a su despacho y miró el teléfono. Un número que no lo había llamado jamás, lo había hecho cinco veces en los pocos minutos que había estado reunido con el coronel. Lo miró, apagó la pantalla y lo dejó cargando. Por un segundo estuvo tentado de llamar al coronel Espinosa por ver como andaba la autopsia, pero lo descartó porque no era un hombre al que le gustara que le tocaran mucho los granos. Por otra parte, aún era demasiado temprano para visitar los lugares que podía haber recorrido el ministro de Dios en su periplo nocturno, los cueros estaban durmiendo, presas o tiradas en una acequia, pero era un momento perfecto para echar un vistazo al lugar donde encontraron el cuerpo.

Llamó a un guardia y montaron en dirección a Macao.

Entraron por el camino de la escuela de surf, junto a la torre de socorro, una estructura de madera con una silla de plástico vacía arriba y el mar al frente. Guarionex no recordaba haber visto a nadie sentado en esa silla en su vida. Siguieron adelante y la doble línea de palmeras que circundaba la carretera los guió hasta el hoyo en el que habían encontrado al cadáver, justo en la zona donde se ubicaban la mayoría de los chiringuitos. Macao era de las pocas playas a las que se podía acceder sin atravesar una barrera y la última que aún no pertenecía a ningún complejo turístico. En ella se daban cita visitantes llegados por su cuenta, turistas de excursiones organizadas, algunos pescadores y población dominicana, y era la única playa también en la que un extranjero podía departir con un autóctono sin que éste vistiera su uniforme de camarero.

El inspector pasó frente a las mesas desperdigadas por la arena, las sombrillas con publicidad de cerveza, las matas de uva, los tocones que marcaban las zonas de aparcamiento y lo contrastó con su memoria. Todo tal y como lo recordaba de su visita a excepción de las hamacas, que aún estaban apiladas en espera de que alguien las colocara estratégicamente al frente de cada negocio.

Se detuvo junto a la palmera bajo la que Mariona había encontrado la mano y mandó parar el vehículo. Ya a pie, comprobó que el hueco del cuerpo había sido rellenado con arena y el suelo barrido. Levantó la vista y vio a un par de playeros.

—¿Dónde está el guardia de la noche? —preguntó Guarionex a los barredores que se refugiaban bajo un techo de cana.

Los dos hombres se miraron. Ambos eran de Haití. Guarionex reconoció en sus miradas el miedo y el fondo común con todos aquellos negros que residían en el país sin la documentación legal para hacerlo, expuestos al abuso continuo y a que los deportaran de una vez apenas levantaran la vista del suelo.

—No tengo todo el día —les dijo Guarionex bajando tanto la voz que sus palabras se mezclaron con el susurro de las olas que rompían a pocos metros.

El más flaco de los dos flacos levantó la cabeza y mostró dos filas de dientes brillantes como una cremallera blanca cosida a una chaqueta azabache.

—Ya no viene —dijo.

—Lo han cancelado —habló el otro flaco.

Guarionex chasqueó la lengua. Debía haberlo imaginado.

—¿Dónde dormía? —preguntó.

—En la curva.

Guarionex asintió.

—¿Cómo se llama?

Los dos hombres se miraron y el inspector los detalló. Camisetas rojizas con el logotipo del chiringuito tan gastado que hacía imposible su reconocimiento, pantalones cortos, uno de deporte y jeans rotos el otro. Los brazos y las piernas flacos, negros y forrados con un vello rizado que sobresalía como hilachos de un jersey viejo

—Le dicen Pití.

—Una cosa más, el tipo llevaba un anillo, uno de oro con un sello, ¿quién lo tiene? —preguntó de nuevo.

La pregunta del inspector los pilló de sorpresa, el flaco abrió la boca y lo que fuera que pensaba decir se quedó ahogado en la prudencia. El otro aseguró no saber nada y bajó la cabeza.

Guarionex los miró e hizo un gesto al guardia, que había permanecido al volante del vehículo.

—Llévate a ése —le señaló al más flaco.

Al escuchar la orden, el playero tiró la escoba de palos contra el guardia y salió a todo lo que le dieron las dos varillas que tenía por piernas. Guarionex aprovechó el desconcierto y le atizó al otro un

golpe en el parietal que lo hizo trastabillar unos pasos. Sin tiempo para que reaccionara, levantó la mano y le propinó otro puñetazo en el mismo lugar que lo hizo caer sobre la arena barrida unos minutos atrás por él mismo.

—Tranquilo, papá, te va a costar hablar por un rato pero se te pasará —le dijo el inspector entre bufidos por el esfuerzo.

El hombre se había dado la vuelta y lo miraba con terror. Guarionex lo ayudó a levantarse y lo empujó contra el coche. Lo subió en la parte trasera y lo esposó contra el perfil de la caja de la camioneta. La captura había atraído a todos los barredores, buhoneros, chancheros, estafadores, vendedores de excursiones, piratas, camareros, cocineros, cueros, agentes de tiempo compartido, dealers y algún que otro turista madrugador alrededor del vehículo policial.

Al cabo de unos segundos llegaron el guardia y el otro hombre rebozados de arena como un par de niños en domingo, con la salvedad de que a uno de ellos le brotaban chorros de sangre de la ceja, la nariz y el labio superior.

—No le dé en la cara, comando —le recriminó el inspector.

—Se cayó —dijo guardia mientras lo subía a la caja de la camioneta y lo esposaba junto al otro hombre.

Arrancaron la pick-up y se devolvieron a la estación.

Cuando llegaron, Guarionex los mandó al calabozo con instrucciones de que los ablandaran un poco más y se encaminó a su despacho. Subió las escaleras y se encontró con un hombre sentado en una silla de plástico frente a la puerta.

—El señor Guarionex, supongo —dijo el hombre levantándose de la silla para estrecharle la mano—, discúlpeme pero no sé cuál es el tratamiento correcto para un inspector de policía.

—Inspector —respondió Guarionex.

—Inspector —repitió el saludo el hombre. Blanco, cuarenta y pocos, fuerte, sin duda deportista, cabello militar, voz suave y mirada de hielo.

—¿Páter?

—Ya no, pero comprendo porque me han advertido que el caso estaba en buenas manos —dijo el hombre girándose sobre sí mismo en un intento de auto reconocimiento—. Pensé que vestido así

nadie me reconocería como obispo de Dios. Como sea, monseñor Julián César Amado de la Cruz, y todas las bromitas ya me las han hecho.

Guarionex abrió la puerta de su despacho e invitó a pasar al sacerdote.

—Le pido excusas por esperarle en la puerta pero ha sido el propio coronel quien me ha pedido que lo hiciera así. Creo que ha intentado localizarlo en su celular sin éxito.

Guarionex miró el enchufe en la pared con el móvil todavía colgando del cable y descubrió la mirada del obispo en el mismo recorrido.

—¿En qué puedo ayudarlo, monseñor? —preguntó el inspector.

El obispo le tendió una tarjeta.

“S.E.R.

Mons. Julián César Amado de la Cruz,

Comisión Turismo, Aeropuertos y Apostolado del Mar”

Con el escudo de la Conferencia del Episcopado Dominicano a un lado y el que el inspector Guarionex imaginó que pertenecería a su apellido al otro. La cogió y la miró al tiempo que la testaba al tacto de sus dedos. Después la dejó sobre la mesa y guardó silencio.

—Como sabe, hemos sufrido una lamentable pérdida en nuestra gran familia eclesial.

El inspector escuchó las palabras tranquilas del obispo, la cadencia lenta y las pausas que intercalaba con precisión, y calculó que le llevaría cinco o seis años de edad, así como que en una pelea tendría todas las de perder. Bajo la camisa, que parecía sacada de una pulga, se adivinaba un torso trabajado, una espalda fuerte y unos brazos que se marcaban contra la tela como las piernas en el pantalón de predicador dominguero. Había conocido a algunos de esos curas en la academia. Creyentes a medio camino entre Bruce Lee y Jesucristo.

—Una situación que de hacerse pública, y más en los momentos trágicos que está atravesando nuestra madre Iglesia, no sólo no traería justicia para nadie sino que la víctima pasaría a convertirse en verdugo por su condición de seguidor de San Pedro —el obispo hizo una pausa y retomó el discurso—. Por eso las autoridades del

episcopado y de nuestro amado país entienden que mi humilde aportación puede ayudar en el esclarecimiento del caso sin causar un escándalo que nos dañe a todos.

—Comprendo —dijo Guarionex —, ¿y cuál sería su aportación exactamente?

Monseñor Julián César sacó un sobre del bolsillo de su pantalón y se lo extendió al inspector. Guarionex lo abrió y vio una nota firmada por el viceministro para la coordinación de asuntos de seguridad y el presidente del episcopado: monseñor quedaba vinculado a la investigación del caso del fallecimiento de Martin Walsh bajo las instrucciones del mando policial pertinente. Claro y conciso.

—No ponga esa cara, inspector, era yo o un gringo, y creo que yo puedo ayudarlo más.

Guarionex comprendió porque el coronel había desaparecido dejando al tipo sentado frente a la puerta de su despacho.

—Mire, don, yo trabajo solo y ni esta vaina ni ninguna otra van a cambiar eso —dijo el inspector metiendo la nota dentro del sobre.

—Vamos inspector, no se ponga guapo conmigo. Lo único que le pido es que me mantenga al corriente de lo que averigüe y que ante cualquier pregunta consulte conmigo la respuesta —el hombre se apartó del respaldo y tiró su cuerpo adelante—, a más rápido resolvamos el tema, más rápido me perderá de vista.

Guarionex le devolvió el sobre y la tarjeta de presentación, desconectó el móvil del cargador y se levantó.

—Puede considerar que por mi parte ya lo he perdido de vista.

Salió y bajó al calabozo. Preguntó por los playeros y al cabo de unos segundos apareció un guardia con una bolsa del supermercado pegada al pecho y las manos dentro de dos bolsas ensangrentadas del mismo centro comercial.

—¿Ya han dicho quién se ha llevado el anillo? —preguntó el inspector.

—A punto están —respondió el guardia.

—No les dé en la cara, papá —le recordó el inspector, y salió haciendo bailar las llaves de su Toyota.

Arrancó el coche y se encaminó hacia el dormitorio del Pití. Sabía que hablar con él sería tan inútil como quejarse de la

imposición del cura al coronel, pero aún así era una vía que tenía que explorar. Estuvo tentado de embocar el morro del sedán hacia el colmado de Jean Marc pero lo desestimó y siguió por el boulevard hasta el cruce del Machiplán. Giró a la izquierda. Pasó frente a la entrada del hotel Ensenada del Rey y continuó hasta un tramo de la carretera que todos conocían como La Curva y en el que se apiñaban barracas de alquiler, viviendas de trabajadores de los hoteles cercanos, un par de colmados, una discoteca de cueros y un car-wash. Guarionex dejó el Camry en el car-wash y caminó a pie hasta el colmado.

—Busco al Pití —le dijo a la prieta que lo atendió.

La negra, enfrascada en la pantalla de su móvil, ni siquiera alzó la cabeza para decirle que no conocía a nadie con ese nombre. La música atronadora de fondo se mezclaba con los acordes gastados de los altavoces de los colmados vecinos. Un par de hombres rieron la gracia a la dependienta y una moto se acercó para ver quién se había bajado del Toyota. Guarionex se metió la mano en la parte trasera del pantalón y colocó su pistola sobre el mostrador.

—Mira, morena, no me calientes y mírame cuando te hable.

Al contacto del metal con la madera enchapada del mostrador, la chica levantó la cabeza sin dejar de manipular el teclado de su móvil y miró al inspector.

—De éstas, todos los tígueres de aquí andan con una —le dijo.

—Busco a un guachimán que le dicen Pití.

—El Pití se fue pa'Haití —respondió una voz detrás del inspector.

Guarionex se giró y observó al hombre. Le parecía increíble que hubiera escuchado la pregunta con el volumen de la música.

—¿Tú conoces al Pití?

El hombre movió la cabeza afirmativamente.

—Agarró la guagua pa'la frontera.

El inspector se acercó al hombre, haitiano también, y lo miró. Decía la verdad. Se guardó de nuevo la pistola entre la pretina y la camiseta, la tapó con el faldón de la camisa y regresó al car-wash. Se pidió una cerveza y la tomó tranquilo sentado a la sombra hasta que dos muchachitos acabaron de lavar su carro. Después enseñó la placa y se fue.

Deambuló hasta el semáforo del cruce del Coco Loco y bajó frente a una de las paradas que hacía el autobús de Haití. La población de ciudadanos haitianos en la zona era importante, miles de ellos habían acudido atraídos por la necesidad de mano de obra barata para trabajar en la construcción los hoteles, naves industriales, apartamentos y villas que brotaban como setas en cada palmo de terreno ganado al mangle. Donde no había más que monte y culebra, de repente se alzaba un edificio de habitaciones de alquiler, un residencial de lujo o naves industriales para alojar cualquier negocio relacionado con los resorts. La mayoría de aquellos desgraciados acudían sin más documentación o registro que el que les hacía la policía de inmigración cuando los metía en una guagua para deportarlos, siempre y cuando no colaboraran con una lavadita.

—Papá, ponme un juguito de mango —pidió el inspector acercándose a un vendedor de zumos que se refugiaba del sol bajo una palapa de palos con techo de cana y de la cual colgaban ristas de plátanos, piñas, mangos y lechozas.

—¿Con romo y azúcar? —preguntó el haitiano con marcado acento creole.

—No, ni ron ni azúcar —respondió el inspector ante la sonrisa del hombre.

El joven peló un par de mangos y los metió en una exprimidora clavada al mostrador. Dio unas cuantas manchadas a la palanca y recogió el jugo en un vaso de espuma cargado de hielo. Lo cerró con una tapa del mismo material y se lo entregó al inspector. Un par de chicas bajaron de una guagua y se acercaron al bar. Pidieron sendos jugos y el hombre limpió la exprimidora para atender el nuevo pedido. Guarionex esperó a que las chicas pagaran, así como que un grupo de empleadas de banca, un par de chóferes y dos representantes se tomaran su refrigerio de media mañana, y entabló conversación con el juguero.

—Va bien el bisnes.

—Con mucha lucha —respondió el hombre.

—Papá, ¿a qué hora salió la guagua anoche?

—¿Cuál guagua?, de aquí salen muchas.

—La que va a tu país —respondió más serio el inspector.

El hombre dejó el trapo con el que limpiaba la exprimidora y lo miró con terror.

—Yo no hace nada —se excusó—, yo tiene mi cédula en la habitación. Yo busca y traigo, yo no hace nada.

—Tranquilo, moreno, no va contigo la vaina. Sólo quiero saber a qué hora pasó ayer la guagua.

El hombre miró de nuevo al inspector y se apartó del mostrador. Dio un par de gritos en creole y apareció un hombrecillo vestido con el uniforme de una empresa de jardinería, un machete colgando del cinto y botas de goma. Debatió con grandes gestos con el tipo de los jugos hasta que ambos se pusieron de acuerdo.

—La guagua no pasó anoche, hasta la semana que viene no hay guagua —dijo el hombre.

Guarionex suspiró con fuerza.

—Como me hayas engañado, te voy a meter a ti ahí —le dijo señalando la exprimidora.

Los dos hombres lo siguieron con la vista hasta que se metió en el coche y salió a toda la velocidad que aquella tartana podía desarrollar.

El inspector llegó a la Curva y dejó el coche al frente del colmadito. La negra estaba en la misma posición en que la había dejado, con la vista perdida en su móvil y las carnes desparramadas por la silla. Ésta vez la despertó de un fuerte golpe en la madera.

—¿Dónde vainas está el Pití? —gritó.

La chica se levantó y se acercó a un metro al mostrador.

—Ya le han dicho que se fue pa' Haití —respondió.

—Anoche no hubo guagua.

La muchacha miró al inspector con cara de sorpresa. Llevaba el pelo recogido en una malla grasienta y las uñas largas, pintadas de colores estridentes, coronando unos dedos gordos como salchichas de cerdo cimarrón. La boca dejó al descubierto un par de huecos entre los dientes y la lengua quedó colgando a media palabra fuera de la boca.

—Ayer vino y pagó lo fiao con los cuartos de la cancelación. Después nos dijo que se regresaba a Haití.

—¿Qué tal el Pití ése, no? En lugar de agarrar los cuartos y largarse, paga lo pendiente.

—No todos los haitianos son delincuentes —respondió la chica. Guarionex la miró.

—Dame una de éstas —le dijo señalando una botella de Brugal.

La muchacha dudó unos segundos pero la mirada del inspector la caló hasta los huesos y obedeció.

Dejó la botella en el coche, entró en el baño del car-wash y echó una meada. La cosa se complicaba por momentos. Un turista muerto ya era de por sí un buen lío, que fuera un obispo malo, que lo hubieran metido en un hoyo sólo evidenciaba que los culpables también eran gringos, y que hubieran cancelado al guachimán dándole todos sus cuartos en lugar de guindarlo allí mismo, peor. Y por si fuera poca la vaina, además le habían puesto un cura para que le cayera atrás. Se cagó en su maldita suerte y regresó al coche.

Cuando llegó a la estación de policía se fue directo a los calabozos. Pidió que sacaran a los dos barredores y los hicieran subir a su oficina. El cura no estaba y la silla había vuelto a su lugar, por lo que él mismo agarró una y la metió en su despacho. Al cabo de unos minutos entraron a los dos hombres a empujones. Uno apenas se podía mover y al otro le colgaba el brazo derecho como un trapo. Guarionex los miró, mandó al guardia que los sentara en las sillas y saliera. Después cerró la puerta.

El que se había enfrentado a él casi no podía tenerse en el respaldo de la silla y al otro, el que había intentado escapar, le colgaba el brazo derecho fuera del hombro y varios chorretones de sangre seca y vómito habían pintado sus andrajos.

—Te va a doler —le dijo el inspector poniéndose a su espalda.

Le agarró el hombro y el brazo a la altura del codo y lo giró en la posición contraria a su movimiento natural. El hombre dejó escapar un grito que despertó al otro del mundo oscuro en el que se encontraba y ambos se quedaron mirando al inspector como dos cayeras golpeadas por una estampida de rinocerontes.

—Por lo menos, así podrás ayudar a ése —le dijo el inspector regresando a su escritorio.

El hombre movía el brazo con cuidado y se sobaba el hombro con la mano izquierda.

—Dos preguntas y os dejaré marchar —los hombres ni siquiera se miraron entre ellos—, ¿quién le robó el anillo al gringo y dónde está el Pití?

El más flaco abrió la boca pero los golpes lo habían lastimado hasta el punto que no era capaz de articular palabra. El otro flaco lo miró y, sin dejar de sobarse el brazo recién puesto en su sitio, respondió.

—Nosotros no sabe quién lleva el anillo. No sabe nada. Nosotros sólo barremos.

—El Pití —dejó ir el otro con un hilo de voz.

—El Pití, ¿qué? —preguntó el inspector.

—El Pití se lleva el anillo. Él me dice.

Guarionex miró a los dos hombres y una inmensa rabia triste le recorrió desde las plantas de los pies hasta el puño que descargó con furia sobre la mesa. El desgraciado que acababa de confesar no se movió y al otro casi se le salió de nuevo el brazo del salto que pegó hacia atrás con silla y todo.

—¿Y dónde está el mamagüevo ése? —preguntó el inspector conteniendo la rabia a la altura de la nuez.

—Se fue pa' Haití —dijo de nuevo el flaco.

Guarionex sabía que no mentía. Ya no.

—Ayer no hubo guagua —le dijo el inspector.

—Se fue pa' Haití —repitió el hombre levantando la cabeza y fijando su mirada en los ojos de Guarionex.

—Desde La Romana también salen guaguas —le aclaró el otro.

Guarionex los miró y mandó entrar al guardia que custodiaba la puerta.

—Déjalos ir —le dijo.

Aún no habían salido de la oficina cuando el teléfono del inspector comenzó a bailar encima de la mesa. Miró el número y reconoció la secuencia correspondiente a monseñor Julián César Amado de la Cruz. Soltó una maldición y pulsó la tecla de responder.

—Inspector Guarionex.

—Inspector, le llamo para ponerme a disposición ya que nuestra última conversación finalizó de una forma un tanto abrupta y también para que grabe mi número.

—Ya sé cuál es su número. Cuando me llame alguien de la prensa, ya se lo pasaré —respondió el inspector y colgó.

Que el Pití se hubiera robado el anillo abría una nueva perspectiva. Si en verdad el guachimán lo había tomado, no necesariamente debía tener relación con la ocultación del cuerpo. Imaginó la escena, el guardia nocturno se despierta de la guardia de madrugada y ve el cuerpo, quizá tirado, quizá a medio enterrar, o quizá lo ve todo y se esconde hasta que se siente seguro. Después se acerca, lo inspecciona, le roba todo lo que hubiera de valor, la ropa, el anillo, lo que fuera..., lo acaba de enterrar, vende lo que puede y se marcha para Haití.

Pero en ese caso, ¿por qué lo habían cancelado?

Guarionex subió a su viejo Camry y condujo hasta la empresa de seguridad en la que había trabajado el tal Pití. La compañía estaba dirigida por un antiguo comandante del ejército con el que el inspector no comulgaba demasiado, pero a quien conocía de los operativos conjuntos de la policía con las empresas de seguridad. Preguntó por él y le confirmaron lo que ya imaginaba, que el comandante no aparecía por allí más que a final de mes para cobrar lo suyo. Pidió entonces por la persona a cargo y lo atendió un suizo con una papada que ya hubiera querido para sí un macho de iguana. El gordo le explicó que el nombre real del empleado era Baptiste Leclerc, de nacionalidad haitiana, sin datos de domicilio en ese país. En los ocho meses de antigüedad no había tenido un solo incidente hasta que ese mismo lunes, al finalizar su jornada nocturna, se acercó a las oficinas para pedir que lo cancelaran.

—Como se fue él, no le tocó apenas nada —le dijo la iguana con una voz líquida que no le hizo presagiar nada bueno al inspector.

—¿Portaba armas?

—Una porra y un teléfono. Los restaurantes de la playa no quieren pagar mucho por ese servicio y un guardia armado es más caro. Además, cada restaurante tiene los suyos durmiendo en los mismos palos del local, barredores, limpiadores, playeros, ese tipo de gente, por eso no pagan por guardias.

El inspector ya había agotado esa vía.

—¿Dejó algún dato por si querían volver a contactarlo?

—No. Dejó el uniforme, la porra, el teléfono, cobró lo suyo y se largó.

Guarionex le dio las gracias y salió.

Si de algo estaba seguro el inspector era de que ningún trabajador en toda la República Dominicana renunciaba a sus prestaciones de cancelación si no era por una causa de fuerza mayor muy mayor. Nadie, desde el presidente del país al barredor de un chiringuito de playa, dejaba su cargo sin cobrar lo suyo, de modo que si el Pití se había ido renunciando a su finiquito, y para más guasa había pagado sus deudas, era porque había conseguido el dinero por otra parte.

Por segunda vez en el día maldijo su suerte y se subió al coche.

Agarró el teléfono y miró los números. Nada nuevo más allá de que casi eran las doce del mediodía y el hambre comenzaba a agriarle las entendederas. Paró donde Rafael y se comió un plato de moro con hígado encebollado acompañado de una cerveza, un helado y un café de greca. Después condujo descuidado por el boulevard hasta que vio las obras de unos futuros comercios a pie de carretera. Metió el coche a la sombra de uno de los tejados a medio hacer y se echó en el asiento.

La historia comenzaba a tomar forma: al tipo lo ponchan por meterse con un cuero, o ves a saber con qué tíguere, y lo dejan en la playa. Allí, el Pití lo vacía y lo guarda bajo tierra para ganar un poco de tiempo con el que llegar a Haití para gastar los cuartos que le había sacado al muerto.

No parecía tan complicada la cosa. De hecho, si cada turista que aparecía muerto tuviera que costarle tanto trabajo sería mejor cambiar de oficio y pasarse al ejército.

Cerró los ojos y cuando estaba a punto de quedarse dormido con el gusto del hígado en el paladar, recordó la botella de Brugal de la gorda del colmado. La sacó de debajo del asiento y le dio un par de tragos mecido por la brisa de la tarde. Volvió a cerrar los ojos y se durmió.

Estaba profundo cuando una llamada lo despertó. Era de la estación para avisarle que no había firmado el formulario de salida en la mañana y los dos pobres playeros aún estaban presos en espera de que el inspector pasara los cargos al fiscal o les

permitiera largarse. Estuvo por dejarlos allí, pero calculó que entre que subía a firmar y miraba un par de cosas le daría la hora de largarse a su casa. Condujo despacio hasta la comandancia. Cuando el guardia de turno lo vio aparecer, le tendió un par de documentos y un bolígrafo. Guarionex leyó los nombres de los dos tipos y firmó. Echó después un vistazo a la planta superior, por si algún otro cura andaba de ronda frente a su despacho, y se fue tranquilo.

Total, hasta el jueves no libraba Clara.

No haría mucho que se habría levantado.

Clara dormía durante el día en las viviendas de personal del Casino Grand Pallace y bailaba de noche. Ahora estaría bañándose o alistándose para ir a cenar antes del trabajo. Evocó su presencia y una punzada de tristeza se le clavó hasta el hígado cuando el Toyota Camry pasó frente a las viviendas del casino. ¿Cuántas veces le había pedido que se mudara con él?, tantas como las que había negado ella. No podía mantener su vida, eso lo sabía, y era demasiado viejo para controlar a una mujer así, pero imaginarla bailando cada noche medio desnuda frente a aquellos babosos hasta que escogía a uno y le sacaba los cuartos para pagar sus caprichos, lo encendía al punto de perder la cordura. Le dio un golpe al volante con la palma de su mano y aceleró.

También era pronto para bajar a ver a Jean Marc, así que siguió en dirección a su casa y paró un momento en el parking de Friusa. Distinguió a Miguel entre un grupo de niños y lo llamó. El limpiabotas levantó la cabeza e hizo algunos gestos al resto del grupo excusándose por dejarlos.

El inspector paró el coche y se bajó justo en el momento que el niño llegaba cargado con su caja de madera.

—El anillo se lo llevó un haitiano —le dijo mientras le pasaba el trapo.

Guarionex sonrió. Si la causa de la muerte era el robo, el caso se acababa de cerrar. Investigar en Haití a un sospechoso de cometer delito en Dominicana era como hurgar en un avispero lleno de mierda con el dedito de uno en lugar de un palo.

Le dio cien pesos más al menor y subió de nuevo al coche.

Acarició el cuello de la botella y se fue donde Jean Marc.

Día tercero. Miércoles.

Había dormido toda la noche de una tirada.

—Cuando el romo es bueno... —se dijo a sí mismo.

Después se desperezó y bajó de la hamaca.

En la casa de algún vecino sonaba una bachata que se colaba por las rendijas de las ventanas y que mejoró cuando la cafetera comenzó a filtrar café.

Guarionex se bañó y se pasó la cuchilla de afeitar. A pesar de las horas dormidas, unas pequeñas bolsas afeaban su mirada y las raíces blanquecinas de las sienes le daban un aspecto diez años mayor de lo que era. Se quitó la melaza del mal aliento con una buena cepillada y salió. La cafetera ya había colado los granos triturados y el aroma se esparcía por los poco más de treinta metros cuadrados de la vivienda. Aún no se había puesto los calzoncillos cuando alguien tocó a su puerta.

El inspector dio unos pasos hasta la habitación y se ató una toalla a la cintura. Tomó la pistola del mueble y se acercó a la puerta con la espalda pegada a la pared.

—Inspector, sé que está ahí, el olor del café lo delata —escuchó la voz de monseñor Amado de la Cruz al otro lado de la puerta.

Guarionex masculló una maldición y echó un vistazo a la casa. El casco vacío del último Brugal extra viejo descansaba en la fregadera junto al único vaso que había utilizado en la cena.

—¡Qué quiere! —gritó el inspector mientras recogía un poco la casa y metía la botella en una bolsa del supermercado.

—No me negará un café, ¿verdad? —dijo el obispo.

—En mi casa niego lo que me sale de los granos —aulló el inspector metiendo las piernas dentro de los pantalones.

Corrió la cortina que separaba la habitación de la sala y abrió la puerta.

—Pase —le dijo.

Monseñor Julián César Amado de la Cruz siguió las instrucciones y entró en la vivienda. Vestía sin mayores marcas de su condición que el mal gusto de su combinación. Guarionex sacó la

cabeza por la puerta antes de cerrarla y vio que no había nadie más. El tíguere andaba sin vehículo y la única forma de volver sería con él.

—Bonita vivienda —dijo el clérigo.

—No joda, ¿qué quiere?

—Ya le he dicho, un café y algo de charla.

El obispo echó un vistazo a la casa. Paredes peladas, sin un solo adorno. Un abanico inmóvil en el techo como único electrodoméstico visible más allá del fogón de la cocina, conectado a una botella de gas con una manguera más retorcida que los diseños del Señor, y de una nevera a la que le colgaba el enchufe a ras de suelo. En comparación a ésa, la celda del seminario podía considerarse la habitación de un hotel de lujo. En el medio de la sala rivalizaban una mesa blanca de madera gruesa con dos sillas pintadas del mismo color y un pequeño sillón cubierto con una sábana. Monseñor Julián César valoró las dos opciones y escogió una de las sillas frente a la cocina en la que el inspector repartía el brebaje en sendos vasos.

—¿Azúcar? —preguntó Guarionex.

—No, gracias.

El inspector dejó uno de los vasos frente al obispo y se sentó en la otra silla con el suyo.

—Ya tiene su café, dele a la charla.

—Siempre directo, me gusta, facilita la vida —dijo el obispo.

—O la jode —discrepó el inspector.

Monseñor le dio un sorbo al café.

—Ayer me dejó esperándolo en su despacho, lo cual me sorprendió porque creí que podríamos repasar algunos detalles del caso. Como le dije, no tengo intención de complicarle la vida ni de meterme en lo suyo —remarcó las últimas palabras— pero nuestra santa madre Iglesia me ha encargado un trabajo y, como comprenderá, lo voy a hacer con o sin su ayuda. He venido hasta su casa para ver si hay forma de que sea de la segunda manera.

Guarionex esperó a que acabara de hablar y se levantó para ponerse una camisa. Aquel hombre lo hacía sentir culpable incluso de andar por su propia casa como le diera la maldita gana.

—Eso es lo que hacen los curas —murmuró desde la habitación.

—¿Disculpe? —preguntó el obispo.

—Decía que eso es lo que hacen los curas, meterse en las vidas de los demás para decirles cómo las han de vivir —Julián César lo miró extrañado, aunque no dijo una sola palabra—. Y no me mire así, los conozco perfectamente.

El obispo echó mano a una pequeña libreta que sacó de su bolsillo y leyó en voz alta.

—Yo sí le conozco. Guarionex Torres Martín, cursó estudios hasta el grado de bachiller en las Escuelas Pías de Santo Domingo. Graduado con matrícula, tuvo una infancia llena de altercados tanto con los padres escolapios como con diferentes alumnos a lo largo de su vida escolar.

—Veo que no sólo se meten en la vida de los demás, sino que además la documentan —dijo Guarionex con el vaso café entre las manos.

—En los años siguientes, hurtos menores y algún lío que acabaron con una condena reducida al ingresar en la academia de policía de Santo Domingo. Destinado a Dajabón, crece en el escalafón con honores hasta llegar al grado de inspector, posición de la que no se ha movido en los últimos seis años viendo como el resto de compañeros de promoción ocupaban, uno tras otro, cargos de oficial como mínimo —añadió el obispo levantando la vista de la libreta.

—Si me iba a contar mi vida, se podía haber ahorrado el viaje y yo el café.

—Me pregunto por qué un alumno de su inteligencia, un policía con sus cualidades se ha quedado estancado en el cargo de inspector.

—Estoy seguro de que conoce muy bien la respuesta —dijo Guarionex.

—Algo he leído, sí —asintió el obispo—, sólo quería demostrarle que yo también sé hacer mis tareas y que si usted colabora conmigo, quizá yo podría colaborar con su carrera, un win and win, que dicen los americanos.

—Mire, me importa una mierda de puerco los americanos, mi carrera y dos su ayuda —respondió Guarionex, que se levantó para llevar los dos vasos vacíos a la cocina—. No sé qué vaina espera encontrar, pero el caso está muy claro. Un turista más, cura o no,

que se mete donde no debe, con algún cuero o con algún menor, que ustedes son muy aficionados a eso, se pasa de la raya, no paga lo convenido, escoge un mal día o le da un infarto mientras chichaba por el culo a cualquier desgraciado, vaya usted a saber, y la vaina se jode cuando menos se lo espera. Unos tígueres lo recogen, lo tiran en la playa, los playeros le sacan hasta las liendres y lo entierran para que nadie lo vea. Fin del cuento.

—Bonita historia pero falta lo más importante —dijo el obispo—, a quién han matado y por qué.

—A quien, Martin Walsh —recitó Guarionex—, estadounidense, cincuenta y tres años. Obispo. Por qué, por chichar donde no debía.

—Si usted lo dice —la camisa del obispo se tensó a la altura de los bíceps y los hombros cuando el hombre se acomodó sobre la silla—. Le propongo un trato, si me explica lo que ha averiguado, yo le daré todos los detalles de nuestro hermano. Piénselo.

—¿Pero qué maldita vaina voy a pensar, usted se cree que esto es una maldita película? Al tipo lo han mandado con su jefe y a mí me importa un carajo, ¿qué más?

El hombre se levantó, lavó su taza en la fregadera y salió. Guarionex lo miró con estupefacción. No esperaba el detalle de ermitaño de lavar su taza, ni que se marchara sin pedirle que lo llevara. Lo siguió hasta que cerró la puerta y respondió a su despedida con un movimiento de cabeza. Al cabo de un rato, acabó de vestirse y salió.

Las palabras de monseñor habían conseguido su propósito y repicaban descontroladas en su cerebro. ¿Quién era Martin Walsh y por qué lo habían matado? La pregunta sugería una respuesta más elaborada que la versión de un cura haciendo de las suyas en un lupanar comprometedor. La vaina del escándalo quedaba descartada desde el mismo momento en que nadie había sacado la noticia en la prensa. Al contrario, las fotografías del fallecido habían desaparecido de las redes y las publicaciones on-line por el bien del turismo. Las autoridades y los matatanes del sector conocían el caso de otros países en los que se habían desencadenado verdaderas crisis económicas por meter miedo en los mercados turísticos. Nada más asustadizo que un turista ni nada menos necesario que un viaje al Caribe, había escuchado esa frase un

millón de veces en boca de sus superiores, de los directores de hotel, de los jefes de seguridad y de cualquiera que tuviera una posición de responsabilidad en la industria. A nadie le interesaba un escándalo con un obispo muerto. Definitivamente, si no era eso lo que asustaba a la Iglesia, ¿entonces qué vaina quería el obispo?

De camino al destacamento desvió el coche y se adentró por la carretera que daba al hotel Ensenada del Rey. El guardia de la puerta avisó a Pere Joan por radio y el director de seguridad apareció en su carrito de golf al cabo de unos minutos. Entraron al complejo hotelero por la entrada de servicio y el inspector Guarionex aparcó su vehículo junto a un camión de lavandería. Acompañó al director de seguridad hasta su despacho y se sentaron uno frente al otro.

—¿Café? —preguntó el español.

—Gracias, ya he tomado.

El hombre se giró en la silla y su panza se removió inquieta hasta que alcanzó las tazas que se apilaban en una bandeja junto a la mesa. Metió una cápsula en la cafetera y esperó a que la máquina escupiera la cantidad exacta de agua filtrada, después dio un sorbo y un rostro de felicidad se apoderó de él a medida que chupaba de un cigarrillo recién encendido.

—No creo que nadie de seguridad venga a regañarme —bromeó—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Ya se habrá enterado que era obispo.

—Sí, nos sorprendió a todos.

Guarionex sabía quiénes eran esos todos así como la imposibilidad de mantener un secreto de tal calibre entre la gente vinculada a la policía, y sin duda Pere Joan era uno de ellos.

—Cuando revisasteis sus cosas, ¿vio algo que le llamara la atención? —preguntó el inspector. El jefe de seguridad dio un par de caladas al cigarrillo e hizo girar el café por la taza antes de apurar lo que quedaba en ella.

—No, nada. Lo típico de cualquier turista, ropa cómoda, de baño, un par de trajes de chaqueta y pantalón, zapatillas... esas cosas.

—¿Ropa de cura?

—¡No! —respondió divertido el director de seguridad del hotel Ensenada del Rey.

—¿Condomes? —preguntó de nuevo el inspector.

—Ahora que lo dices, tampoco.

Guarionex recordaba todo lo que había visto en la habitación, el neceser y los enseres de baño, la ropa que asomaba por el armario, los zapatos. Tampoco había visto condones o vestidos de obispo pero no había abierto las maletas ni registrado el resto de la habitación.

—Hicimos un inventario.

El director de seguridad encaró el teclado de su ordenador y al cabo de unos segundos, la misma máquina que había escupido una copia de su pasaporte tiró una hoja con la lista completa de enseres. Guarionex esperó a que Pere Joan se la cediera y la miró.

—Nada raro —le dijo dejando el papel sobre la mesa.

—Ya te lo he dicho, ¿buscas algo en particular? —preguntó el director de seguridad.

—¿Ha llamado alguien preguntando por él, familia, otros curas, algún cuero, alguien a quien le dejara a deber?

El hombre entornó la mirada y la clavó en la del inspector, que torció el morro en una sonrisa disimulada. Guarionex sabía, a pesar de que no podía verlo por la mesa, que para alcanzar a mirar a los ojos a sus interlocutores a Pere Joan le colgaban los pies como los de un niño sentado en el retrete de su padre. El director de seguridad ignoró la sorna del inspector e hizo un gesto teatral que simulaba una búsqueda en el disco duro de su memoria. Negó con la cabeza, descolgó el teléfono y marcó una extensión interna.

—Guest Service, ellos sabrán —aclaró al inspector mientras pulsaba la numeración en el teclado de su terminal.

Guarionex asintió.

—Nicole, ¿cómo estás? Perdona que te moleste pero tengo delante de mí al inspector Guarionex, de la policía, y quiere saber si hemos tenido alguna llamada preguntando por el señor de la 7069.

—...

—Sí, el muerto.

—...

—Comprendo. Muchas gracias, Nicole.

El director de seguridad colgó el teléfono y devolvió la mirada al inspector.

—Nadie ha preguntado por él. Ni de la Iglesia, ni la familia, ni siquiera su turoperador. A veces, los familiares se quejan primero al turoperador y éste lo hace después con nosotros —le aclaró—, pero no hay registro de consultas ni quejas, nada. Ni un triste abogado buscando lo suyo, ni del seguro, familiares, nadie. Es muy extraño.

—Es extraño, sí —murmuró Guarionex.

Pere Joan encendió otro cigarrillo y lanzó contra el techo de su despacho un bufido infecto de humo blanco.

—En ocasiones, algunos turistas no le dicen a nadie que están aquí —argumentó el español.

—Quizá sea eso.

—No se deje el inventario —advirtió Pere Joan.

—Ya lo tengo —respondió Guarionex mientras encajaba la mano con el hombre, que al ponerse en pie había bajado una cuarta—. Por cierto —añadió—, necesitaré la relación de llamadas y el registro de la cerradura de la habitación desde el día que hizo check-in hasta que entramos nosotros, así como el registro de salidas del hotel.

Pere Joan sostuvo su mano con fuerza.

—Inspector, el hotel colabora fuertemente con la policía, no creo que sea necesario...

—Estimado, sé que el hotel colabora con la policía, pero sí va a ser necesaria la lista.

—¿Hay alguna forma de que podamos arreglarlo como las otras veces? —dijo el director de seguridad descubriendo la caja de seguridad que se escondía en el mueble sobre el que todavía parpadeaba la cafetera.

Guarionex negó con tristeza.

—Mándeme la lista al correo de la estación.

—He de consultarlo con la dirección general pero me has de dar tu palabra de que el nombre del hotel no se verá manchado por ningún informe, no quiero meterme en un lío.

El inspector asintió y salió del despacho. Si no estuviera el maldito cura detrás de sus pantalones, aún habría sacado provecho.

Subió de nuevo al coche y la calor le pegó la camisa al cuerpo. Sentía el sudor cayéndole a chorro por la rabadilla canalizado por el

cañón de la pistola. Se sacó el arma de la espalda y la metió debajo de las piernas.

Recordó el contenido del equipaje, nada extraño más allá de que no había una sola prenda eclesiástica, algo normal por otra parte si estaba de vacaciones. Tampoco él llevaba su uniforme cuando iba de vacaciones, o cuando fue, porque sólo lo había ido una vez en su vida. La imagen de sí mismo mucho más joven, abrazado a Lucille en un catamarán frente a la playa de Negril, en Jamaica, era el único recuerdo que conservaba de unas vacaciones. Chasqueó y apartó el turquesa de su mente y el negro de sus pantalones.

Cuando llegó a la estación vio a uno de los guardias que lo esperaba con un par de hojas impresas en la mano. Pere Joan había hecho su trabajo. Dio las gracias al comando y subió con el listado a su despacho. Dos hojas sin logotipo ni sello del hotel. Sonrió. Las extendió sobre su mesa. El registro de la cerradura de la habitación marcaba las entradas y salidas con la tarjeta del huésped, varias de la camarista, tres de ellas después del mediodía del domingo, y un par del personal de mantenimiento una semana atrás. Era habitual que en los primeros días de estancia los huéspedes detectaran fallos de funcionamiento en cualquier elemento de la habitación, así como tenía lógica que la ama de llaves hubiera chequeado el estado de una habitación que se suponía debía estar vacía y muy probablemente ya asignada a otro huésped.

Con respecto a las llamadas, apenas había realizado una docena y sólo se registraban tres salidas del hotel entre las que no figuraba la de la noche de su muerte. Entre las llamadas vio dos números que se repetían, uno el de la habitación 5885 y otro el de un teléfono dominicano.

Cogió el suyo y marcó. Al cabo de unos segundos, una voz femenina, joven, con fuerte acento capitalaño, respondió.

—Aló.

—Buenos días, le llamamos del Banco Popular, ¿hablo con la señora Juana Martínez? —mintió el inspector.

—No.

—Disculpe, ¿con quién tengo el gusto? —preguntó de nuevo el inspector.

—Aquí no hay ninguna Juana —dijo la chica, y colgó.

—¡Carajo! —gritó el inspector.

Recobró un segundo de calma y marcó otro número.

—Coronel Espinosa —saludó Guarionex—. Buenos días. Mi coronel, quería saber si tenía algún dato de la autopsia.

—...

—Sí, ya sé, pero la vaina se está poniendo caliente y cualquier avance nos ayudaría. Otra cosa, mi coronel, si le dejo un número de teléfono, ¿puede ayudarme con la localización?

—...

—Mi coronel, tengo a un tipo haciéndome de sombra y me gustaría mantener esto entre nosotros, por lo menos de momento.

—...

—Muchas gracias, mi coronel. Le llamaré en un par de horas.

Guarionex colgó y marcó el número del móvil de Pere Joan.

—Usted si jode, inspector —lo saludó el español.

—Más que el hambre —bromeó Guarionex.

—¿Recibió la información?

—Por eso le llamo. Necesito los datos de los huéspedes de la habitación 5885, o mejor aún, si no han salido del hotel, necesito que los retenga.

Guarionex escuchó como el director de seguridad del hotel Ensenada del Rey manipulaba su teclado.

—Sale hoy —respondió Pere Joan—, un solo tipo. Quizá ya se haya ido pero vamos a bloquear el check-out por si acaso.

Otro hombre solo, un compañero de aventuras, pensó el inspector. Al cabo de unos minutos le devolvió la llamada el director de seguridad del Ensenada del Rey y le confirmó que tenían al tipo. Bajó las escaleras y montó en la camioneta de la policía.

A la llegada al hotel, un guardia de la seguridad interna le hizo de guía por la avenida principal hasta la impresionante fuente que presidía la rotonda de entrada del hotel. Aparcaron y siguieron a pie entre las docenas de turistas repartidos por las mesas, la recepción y los sillones que perlaban la estructura majestuosa del lobby. El seguridad lo guió hasta una mesa resguardada bajo una gran sombrilla en uno de los laterales de la terraza. Pere Joan estaba sentado con un hombre bajito, regordete como él pero más viejo y

con bigote, el pelo lacio, ralo en la coronilla y abundante hasta la altura del cuello. Vestía una camisa floreada dos tallas más grande que por fuerza debía colgarle hasta los muslos. Le calculó unos sesenta años, fofo, de movimientos más bien torpes. Le faltaban unas gafas para representar el estereotipo perfecto de un funcionario a punto de la retirada.

—Inspector Guarionex, le presento al señor Topolino Acosta, el huésped de la habitación 5885 —le dijo Pere Joan cuando lo vio llegar.

—Señor Acosta —dijo Guarionex midiendo su fuerza al encajar la mano del hombre—, deberá acompañarnos a la estación de policía. Necesitamos hacerle unas preguntas.

La mención causó la reacción que el inspector esperaba.

—Pero mi vuelo sale esta tarde —dijo el señor Topolino—, ¿a qué se debe esta desagradable situación?

—Tenemos algunas preguntas que hacerle —la voz de Guarionex sonó más dura incluso de lo que él mismo deseaba.

—Inspector, quizá el señor Acosta pueda responder a sus preguntas aquí mismo o en mi despacho si prefiere —intervino el director de seguridad.

—Por favor, esto es un atropello. Responderé a lo que quieran pero no me hagan perder mi vuelo.

—¿Qué relación tenía con el señor Walsh? —preguntó el inspector.

El hombre repartió una mirada curiosa entre el inspector y Pere Joan.

—¿Con quién? —preguntó.

—Walsh, Martin Walsh, el americano de la 7069 —le aclaró el director de seguridad.

—¡Oh, Martin!, un tipo muy divertido. Hace un par de días que no lo veo. Se marchó sin despedirse.

Guarionex lo observó. La tensión de su rostro había desaparecido como si el hecho de que le preguntaran por el muerto fuera lo último que esperara que alguien le preguntara en la vida.

—Tan divertido que está en una mesa de la morgue en Santo Domingo —respondió el inspector.

Topolino Acosta se llevó las manos a los cachetes en una unión de carne sobrante.

—¿Martin? —preguntó por fin.

El inspector hizo una seña a los guardias, que esperaban a pocos metros de la mesa, y ambos hombres se acercaron a su mando.

—Recojan las cosas del señor Acosta y métenlo en el vehículo.

—¡Espere, espere por favor! —suplicó el hombre—. Conocí a Martin el día de mi llegada. De hecho, nos encontramos en la recepción mientras esperábamos para acreditarnos. Congeniamos y quedamos para vernos y tomar una copa. Después nos hemos ido encontrando un par de veces para tomar algo y salir a cenar.

—¿Dónde pasó la noche del domingo? —preguntó el inspector.

—En mi habitación. Había quedado esa tarde para ir a cenar con Martin al restaurante brasileño pero no se presentó, así que cené solo, luego tomé una copa en el bar del teatro y me fui a dormir. Lo puede comprobar —dijo desviando su mirada a Pere Joan.

El inspector miró al director de seguridad, que llamó a uno de los guardias del hotel y le pidió que contrastara la información.

—¿Qué hace usted, a qué se dedica? —preguntó Guarionex.

—Soy arquitecto. Tengo un pequeño estudio en Panamá.

Guarionex identificó el acento que hasta ese momento le había costado ubicar.

—¿Y qué hace aquí?

—Supongo que lo mismo que todo el mundo, desconectar del trabajo por unos días —respondió el hombre.

—¿Qué le explicó el señor Walsh?

—No mucho, la verdad, me dijo que vivía en Boston, que allí hacía mucho frío y que venía todos los años para descansar unos días.

Guarionex recordó los visados del pasaporte de Martin Walsh y si bien había ido un par de veces al país, distaba mucho de repetir cada año en República Dominicana.

—A descansar o a tirar con los cueros. Eso pasó, verdad, dos babosos que salen a buscar mujeres, la cosa se complica, a Martin lo fuñen y usted sale huyendo, ¿correcto?

El rostro del arquitecto mutó al blanco y regresó envuelto en un tartamudeo nervioso. Le aseguró al inspector que jamás haría una cosa así, que nunca lo había hecho y que el fallecido señor Walsh nunca se lo había propuesto. El director de seguridad vio llegar al guardia y se levantó. Guarionex hizo lo mismo y ambos encararon al trabajador del hotel. Les hizo saber que la información que había expuesto Topolino Acosta era cierta, tenían una reserva para dos personas el domingo a las ocho en el restaurante brasileño de las cuales sólo cenó una.

—¿A qué hora sale su vuelo? —preguntó Pere Joan al panameño al regresar a la mesa.

—A las seis de la tarde —respondió éste.

—Una pregunta más, ¿a qué le dijo el señor Walsh que se dedicaba en los Estados Unidos? —preguntó el inspector.

—Me dijo que trabajaba en una gran corporación —respondió el arquitecto.

Guarionex miró al hombre y se levantó. Otra puerta cerrada. Se alejó unos pasos acompañado del director de seguridad y le pidió que lo dejara ir. Después se encaminó a su vehículo y chequeó el teléfono. Sin señales del coronel Espinosa, así que prendió el contacto y arrancó para donde Rafael.

—¿Sancocho y cerdo guisado? —preguntó el dueño del restaurante.

El inspector asintió y se fijó en el periódico que leía uno de los comensales en la mesa de al lado. El tipo lo tenía abierto de un modo que permitió a Guarionex leer sin dificultad la noticia de la portada, el accidente de una avioneta cargada de turistas franceses en Puerto Plata, un desastre que ocupaba todas las columnas de la primera página y un lío internacional que el inspector supo que le confería cierta ventaja en el caso del obispo. Al final, la muerte de un solo hombre, a quien además nadie parecía haber reclamado, pasaba muchos escalones por debajo de aquello.

El tipo pasó página y cambió la postura del diario justo en el instante en que Lucy le dejaba su menú en un plato al que Rafael le había añadido un par de gajos de aguacate y una cerveza fría dentro de una caña de bambú.

Algo no cuadraba en todo aquello. Como decían en su pueblo, era un arroz con mango, un plato imposible de ligar. ¿Dos solitarios que se encontraban por casualidad y congeniaban hasta el punto de cenar juntos pero no tanto como para salir del recinto?, no tenía lógica. También era cierto que dentro de los hoteles se movían pequeños ejércitos de prostitutas en búsqueda precisamente de tipos como ellos. Ésa podía ser una explicación, abría incluso la posibilidad de que la chica del teléfono fuera un cuero o incluso la persona de contacto con las putas del hotel.

Royó la carne de cerdo pegada a los huesos.

Eso tenía más lógica.

Y entonces, ¿la pregunta del obispo acerca de quién era Martin Walsh, a qué vaina venía?

El maldito obispo del demonio le importaba una vaina, pero que lo jodieran no podía tolerarlo. Tomó un par de cucharadas más de sancocho y se acabó la cerveza.

¿A quién podía preguntar por el muerto?

¿Y por un café?

Lucy había desaparecido en la cocina y Rafael manipulaba el ordenador del restaurante. Si quería café, tendría que ir a por él. Se levantó y se plantó detrás de la barra. Rafael lo miró con sorpresa.

—¿A quién he de dar un tiro para que me traigan un café?

—Un minuto, inspector, deja que arregle la música.

Guarionex sonrió al ver al dueño del restaurante menear con sus manazas el puntero del ratón por encima de una lista infinita de canciones que después caerían sobre los comensales apagando cualquier intento de conversación.

—Busca este nombre —le dijo de repente al dueño del restaurante.

—¿Qué? —preguntó Rafael sin comprender.

—¡Ahí, carajo! —señaló el ordenador— ¿No estás conectado?

Y escribió el nombre del Martin Walsh en la hoja de un talonario de comandas. Rafael cerró el programa de música y abrió el navegador. Escribió el nombre que le acababa de pasar el inspector y pulsó con el ratón sobre el icono de la lupa del buscador. En poco menos de un segundo se desplegaron cerca de cincuenta mil resultados ordenados en paquetes de a veinticinco enlaces por

página. El inspector Guarionex miró la pantalla y por un instante no supo qué decir. La voz de Rafael, que leyó el primero de los vínculos, lo hizo por él:

“Monseñor Martin Walsh, conservador principal del museo Gregoriano Etrusco perteneciente al Museo Vaticano. El museo contiene material del siglo IX a. C. hasta el siglo I, y abarca desde piezas de la edad de hierro hasta material encontrado en las ciudades etruscas. También cuenta con una colección de vasos griegos que fueron encontrados en cementerios etruscos. Adyacente a este museo, se encuentra una sección dedicada a antigüedades romanas provenientes de la misma Roma y de Lazio. Monseñor Walsh ha organizado más de cincuenta exposiciones por diferentes países y es en la actualidad uno de los mayores expertos en esta materia de todo el mundo.”

—Mándame toda esa vaina al correo de la estación —le pidió a Rafa.

Corrió a recuperar el teléfono y marcó al hotel Ensenada del Rey.

—Pere Joan, ¿ya ha salido Topolino Acosta?

—Buenas tardes, inspector. No, no ha salido aún. Como compensación a las molestias por el interrogatorio le hemos dejado la habitación hasta las tres de la tarde. Ahora debe estar comiendo —respondió el director de seguridad.

—Guárdamelo hasta que llegue.

Guarionex colgó. Era imposible que una persona con esa vida no se la hubiera mencionado a su compañero de cenas. Conocía gente así, no del nivel de monseñor Walsh, pero sí coleccionistas de la capital, incluso banqueros, cuya pasión eran las antigüedades y las obras de arte y a los que era imposible sacar de sus mundos. Se podía empezar una conversación hablando de pelota y a los cinco minutos ya explicaban que habían visto tal o cual exposición, o que andaban tras tal o cual pieza. ¿Por qué no les había dicho nada de eso Topolino Acosta en la reunión?

La maldita calor le había empapado la ropa cuando llegó al hotel. Se secó con un trozo de servilleta que se había llevado del restaurante de Rafael y vio que el director lo esperaba en la barrera.

—No está —le dijo—, después de nuestra charla lo acompañé hasta una mesa de relaciones públicas para que le extendieran la

habitación hasta las tres, me dio las gracias y me fui. Los chicos de recepción me han confirmado que lo llevaron hasta la puerta y que allí tomó un taxi. Aún tiene sus cosas en la habitación.

Guarionex miró a Pere Joan y maldijo mil veces no haberse llevado al tipo a que lo ablandaran.

—Su vuelo salía a las seis de la tarde —se excusó el español.

El inspector pidió prestado el teléfono al director de seguridad.

—No me quedan minutos —le dijo tapando el micrófono con la palma de la mano—. Winston, buenas tardes.

—...

—Gracias. Necesito un favor tuyo.

El inspector pidió al jefe de seguridad del aeropuerto que interceptaran al tal Topolino Acosta. Le prometió enviar una copia de su pasaporte y colgó. Pere Joan entendió la instrucción y pidió por radio que enviaran una copia del pasaporte del tipo al teléfono de Winston James Worthy, después montó al inspector en su carrito de golf y volvieron a recorrer las calles repletas de palmeras y turistas hasta la habitación 5885.

Como había dicho Pere Joan, la habitación se encontraba sin hacer, la misma situación que la de monseñor Martin Walsh, pero sin muerto... que supieran. El baño no había sido recogido y todos los enseres personales estaban repartidos por el mármol de la encimera. Un par de peines, lociones, el cepillo de dientes, la pasta mal cerrada, las toallas colgadas del perchero y la tapa del váter levantada.

Se adentró un poco más en la habitación.

—Cuando se obsequia un late check-out, no se hace la habitación hasta que el huésped se ha ido —le aclaró Pere Joan.

El inspector asintió y continuó con el examen. Sobre la mesilla de noche vio una pila de libros. Cogió el primero.

“Etruscan Art, by Otto J. Brendel”, un libro azul con un grabado en la portada de un tipo a caballo pasando por encima de otro. Se fijó en el resto de libros y todos trataban de lo mismo, el arte etrusco. Dejó los libros sobre la mesilla y abrió el armario. La ropa del panameño colgaba de las perchas, pantalones, camisas, un par de americanas, los zapatos dispuestos sobre el escalón y la ropa interior doblada dentro de la maleta, que descansaba sobre el

palanquín a medio montar. Pere Joan abrió la caja fuerte de la habitación y ambos comprobaron que estaba vacía. No encontraron sus documentos ni allí ni en los cajones ni entre las camisetas, calcetines o calzoncillos que Topolino Acosta tenía en la maleta.

Guarionex pidió de nuevo el teléfono a Pere Joan y marcó al coronel Feliz. Le hizo saber que el posible asesino del cura de Macao tenía un vuelo a las seis de la tarde con destino Panamá. Él ya había avisado al aeropuerto de Punta Cana, pero era posible que el tipo tuviera su salida por el aeropuerto de Santo Domingo o incluso por La Romana. El coronel dijo hacerse cargo y Guarionex devolvió el teléfono a su dueño.

—He de ponerle minutos al mío —se excusó.

—¿De verdad crees que este desgraciado puede ser el causante de la muerte? —preguntó Pere Joan.

—Cuando alguien miente en lo pequeño acostumbra a ser para desviar la atención de lo mayor. Podía habernos explicado que era un aficionado a las chatarras históricas y que había congeniado con el otro bichán en su gusto por los cueros y las figuritas, pero se lo calló y salió huyendo.

Pere Joan encendió un cigarrillo y asintió.

—Que no toquen nada, mandaré una patrulla de la criminal a que recojan todas las cosas del tipo —ordenó Guarionex antes de salir del hotel en el que ya sólo le faltaba comer para que fuera su segunda casa.

Poco a poco, la rabia de haber dejado marchar al panameño fue cejando y con ella la velocidad de su vehículo. Nada podía hacer hasta que le avisaran de la detención de Topolino Acosta. Esa era la gran ventaja de vivir en una isla, nadie salía de Dominicana sin autorización. Giró a la izquierda en el semáforo del Coco Loco y redujo aún más la velocidad. Clara ya estaría preparándose, maquillándose y aplastando sus hermosos moños para ponerse aquella peluca asquerosa. En pocas horas saldría a bailar para la tropa diaria de babosos, puteros y turistas que se pensaban que por andar con un puñado de dólares, o de euros, en sus bolsillos podían chichar con todas las negras de la isla. Coño'é su madre, y lo peor es que era así. Atisbó por la ventanilla en dirección a las

habitaciones de personal pero lo único que alcanzó a ver fue a la tropa de cocina que hacía el cambio de turno.

Pasó de largo y acarició la cacha de su pistola mientras la depositaba en el asiento del acompañante. Un día entraría a tiros con todos aquellos mamagüevos y ahí se acabaría la vaina.

Paró en un colmadón a ponerle mil pesos de minutos al teléfono, los malditos mil últimos pesos de la quincena, y se regresó a la estación con el morro endiablado.

Cruzó entre un grupo de vendedores ambulantes detenidos por molestar con sus chatarras a los turistas, y subió. La puerta de la oficina del coronel Feliz estaba cerrada, como la suya. Giró la llave en la cerradura y entró. El retrato de Juan Pablo Duarte lo miró desde la pared.

—¡No sabe cómo está de dura la cosa! —le dijo al padre de la patria cuando un guardia entró en su oficina.

—Tienen al hombre en inmigración —le dijo.

—¿Punta Cana? —preguntó.

El guardia asintió y en veinte minutos se encontró con Winston a las puertas de la terminal nueva del aeropuerto. Guarionex sonrió al ver las vestimentas de su amigo, americana burdeos de terciopelo a juego con un pantalón del mismo color, una camisa naranja y la corbata y pañuelo azules, como los zapatos de gamuza, y coronando la obra, una calva que por fuerza había de verse por todos los aviones que llegaban al país.

Lo saludó con una encajada de manos y le tendió una tarjeta de identificación para poder cruzar por las estancias del aeropuerto. Una vez en la zona internacional, la autoridad de la policía era la misma que la de un operario de mantenimiento de la cinta transportadora. Siguió a Worthy a través de la zona de control de equipajes y se detuvo frente a los mostradores de inmigración.

—Está allí —dijo el americano señalando con su mano izquierda hacia una sala protegida por vidrios ahumados.

Ambos hombres giraron antes de llegar al control de la policía de inmigración y entraron en la habitación. Dos guardias del aeropuerto custodiaban la puerta y otro más lo hacía en la entrada de un despacho interior. Winston saludó a los tres hombres y entró en la pequeña oficina.

Sentado en una silla estaba Topolino Acosta con la misma vestimenta que llevaba unas horas atrás cuando se reunieron en el hotel.

Guarionex lo miró y el hombre dibujó una pequeña mueca en su rostro.

—Inspector, menos mal que ha venido. Estos energúmenos me han hecho perder mi vuelo. Por favor, dígales que ya hemos hablado, que ya les he dicho todo lo que sabía y que esto es un lamentable malentendido.

Winston miró al inspector y abrió los brazos como un párroco a punto de bendecir la ostia presagiando la que le soltó Guarionex al panameño mandándolo a rodar por el suelo de la oficina.

—Me lo llevo —dijo el inspector.

El hombre hizo amago de levantarse y corrió a refugiarse tras las espaldas del director de seguridad del aeropuerto.

—Primero tienes que firmar un par de papeles —recordó Winston al inspector sin hacer caso de las súplicas de Topolino Acosta.

—¿Aún estamos en República Dominicana? —preguntó Guarionex.

—Técnicamente sí, a partir de ahí —señaló hacia los mostradores de inmigración— ya no.

—Vamos —le dijo el inspector al panameño, que sentía la cara como si una plancha le hubiera alisado el cachete.

—¡No me deje ir! —suplicaba pegado a la espalda de Winston James Worthy

—¿Te firmo los papeles ahora o me los envías?

—Mejor ahora —confirmó Winston Worthy.

—¡Tengo mis derechos, soy ciudadano de Panamá!

Worthy hizo un giro como si todavía jugara con los Vikings y dejó a Topolino Acosta a merced de las manos del inspector, que lo agarró por la americana y le propinó una patada en el culo que lo tiró de rodillas.

—Luego le leo el resto de derechos, así que no joda más —le advirtió el inspector al hombre, que soplaba dudoso entre levantarse, quedarse de rodillas o volver a cobijarse tras las espaldas de aquel hombre vestido como un galán de película muda.

Los hombres de Worthy acompañaron a Topolino Acosta hasta el parking de la terminal y lo ayudaron a subir a la caja de la camioneta policial. Un guardia lo esposó al perfil de la pick-up y salieron rumbo al destacamento.

—¿Pero hombre de Dios, qué le ha pasado a este tipo? —preguntó el coronel Feliz al verlos bajar.

—Se cayó —respondió el inspector.

Él mismo se había encargado de avisar al coronel de la detención del panameño, así como le había adelantado algunos detalles de la investigación, por eso no le extrañó encontrar al superior de la policía de la zona turística más importante del Caribe a pie de parqueo. Lo que le jodió fue reconocer el corte a cepillo de monseñor Julián César Amado de la Cruz a su lado.

Soltaron al panameño para llevarlo al calabozo y los tres hombres subieron a la oficina del coronel. Él mismo tendió dos sillas para el obispo y el inspector, y se metió en la suya tras la mesa.

—¿Y pues? —pidió el coronel.

Guarionex echó un vistazo a su jefe, a la mesa limpia de papeles, al ratón quieto sobre un pedazo de carpetilla, a los cables que bajaban ordenados por una canaleta hasta perderse debajo de la mesa. Miró a monseñor, que parecía cualquier cosa menos eso, las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas, la espalda recta, la musculatura tensa, la mirada atenta y el rostro serio. Por lo menos no reía, el mamagüevo.

Tomó aire y les explicó cada paso hasta la detención de Topolino Acosta Gutiérrez. De tanto en tanto, a medida que el inspector comentaba algún detalle de la investigación, el coronel asentía o hacía gestos de comprender el hilo, pero el obispo no había movido un músculo desde que se sentara a poco menos de un metro en la silla de su izquierda. Guarionex había calculado la distancia en caso de que la mojiganga le causara gracia y tuviera que darle con toda la ñema para borrarle la sonrisa, sin embargo, tanto el coronel como monseñor permanecían atentos y serios a sus palabras.

Monseñor Julián César esperó a que el inspector acabara toda la exposición antes de mirar al coronel y sacar una nota del bolsillo que depositó sobre la mesa del mando policial.

—Coronel Feliz, lo que ha ocurrido aquí es de una gravedad extrema. Por culpa de la inoperancia del inspector hemos estado a punto de que se escapara el presunto asesino de monseñor Walsh. La orden que tiene delante suyo, firmada por el viceministro del interior, no se ha cumplido en ningún momento. El inspector Guarionex ha actuado por cuenta propia desde el principio sin comunicar ni uno solo de sus pasos hasta el punto de que el criminal casi se nos escurre de las manos. Le solicito que el inspector sea apartado del caso y que la nueva investigación obedezca las órdenes de nuestros superiores.

Guarionex calculó de nuevo el metro que lo separaba de la silla del cura y valoró la opción de darle en la jeta allí mismo, pero la mirada severa del coronel lo mantuvo en la silla con el culo y los puños apretados.

—Monseñor De la Cruz, con todo el respeto que me merece su sacro cargo y la institución que representa, amén del señor viceministro, del ministro y del mismísimo presidente. ¡No me vuelva a decir cómo hacer mi trabajo o seré yo el que solicite un cambio de bateo! —el obispo mantuvo la posición estática mientras el coronel recogía la orden y la metía con rabia en un cajón de su mesa—. Guárdese esos cuentos apocalípticos para sus fieles porque aquí es gracias a la pericia del inspector Guarionex que tenemos a un tipo en el calabozo del que estirar el hilo si hay que coser una prenda.

Guarionex miró al coronel. Sabía que no era un hombre especialmente religioso más allá de guardar las composturas y acudir a misa con sus superiores, pero el punto de plantarle cara a un obispo lo había descolocado incluso a él, que no pudo ocultar una mueca de satisfacción.

—Y tú, inspector, haz el maldito favor de andar con monseñor y de decirle hasta cuando vas a cagar, ¿he sido claro?

—Sí, mi coronel —rezongó el inspector.

—¿Algo más relacionado con la investigación que no nos hayas explicado? —preguntó de nuevo el coronel.

—Nada —respondió Guarionex sin hacer mención al otro número con el que había contactado monseñor Walsh antes de su muerte.

—Y a usted, monseñor, no creo que sea necesario que le recuerde la confidencialidad absoluta de todo lo que se ha comentado en este despacho. A los policías no nos gusta que nadie meta las narices en nuestras cosas. La orden es clara y la obedeceremos, pero no crea ni por un segundo que lo hacemos de buena gana. También quiero recordarle que a pesar de las extrañas circunstancias en que se encontró el cuerpo, hasta finalizar la autopsia nadie puede confirmar que haya un asesinato ni un criminal, así que vamos a moderar las formas y a hablar con propiedad.

El obispo encargado de la comisión de turismo, aeropuertos y apostolado del mar lo miró fijamente y asintió. Era un hombre acostumbrado a recibir órdenes y no tenía ningún problema con eso.

Guarionex pidió permiso y se deshizo la reunión. No tenía hambre, a pesar de que eran más de las siete de la tarde. Demasiado pronto para todo, pensó, cuando la voz de monseñor Julián César llamó su atención.

—Buen trabajo —le dijo.

Guarionex se giró y miró a aquel hombre extraño. Quizá debería llamar al obispado para preguntar si aquel tipo era un cura o no, porque a más lo veía más dudas le entraban sobre si había hecho su apostolado en un seminario o en Afganistán.

—Vamos, le invito a un pote de romo.

Guarionex le abrió la puerta de su coche con cara de perro y enfiló hacia el Hoyo, al colmado de Jean Marc. Por lo menos allí jugaría en casa, pensó.

Al verlos llegar, el haitiano despejó una mesa de plástico verde pintada con la publicidad de la cerveza Presidente y les acercó dos sillas del mismo material. Volvió al cabo de unos segundos con una botella de extra viejo y dos vasos en el cuello, escupió unas palabras en creole y regresó tras del mostrador del colmado. Monseñor De la Cruz desenroscó el tapón y sirvió la primera ronda de romo en los vasos.

—Monseñor Walsh no era un pedófilo más de los que asquean a nuestra madre Iglesia —dijo sin más preámbulos—. Sabíamos que aprovechaba sus viajes para vender piezas robadas del museo y de algunas colecciones a su cargo.

—¿A qué venía el teatro en la oficina del coronel? —preguntó el inspector.

—Vamos inspector, usted sabe que hay cosas que no ha compartido y la única forma de que me incluya era forzando un poco más. Ya le dije que no se libraría de mí tan fácilmente.

—No hay más —Guarionex dio dos sobros lentos al tesoro de la zafra—, nada más. Mañana veremos si el tipo está más blando y quiere colaborar o si ni siquiera tiene relación con la vaina de la chatarra.

—¿Qué es para usted la chatarra? —preguntó el obispo.

—Las vainas esas viejas que solo importan a los ricos. Curcuteadores que periquean porque ya lo tienen todo resuelto.

Monseñor Julián César lo miró sorprendido. Hacía años que no escuchaba a nadie utilizar esas palabras erradicadas del vocabulario capitaleño.

—Está equivocado, inspector, esas vainas viejas como usted las denomina, son la cuna de lo que somos. Virgilio dice: “buscad a vuestra madre antigua”, y eso es lo que hace la historia con el legado de nuestros antepasados, buscar y proteger a nuestra madre antigua.

—No joda, monseñor, aquí la mitad no ha podido disfrutar de la suya y ustedes andan tan sobrados que se preocupan por buscar hasta a la antigua. Dígale eso a un cocolo o a un haitiano después de un paquetón de horas de cortar caña y verá a dónde le mienta la madre, la suya, la antigua y la nueva —respondió Guarionex.

El obispo agarró su vaso y lo terminó de un trago. Después agarró la botella y lleno de nuevo los dos vasitos de plástico. La guitarra de Luis Vargas reventó con Loco de Amor por encima de las palabras de los dos hombres y la voz gangosa del bachatero viejo barrió la conversación

—Me parece una música despreciable —dejó escapar monseñor.

—¿Comparada con qué? —respondió Guarionex, que echó un vistazo a Jean Marc y las penas de Luis Vargas subieron de volumen hasta hacerse imposible cualquier comunicación que no fuera a gritos.

Monseñor sonrió y apuraron dos vasos más hasta que acabó la canción. Siguieron más guitarras en una tonada que parecía

repetirse sin importar quién fuera el artista o la canción de modo que a medida que caían los acordes sobre el colmado, éste se llenaba de hombres pegados a sus cervezas o potes de romo repartiéndose sobre las cajas vueltas de cerveza, el escalón del bordillo o apoyados en la mesa de billar antes de apostar los cuatro cheles que les quedaban de la quincena.

—Deme su palabra de que no hablará con el panameño sin que esté presente —pidió monseñor.

—A las nueve en la estación —respondió Guarionex.

—¿Hace otra? —preguntó el obispo señalando con la barbilla la botella de Brugal vacía.

—No. Tengo un compromiso —respondió Guarionex—, pero si quiere le doy una bola.

—Gracias, inspector, no será necesario —el obispo se levantó, encajó la mano a Guarionex y se fue a pagar donde Jean Marc, que aprovechó para cobrarle algunas botellas de más a cuenta de todas las que se había bebido el inspector por la casa.

Guarionex lo miró con cierta sorpresa y levantó el culo de romo que le quedaba en dirección al eclesiástico. Esperó unos minutos hasta estar seguro de que no se lo encontraría por el camino y se fue.

El casino abría a las nueve de la noche pero hasta bien pasadas las once no actuaba el grupo de Clara, y aún después de eso, las bailarinas debían cambiarse y asearse para interactuar con los clientes. Entró en el parqueo del casino a las diez y dedicó la hora siguiente a pensar en la mala suerte que había tenido al tomar ese caso. Por lo menos, pensó, en la mañana el panameño cantaría y podría volver a la normalidad.

El portero, apenas lo vio acercarse, lo detuvo y manipuló una radio en busca de instrucciones. Guarionex se quedó tranquilo y esperó.

—Sin armas, inspector —le dijo un hombre alto, gordo como un cimarrón y con fuerte acento español que se materializó en la entrada desde una puerta lateral.

—¿Queda algún baboso en tu país o ya nos los han enviado a todos? —le preguntó el inspector.

El gordo no le entró a la jucha y repitió la condición. Guarionex lo miró por unos segundos hasta que al final se sacó la pistola de la pretina trasera, desmontó el cargador, sacó la bala de la recámara y se la entregó al hombre antes de entrar.

Ante sus ojos se abrió una sala enorme soportada por columnas forradas en mármol a juego con el piso y los techos e iluminada con más bombillas que un belén. Al fondo estaban las mesas de juego, en el centro las ruletas y frente a la entrada las tragamonedas. Docenas de maquinitas que mezclaban sus cancioncillas metálicas en una cacofonía insoportable. Guarionex pasó entre ellas y los turistas que les rellenaban las entrañas de monedas y se detuvo en el centro de la sala, junto a las cuatro mesas de ruleta. A un lado de las mesas estaba la zona de caja y al otro un pequeño escenario sobre el que aparecería el cuerpo empelotado de Clara en un par de minutos. Tras las ruletas se repartían seis mesas de Black-Jack y más al fondo, tras una cristalera, las mesas de póker y de partidas privadas. El último intento nocturno por sacar a los turistas lo que el resto de fauna no había podido esquilmarles durante el día.

Guarionex echó un vistazo y contó una proporción de casi diez hombres por cada mujer. Lo habitual de cada noche con la diferencia, la gran diferencia, de que Clara se iría con él cuando acabara de bailar.

Una voz grabada que el inspector conocía a la perfección anunció la salida a escena del grupo Anacaona, y seis chicas acompañadas por tres pájaros acudieron al llamado. Una música salsera inundó el casino y los tragos se multiplicaron entre los clientes. A más trago más distracción y mayor caja. Fácil. Guarionex se giró hacia el escenario. Clara era la segunda de la fila y en los primeros pasos se colocó en la parte de las tablas más cercana a su posición. La joven lo vio y torció la sonrisa de artista antes de recuperarla para ejecutar los pasos de baile al ritmo de la música. Los pájaros se repartían a las seis muchachas y exhibían ante el público sus habilidades gimnásticas. Pierna arriba, la raja expuesta, pierna abajo, el culo visto, brazos a un lado, los pechos a punto de salir de las copas pero la sonrisa siempre hospitalaria. Poco a poco, el show del ballet fue dejando de interesar y la mayoría volvió a sus cartas, sus fichas o lo que fuera que estuvieran haciendo. Sólo unos

pocos permanecieron con la vista fija en las chicas o en los chicos según fuera la preferencia.

Guarionex echó mano al hueco de la pistola en la parte trasera de sus pantalones y cubrió la ausencia con un combinado que le pidió a una de las camareras. También ellas formaban parte del menú, eran el arroz y las bailarinas el pollo, el arroz con pollo del que Clara era el mejor pedazo. Negra, esbelta como su madre, de piernas largas como los días y de sonrisa insultante. Su pelo se escondía bajo una peluca castaña que brincaba y se deshilachaba en cada paso para volver a su posición después de la acrobacia. Ojos verdes, sacados de algún antepasado suertudo, o abusador, y las tetas llenas, tersas, levantadas como los cachetes del culo. Todas las bailarinas eran especiales, pero su Clara era la que arrastraba más miradas endiabladas. Se imaginó a sí mismo varias veces reventando el vaso que aguantaba en la mano en la cabeza de aquellos hijos de su puta madre de gringos babosos que venían a su país a chichar por cien dólares la hora. Chenchos asquerosos que envenenarían cualquier locrio. Sintió como la ira le subía desde el suelo como los rebotes de la percusión y le invadía cada pedazo de hombre que le quedaba. Los granos se apretaron bajo el pene, los músculos de las piernas se tensaron hasta levantarlo unos centímetros y la espalda se abrió como una cobra enfurruñada. Tenía unas ganas terribles de golpear a algo, a alguien, de patear el puto cura muerto de la playa y al vivo de ñapa. No debía venir más, se lo repetía mil veces, y mil veces volvía a cagarse en los ancestros de cada canoso barrigón que seguía los pasos del ballet con la boca entreabierta y la mano en el bolsillo.

Por fin, al cabo de unos minutos que parecieron envejecerlo cien años, la música cejó y la voz grabada advirtió a los clientes que las chicas harían un receso, pero que en breve aparecerían para acompañar y amenizar lo que quedaba de velada.

—¿Amenizar, mamagüevo? ¡Salían a cuerear! —masculló Guarionex con los dientes a punto de reventar dentro de la boca.

Como había advertido la voz, al cabo de unos minutos aparecieron las bailarinas y los tres pájaros. Pantalones ajustados como la piel de una longaniza ellos y grandes escotes y faldas abiertas ellas.

—Hola hija —la saludó Guarionex.

—Buenas noches, inspector.

La chica abrazó a su padre y se sentó sobre sus piernas.

—Odio que hagas esto, yo puedo mantenerte. Soy un hombre.

—El sueldo de un inspector no paga esto —dijo la joven poniéndose brevemente en pie y pasando sus manos alrededor del cuerpo como si de un momento a otro fuera a frotarse con un jabón imaginario.

El inspector la miró y tiró de ella hasta ponerla de nuevo sobre sus piernas ante la mirada envidiosa de los otros hombres.

—Vámonos —mandó Guarionex.

—Como digas, inspector —lo abrazó la morena y las miradas los aguijonearon hasta que Guarionex hizo brillar el hierro de su pistola en las últimas luces de la puerta del casino.

Clara saludó a los guardias de seguridad y subió al coche con el inspector. Esa noche no habría propinas, pero la semana no había sido mala y ese era el compromiso que había adquirido con su padre después de la última pelea en el casino. Clara la recordaba bien, estaba por sacarle doscientos o trescientos dólares a un canadiense mientras su mujer jugaba en las máquinas de monedas con el cuento que mejor le funcionaba, que su abuelita estaba muy enferma y necesitaba ayuda para unos exámenes muy costosos que sólo se hacían en la capital. Un par de roces, mostrar el pezón a través del escote y el tipo ya metía la mano a la cartera cuando su padre lo arrancó de la silla y le dio hasta que lo dejó patas arriba sobre la mesa de la ruleta.

—¿De qué te ríes? —preguntó el inspector.

—De lo bien que jugaste a la ruleta la última vez—respondió Clara.

—No seas lambisquera, que no me hace maldita gracia.

—¿Y a ti, cómo te ha ido la semana?

—En China —respondió el inspector—, encontraron un muerto en la playa de Macao y todo ha sido un lío desde entonces.

—¿Tú estás con el de Macao? —preguntó Clara.

—El coronel me lo pegó.

Clara se calló y fijó la vista al frente, apartando los ojos verdes del rostro pétreo de su padre. Cada vez lo veía más envejecido, las

bolsas de los ojos más hinchadas, la cara caída, dura aún como la madera del guayacán, como su musculatura, pero esa vida lo acabaría matando antes de cuenta. Era muy consciente de que ella no era precisamente un remedio a la enfermedad, pero cada uno debía vivir su vida como le viniera en gana, y ella, por pasar unas cuantas horas a la semana con turistas y chichar con el que le apeteciera, tenía más dinero guardado del que su padre, el padre de su padre y el padre del padre de su padre habían conseguido en todas sus vidas. Le faltaban apenas una docena de miles para poder largarse a Nueva York. La visa ya la había conseguido un tiempo atrás de uno de aquellos turistas y allí la esperaba una amiga para empezar una vida nueva. Nada de eso sabía aún su padre, pero Clara esperaba que cuando viera lo que había conseguido, aunque no aprobara del todo la manera, se sentiría orgulloso de ella.

—¿Hemos de pasar a por tus cosas? —preguntó Guarionex.

—No, en tu casa tengo ropa para un par de días —respondió Clara.

Las luces de los vehículos con los que se cruzaban encendían y apagaban la cabina del Toyota Camry.

—Nuestra casa —dijo al cabo de un rato el inspector.

Día cuarto. Jueves.

Cuando el sol comenzó a hacer inventario sobre todo lo que faltaba en su casa, el inspector ya estaba despierto. Clara había llegado como todas las noches que pasaba con él, muerta. La observó hasta que se quedó dormida sobre el colchón que le montaba cada miércoles y no quiso ni pensar cómo debían ser sus noches para que en la única que podía dormir tranquila lo hiciera de esa manera.

Pasó junto a ella, se apoyó sobre el alfeizar de la ventana de la sala y dejó correr su mirada.

Era increíble lo que había crecido todo aquello en pocos años. El antiguo campito se había convertido en uno de los núcleos turísticos más importantes del mundo. Su propia casa, antes perdida en medio del monte, estaba ahora rodeada de apartamentos y negocios a los que ya no se accedía por un camino de mulas, sino por una carretera con asfalto y bordillos. Tenía la ilusión de que en un futuro valiera lo suficiente como para venderla y esconderse debajo de una mata de mango donde nadie pudiera verlo. Dejó la ensoñación y se volvió a la sala. Sobre la mesa descansaban las llaves del Camry, la pistola y el teléfono. Repasó los números y comprobó que no tenía ninguna llamada. Todavía era muy temprano para ir a ver al panameño, además había quedado con monseñor a las nueve.

Se sentó en una de las sillas y la giró hacia Clara. La barruesa le cubría del cuello a las rodillas y lo que no tapaba la bata, lo hacía la sábana que su padre le había echado por encima. Su peluca y los postizos se asomaban como bestias demoníacas entre las asas de una bolsa de plástico a los pies del colchón. El inspector detuvo la mirada en su cabeza, el pelo rizado, alborotado como un bosque caobanes salvajes. Recorrió las formas bajo la sábana que amagaban unas piernas negras y fuertes como las de su madre, igual que los pies, anchos, abiertos por sus años de caminar descalza en la prehistoria por las calles de Ouanaminthe Arrondissement pegada a las faldas de Claire.

Todo era más sencillo entonces, cuando el único objetivo de su vida consistía en cruzar la frontera para ver a su mujer y a su hija.

—Buenos días —lo saludó la voz ronca de Clara desde el colchón en el suelo.

—Buenos días, ¿café? —preguntó el inspector mientras llenaba el depósito de la greca.

Clara asintió y tras estirar cada músculo de su cuerpo se sentó con la espalda contra la pared.

—Recogí tus cosas anoche, están en el sillón —dijo Guarionex. Clara echó un vistazo al viejo sillón y vio su ropa doblada sobre el brazo—. Con eso no me he atrevido —le dijo señalando la bolsa con los postizos.

Clara rió y se volvió a estirar.

—¿Qué hora es?

—Deben ser cerca de las siete —respondió el inspector—, aún puedes dormir un poco más si quieres.

La cabeza de Clara recorrió la estancia y negó. El sol había tomado la casa sin resistencia por la falta de cortinas y la calor pronto comenzaría a golpear sin piedad a cualquiera que se atreviera a permanecer allí.

—Me voy a bañar —dijo.

Cuando salió con el pelo húmedo, dos tazas de café negro y dulce humeaban sobre la mesa.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó a su padre.

—Tengo algo a las nueve. Después no lo sé, ¿y tú?

—Pensábamos ir a la playa, ya sabes... —Clara calló. La playa era otro caladero en el que pescar turistas y apenas comenzó la frase comprendió que había cometido un error. Miró a su padre y le sonrió. No quería más peleas.

—Si quieres, te acerco —se ofreció Guarionex con un susurro que en realidad hubiera querido salir en forma de grito violento.

Clara mantuvo la sonrisa. Vestía una camiseta de tirantes y un pantalón corto que le confería un aspecto de desvalida que no se correspondía para nada con la realidad. Charlaron un rato hasta que Guarionex la acercó a las viviendas del casino tras de comprar un mangú para completar el café y con el compromiso de que comerían juntos.

A las ocho y media aparcó en la estación de policía y saludó a monseñor De la Cruz, que ya lo esperaba apoyado en el marco de la puerta rodeado de los cueros que limpiaban el destacamento y de los familiares de los que habían pasado la noche guardados bajo llave. El obispo lo saludó y de repente el cielo se oscureció y comenzó a disparar gotas a discreción como habichuelas. La turba que se arremolinaba a las puertas de la estación entró entre gritos y empujones y los dos hombres subieron a la oficina del inspector.

—Hablaré yo —le aclaró al obispo—, y a la primera interrupción, la siguiente pregunta será frente al fiscal.

Monseñor asintió y al cabo de unos minutos entró un guardia con el panameño Topolino Acosta. Guarionex respiró tranquilo, por lo menos le habían respetado la cara. La camisa estaba manchada de vómito, los cuatro pelos que le quedaban estaban pegados a la cabeza con una costra de suciedad y los pantalones rotos a la altura de la rodilla. También le faltaba un zapato. Los ojos del hombre miraban hacia todas partes como un pequeño roedor al que hubieran sorprendido con una lámpara en plena noche, pero por lo demás parecía bastante entero. El obispo miró al detenido y después a Guarionex, que pidió a los guardias que lo sentaran en una silla y los dejaran a solas con el hombre.

—¿Qué tal los servicios de nuestro hotel todo incluido para los que le mienten a la autoridad? —preguntó Guarionex una vez la puerta de su oficina se cerró.

—Yo no he hecho nada, no pueden tratarme así. Los denunciaré a mi embajada. Tengo mis derechos. Ni siquiera me han dicho porque estoy aquí.

—Es usted sospechoso del asesinato de Martin Walsh —el panameño miró al inspector y después al obispo con cara de terror. Él no había matado a nadie, ¿cómo iba a hacerlo?— En un rato lo verá el fiscal de la provincia, que le leerá los cargos y lo empaquetará para La Modelo, en Higüey. Allí pasará un par de meses antes de que su embajada se entere de dónde está, e incluso si alguien viniera a rescatarlo dentro de unos días, le aseguro que la experiencia de la cárcel de Higüey le hará recordar a nuestro pequeño calabozo como el hotel más lujoso del mundo.

El hombre miró de nuevo al obispo buscando alguien con quién confiarse, pero la mirada del eclesiástico no sólo no le ofreció el consuelo anhelado, sino que se le enfrió en el corazón. Guarionex no dejó de fijarse en el detalle.

—Yo no he hecho nada, ¡nunca mataría a nadie y menos a Martin! —añadió en un último sollozo.

—Va a tener que darnos muchas explicaciones para que le creamos. ¿A qué se dedica usted en Panamá? —preguntó el inspector.

—Ya se lo dije, soy arquitecto —balbució el señor Acosta.

—¿Nada relacionado con antigüedades o piezas de arte de estraperlo?

El hombre movió las aletas de la nariz y alzó por un segundo los párpados.

—No, ¿por qué me pregunta esto?

—Mira panamá, picúa de mierda, dime qué vainas te traías con el muerto o te mando de almuerzo para los tígueres a la cárcel de Higüey, pero antes te arreglo la otra —amenazó el inspector señalándole la pierna buena.

Topolino Acosta se llevó las dos manos a la rodilla sobre la que lo habían castigado en la noche y el dolor de los golpes le abrió la boca como si estuviera a punto de recibir uno.

—Martin quería un intercambio —dijo por fin.

El obispo Julián César miró a Guarionex.

—Pero no lo maté, lo juro —añadió.

Guarionex se sentó sobre su mesa.

—¿Cómo conoció al fallecido? —preguntó.

—Por un chat. Alguien me habló de él y lo contacté. Empezamos a charlar, fuimos tomando confianza y quedamos para hacer el intercambio. Jamás le he hecho daño a nadie.

—¿Le parece poco daño traficar con antigüedades robadas?

—Usted me entiende —dijo el panameño bajando la cabeza.

—Siga —ordenó el inspector ante la mirada atenta del obispo.

—Nos pusimos de acuerdo en el precio y en las formas del intercambio, pero cuando íbamos a hacer el negocio, Martin no volvió al hotel. Al principio pensé que se habría echado para atrás. A veces pasa —confesó mirando al obispo.

—¿Qué intercambio era ése?

—Martin me entregaría una hebilla y yo le depositaría en una cuenta en Panamá a su nombre.

—Esa hebilla forma parte de una colección donada a la Iglesia por la familia Bormann hace más de ochenta años —apuntó monseñor De la Cruz.

—¿Donación? ¡La iglesia se la robó a sus legítimos dueños! —levantó la voz Topolino Acosta.

Guarionex miró a los dos hombres y los calló con un fuerte golpe sobre la mesa. Miró al obispo, que se disculpó mostrando las palmas de las manos y volvió a la carga con el panameño.

—¿Y dónde está esa vaina ahora? —preguntó.

—Ya le he dicho, Martin nunca regresó. Lo que le dije en el hotel era cierto, habíamos quedado para cenar y cerrar el trato. Lo esperé por horas hasta que al día siguiente supe que lo habían matado.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Guarionex.

—Un camarero me mostró las fotos de Martin muerto en la playa. Lo primero que pensé fue en salir corriendo, pero no quise levantar sospechas y me quedé. Un nuevo error que apuntar en mi vida.

El inspector se levantó y se plantó frente al hombre hasta que la punta de su nariz quedó a un par de milímetros de su rostro.

—Te vas a pudrir lo que te queda de vida en esta isla —susurró el inspector al oído de Topolino Acosta.

—Pero yo no hice nada —sollozó el hombre.

—Traficar con vainas robadas y mentirme. Además, cómo sé que no mataste al gringo, o que no mandaste que lo mataran para robarle la vaina esa y quedarte con los cuartos.

—No, no, se lo juro, yo no tuve nada que ver con su desgracia. Es cierto que soy un coleccionista, somos miles en el mundo, pero no sería capaz de dañar una mosca, debe creerme —suplicó Topolino.

Unos golpes anunciaron a alguien al otro lado de la puerta y el inspector dejó el interrogatorio. Entró el coronel Feliz acompañado del fiscal de La Altagracia y un guardia que cargaba tras ellos con un par de sillas.

—Esperamos no habernos perdido nada —dijo el coronel después de saludar a monseñor y echar un vistazo al detenido.

—¿Se cayó? —preguntó el fiscal.

—Al subir a la guagua, señor —respondió Guarionex.

—El coronel ya me ha puesto al corriente —dijo ignorando la ironía—, así que éste es el principal sospechoso de la muerte del padre gringo, ¿correcto?

—Sí señor, justamente estábamos acabando de hacerle algunas preguntas con referencia al caso.

Topolino Acosta se sobaba la pierna descalza y sollozaba con la barbilla hundida en el pecho.

—Yo no he hecho nada —balbucía entre los hombres, que lo rodeaban como bolas de billar a la número ocho.

—Deberíamos guardarlo hasta recibir información de Interpol. No sabemos si tenga causas pendientes en otros países —dijo el coronel.

El fiscal asintió y anotó en una libreta la sugerencia del coronel.

—¿Dónde estuvo la noche del domingo al lunes? —preguntó el fiscal.

—En el hotel, lo hemos comprobado —respondió por él el inspector—, pero usted sabe perfectamente que podría haber orquestado con un par de tígueres que le dieran matarile al gringo.

El fiscal asintió y anotó algo en su libreta.

—Inspector, nos hará un informe —ordenó el coronel.

—Sí, mi coronel.

El fiscal mandó a los dos guardias que entraran a por el detenido y lo prepararan para llevarlo a la Modelo de Higüey, la cárcel de la capital de la provincia, con el resto de huéspedes nocturnos.

—Dos cosas más —dijo el inspector cuando los dos guardias ya arrastraban al hombre hacia la puerta—, necesito una foto de la hebilla.

—Yo se la puedo mostrar —respondió monseñor Julián César.

Guarionex lo miró con expresión pétrea y volvió la vista a Topolino Acosta.

—¿Cuál es la otra? —preguntó el coronel, sin saber muy bien de qué hablaban.

—¿Cuántos?

—¿Cuántos qué? —respondió Topolino Acosta con un hilo de voz.

—¿Cuántos iba a pagar por la vaina?

El panameño levantó la vista unos segundos y se secó los mocos y las lágrimas con el hombro derecho.

—Medio millón —respondió mientras los dos guardias lo sacaban arrastrando de la oficina.

El fiscal estrechó la mano de Guarionex y lo felicitó por la resolución del caso. Ya había escuchado suficiente, ¡medio millón en un país que te mataban por mil pesos!, un móvil más que suficiente para cometer un asesinato. El coronel sonrió satisfecho a los dos hombres y acompañó al fiscal a la planta baja.

Guarionex los vio salir y cerró su despacho.

—Usted sabía lo que buscaba el muerto, sabía que andaba por vender esa hebilla del diablo —recriminó con un tono severo.

—Mi trabajo era encontrarla —respondió tranquilo monseñor, que no había variado la posición en su silla desde que entraron a la oficina.

—Podría mandarle a encerrar ahora mismo por obstrucción a la investigación —lo amenazó Guarionex—, o darle un par de tiros por lillís.

—Vamos, inspector, no me venga con eso ahora. Desde nuestro primer encuentro he intentado colaborar con usted, le he ofrecido información a cambio de que me hiciera partícipe de sus avances, ¿y qué he recibido?, cara de perro, amenazas, desplantes...

Guarionex miró al hombre. Desde el primer minuto, cómo él mismo decía, sabía que había algo más que la imagen de la iglesia que ya no importaba un carajo a nadie. Ni siquiera sacar curas violando niños en serie podía perjudicarles más de lo que ya estaban.

—¿Qué más? —preguntó Guarionex.

—Hace cinco años, durante una exposición itinerante de la colección Bormann se produjo un robo en el traslado desde el Toledo Museum of Art, en Ohio, donde se habían expuesto por última vez, a la sede de la Episcopal Diocese en Massachusetts, y de la que monseñor Martin Walsh era el conservador jefe. Alguien robó las joyas en el vuelo entre Detroit y Boston, pero lo más increíble fue que las únicas piezas sustraídas fueron las que habían quedado fuera de la cobertura del seguro por un error

administrativo. Al principio todas las pesquisas fueron tras el personal interino de la diócesis, pero poco a poco se fueron descartando hipótesis y todos los indicios apuntaron al mismo lugar.

—Al obispo.

—Así es. Curiosamente, después de eso comenzaron a aparecer piezas en el mercado negro o noticias de que algún coleccionista se jactaba de haberlas adquirido. Paso a paso fuimos estrechando el cerco y vimos que esas apariciones siempre se daban después de que monseñor Walsh hubiera hecho uno de sus viajes al extranjero.

—¿Por qué no lo detuvieron?

—Jesús nos enseñó a no castigar a la oveja extraviada, sino a ayudarla a volver a casa.

—No tenían idea de dónde estaba el resto de las joyas —dijo Guarionex.

—Gracias a los hermanos y fieles de nuestra gran familia hemos podido recuperar la mayoría de las piezas, pero faltaban dos, las más importantes, una tiara que creemos que se vendió hace un año en Tailandia y la hebilla que esperábamos localizar aquí.

Guarionex visualizó el pasaporte del fallecido y recordó la estampa del aeropuerto de Bangkok.

—Qué le vamos a hacer... parece que también han llegado tarde esta vez.

—La hebilla aún no se ha vendido, estamos convencidos.

—Bueno, ésa ya no es vaina de mi incumbencia. Ese hierro se lo llevaría el haitiano que lo encontró en la playa o el que lo metió bajo tierra.

—Vamos inspector, ¿de verdad cree que Monseñor Walsh andaba por ahí con una hebilla de oro en su cinturón?

—No me importa un carajo, pero lo más probable es que esa joya ya no esté en el país desde hace días.

—Pensamos que aún no ha salido.

Guarionex se levantó de su silla y se acercó a monseñor Julián César. Demasiada gente metida, pensó, le tendió la mano y lo saludó.

—Como sea, ha sido un gusto conocerlo —no iba a perder más tiempo con aquel tema. Al panameño lo cazaría Interpol y ya daría cuenta de lo que fuera que tuviera pendiente, la autopsia revelaría si

al obispo americano le habían guindao los tenis o se los había quitado él y la hebilla esa tras la que andaban, estaba seguro que el Pití, o el prieto que fuera, la habría vendido por cuatro pesos antes de que la guardia fronteriza se la requisara.

—Que nuestro Señor guíe sus pasos —respondió monseñor.

—Gracias.

—Y que de buen seguro volverá a ponerlos en el camino correcto.

—Coño el diablo —masculló Guarionex, y salió dejando a monseñor Julián César en la misma silla de la que no se había movido en la última hora.

—Espere —le pidió el obispo saliendo detrás de él.

Guarionex lo miró casi con desagrado. Era más difícil deshacerse de un católico que de un testigo de Jehová, pensó, y su propia broma lo hizo sonreír mientras aquel hombre le extendía un papel del tamaño de una cuartilla. El inspector lo cogió y vio la fotografía de una especie de broche metálico con incrustaciones de piedras verdes y rojas a su alrededor. Algunos de los engarces estaban vacíos y todo el conjunto presentaba una pieza que había soportado con cierto éxito el paso del tiempo. El metal se veía rayado en algunas partes, golpeado en las esquinas redondeadas, pero evidenciaba que en su momento habría brillado más que las cadenas de un moreno. En la parte inferior de la fotografía se apreciaba una tira numerada a modo de regla que indicaba el tamaño de la pieza, doce centímetros, poco más de cuatro pulgadas y media. El inspector sostuvo un par de segundos la fotografía y se la devolvió al dueño.

—Por si se la encuentra por ahí —le dijo el obispo.

Guarionex esbozó un intento de sonrisa, y acabó de bajar las escaleras hasta la calle.

Recordó a su hija y se montó en el vehículo. No quería presentarse en la playa, así que decidió esperarla tranquilo hasta la hora del almuerzo para llevarla a comer un pica pollo donde Rafael. Se sacó el teléfono del bolsillo y lo echó al asiento, junto con la pistola. Llegó al Cortecito en poco menos de diez minutos. Clara no le había dicho en qué playa iba a estar con sus amigas pero si no se habían gastado cien pesos en un motoconcho, algo de lo que

estaba convencido que su hija no haría jamás, la más cercana a pie desde las viviendas era ésa. Guarionex la recordaba de cuando todavía no estaban ni el restaurante español ni el supermercado. Una playa hermosa de arena blanca sobre la que se descolgaban las palmas de coco y en la que los pescadores ardían sus fogatas, tomaban romo y dormían el día esperando para salir en sus chanchis en la noche. Otros tiempos, pensó el inspector, como la niñez, prostituida a la edad madura. El caminito de tierra de entonces era ahora una calle de doble vía con aparcamientos a los lados y más apartamentos que celdas en un panal. Bares, tiendas, restaurantes, buhoneros, vendedores de excursiones, trenceras, sankypankys, cueros, motoconchos y bulla para regalar al que la quisiera se habían hecho con cada rincón de aquel lugar.

El inspector aparcó en la sombra, frente a un bar musical que no abría sus puertas hasta bien entrada la tarde, y tiró el respaldo hacia atrás. Abrió las ventanas, metió el teléfono y la pistola debajo del asiento y se echó una pavita hasta bien pasadas las once de la mañana, cuando el sol esquivó al jobo que sombreaba el vehículo y la calor lo puso a sudar. Decidió salir y acercarse a la playa por si veía a su hija. Guardó la pistola y al agarrar el teléfono, en contra de lo que todos sus sentidos le advertían, marcó el número de la lista de llamadas de Martin Walsh. Dejó sonar el tono una vez, dos, tres, ... y cuando ya iba a colgar para salir del carro, una voz femenina respondió desde el otro lado.

—¿Qué quiere, por qué me llama a este número, quién se lo dio?

—No cuelgue —le pidió el inspector—, necesito hablar con usted. Le prometo que no le haré daño ni la meteré en líos.

Guarionex permaneció con la oreja pegada al teléfono hasta que, tras unos segundos de silencio, la chica colgó.

—Maldita la vaina —rezongó. Después recordó que no había llamado al coronel Espinosa para preguntar a nombre de quién estaba registrado ese número y marcó a su teléfono.

La voz del coronel lo saludó.

—Buenos días, mi coronel, le llamaba por el número que le di ayer.

—Pensé que era urgente y me quedé esperando por ti.

—Lo es, mi coronel, fue sólo que ayer tuve un día caliente. Le pido disculpas.

—No importa, de todos modos tampoco averigüe demasiado, por eso no te llamé. El número es uno de esos de prepago, no tiene registro de propiedad. Alguien compró la tarjeta y la activó hace una semana. El número aún tiene casi dos mil pesos de saldo —añadió.

—El otro comprador —pensó en voz alta—. Mi coronel, ¿sabe dónde se vendió la tarjeta?

—En la oficina de la compañía telefónica en Verón.

—Muchas gracias, mi coronel. Una cosa más, con respecto a la autopsia.

—Nada todavía, inspector. Se ha priorizado el tema de la avioneta de Puerto Plata. Quizá en la tarde.

—Entiendo. Muchas gracias, mi coronel —se despidió Guarionex.

Echó un vistazo a la playa. Vio a un grupo de muchachas que jugaban pelota con unos turistas pero no reconoció el cuerpo de su hija entre ellas, así que salió y puso el viejo Toyota en dirección a Verón.

Verón era un viejo asentamiento ganadero que había crecido a la sombra de la explosión turística hasta convertirse en la segunda ciudad más poblada de la provincia de La Altagracia detrás de Higüey, la capital. Docenas de trabajadores de todos los pueblos del país llegaban a Verón a diario atraídos por las ofertas de trabajo en los resorts. Los más afortunados lo hacían con una maleta del tamaño del depósito de un motoconcho pero la mayoría apenas llegaba con dos mudas limpias dentro de una bolsa del colmado. La cruda realidad de una zona sin alma en la que dormir unas horas entre turno y turno era un lujo al abasto de los que compartían habitación en las viviendas de personal de los hoteles, o de los que podían pagar renta en cualquiera de los cientos de edificios levantados en cada terraplén de Verón ganado a la maleza.

Del viejo pueblo quedaban dos calles principales, la antigua carretera que comunicaba Punta Cana con la capital de la provincia y una avenida perpendicular a la carretera a la que todo el mundo conocía por la doble vía. La tienda de teléfonos estaba justo en la intersección de ambas, en los bajos de un edificio de oficinas

conocido como El Velero por la forma redondeada de sus esquinas. El inspector aparcó frente a la tienda y entró. Tres dependientas jóvenes se escondían detrás del mostrador pegadas a sus celulares ignorando a los clientes que hacían fila para ser atendidos.

Guarionex esperó con paciencia a que llegara su turno y se identificó. La chica, una blanquita tetona con el pelo estirado, dio un brinco y le advirtió que el dueño no estaba.

—No es con el dueño con quien quiero hablar, sólo quiero consultar un número en el sistema.

La tetona abrió la boca para buscar una excusa con la que desentenderse, pero el billete de doscientos pesos que Guarionex puso sobre el mostrador activó la capacidad de manipular el ordenador de la chica casi a la misma velocidad con la que el billete desapareció en la tensión de su escote. El inspector siguió el rastro del dinero hasta donde la vista le dio y después le pasó el número a la chica.

—El viejito —le dijo—, no lo atendí yo. Un minuto.

Y llamó a otra de las chicas, más bonita que la primera y bastante menos espabilada.

—Explícale al señor quién era el viejito del teléfono.

—No me acuerdo —dijo con voz lenta.

—Mira linda —comenzó el inspector.

—El viejito, el que hablaba tan bonito, que traía un teléfono de Boston con una tarjeta de allí y compró una prepago —lo interrumpió la tetona.

—¡Ah! —dijo con la boca abierta en una postura que hizo pensar al inspector en cuál había sido su prueba de admisión—. Sí, un viejito muy simpático.

—Puedes describirlo —preguntó el inspector.

—Blanquito, pelo bueno pero poquito y muy cortito.

Guarionex suspiró.

—¿Edad, gordo, flaco, alto, vino solo, acompañado...?

—No era tan gordo, no, como así de alto —levantó la mano hasta la altura de la nariz del inspector— y vino solo.

—Tienes Internet ahí —preguntó el inspector.

—En mi celular —dijo la tetona.

—Déjame un segundo —pidió el inspector.

Pulsó en el icono del buscador y tecleo “turista muerto en Macao”, después amplió una de las fotos y se lo mostró a las chicas. La de la hucha mamaria se llevó la mano a la boca y dio un paso atrás, y la bonita dio un grito que hizo que los pocos clientes se volvieran hacia el inspector como si estuviera atracando la tienda. Guarionex las miró sorprendido, estaba seguro que habían visto esas imágenes mil veces, pero las dejó en su periqueo y salió. Al final, de tanto ver muertos, por fuerza uno se acostumbra y era probable que ni siquiera lo hubieran reconocido.

La calor de la calle lo golpeó como una maza al dejar el aire acondicionado de la tienda. ¿Por qué se haría el muerto con un teléfono para un comprador? Podía mandar trazar la ubicación del teléfono, pero para algo así necesitaría el permiso del coronel, la intervención desde la capital y la aparición de nuevo del obispo De la Cruz. No tenía ninguna intención de joder más con eso. Agarró su teléfono y marcó el número de nuevo. Como en el resto de llamadas, el timbre sonó varias veces hasta que, a diferencia de las veces anteriores, se activó el buzón de voz del teléfono. La tipa no quería responder, pero parecía esperar alguna respuesta que aún no había llegado. Guarionex se la jugó.

—Señorita, Martin Walsh me dio este número para negociar el depósito del pago si a él le pasaba algo. Le sugiero que me devuelva la llamada o ... —y colgó.

Miró la hora en la pantalla del teléfono y vio que casi era la hora de almorzar, así que subió de nuevo al vehículo con la esperanza de poder hacerlo con su hija. Llegó a las viviendas justo en el momento en que Clara lo hacía acompañada por dos compañeras. Llevaba una bata de lino que transparentaba hasta el último secreto de su piel negra, tapada apenas en las zonas más calientes con un biquini con menos tela que la de un calcetín del propio inspector. La observó caminar, contornear su sustento acompañada de las otras muchachitas y la vista se le ennegreció. Cualquiera, por muy en su sano juicio que estuviera, perdería la cabeza por una morena como ella. Clara le sonrió al pasar junto al vehículo y el inspector tuvo la sensación de que su hija se alegró al verlo. Después fueron a comer locrio donde Rafael.

—¿Y en qué es en lo que andas? —preguntó Clara a su padre.

Lucy dejó un plato de guineo frito al frente de los dos.

—Cortesía de la casa —dijo. Guarionex sonrió.

—Todo es cortesía de la casa —le confesó a su hija.

La joven miró a su padre.

—En el comer y el chichar, cada uno se defiende con las armas que tiene —respondió Clara. Guarionex apretó la mandíbula y masticó las palabras de su hija—. No vamos a andar de pendejos a estas alturas. Si te da de comer será porque algo quiere.

El inspector obvió las palabras de Clara. Por supuesto que algo quería, no meterse en líos lo primero, y saber que en caso de haberlos tendría el cañón de su pistola a favor. No joda. Pero esas cosas no se hablan, y menos entre un padre y su hija. El diablo de niña. Había sido así toda la vida, o por lo menos desde que su madre desapareció y se la dejó de paquete.

—Con el muerto de Macao —cambió de tema Guarionex.

Clara abrió la boca, pero sus palabras quedaron en la punta de la lengua interrumpidas por la campanilla del teléfono del inspector.

—Frente al Jukers —reconoció la voz de la chica—, a las diez de la noche.

El nombre del prostíbulo le hizo recordar a la dueña y su estómago lo celebró con una arcada. Conocía el lugar, justo en la entrada de la calle que bajaba al Hoyo de Friusa, el mayor asentamiento haitiano de la zona y uno de los mayores del país. Ni siquiera la policía se atrevía a entrar allí de noche si no era con armas largas o escoltados por la Guardia Nacional.

—¿Malas noticias? —preguntó su hija.

—Cosas del trabajo —respondió Guarionex, que apartó el plato de guineo para que les sirvieran las dos bandejas de comida.

—¿Del muerto?

—Sí, he de caerle atrás a una muchachita y parece que la veré esta noche.

—Ya estás viejo para caerle atrás a nadie —bromeó Clara—, aunque no te vendría mal un poco de alegría.

—Voy a caerle, no a subirme, aunque el lugar es más de lo segundo. He de verla frente a Jukers.

Clara abrió los ojos y bajó la cabeza en un signo de vergüenza y debilidad que Guarionex no estaba acostumbrado a ver en los ojos

de su hija.

—Tengo algunas amigas allí —dijo Clara recuperando el porte.

El inspector estuvo a punto de iniciar una nueva conversación sobre la forma de ganarse la vida de su hija, pero una llamada salvó el almuerzo.

—...

—A la orden, mi coronel.

—...

—En media hora. Allí estaré. A la orden. Gracias, mi coronel.

—Sí que estás solicitado hoy.

—He de estar en media hora en la estación, así que tú decides si apuras o te lo ponen para llevar.

Clara pidió a Lucy que le pusieran la comida en una funda y a su padre que la dejara en casa. Le explicó que no le sentaba bien al body comer deprisa y que prefería estar tranquila el único día libre que tenía a la semana. Guarionex, con la música de fondo de sus palabras, se embuchó todo el arroz con puerco que pudo y salió a llevar a Clara. Cuando llegó a la estación, uno de los guardias lo recibió con una carpeta en la mano.

—La autopsia del muerto de Macao. Se la acabo de imprimir.

Guarionex agarró la carpetilla y subió a su despacho. Cerró la puerta y se sentó en su escritorio. Abrió la carpeta y sacó el informe impreso. Pasó las tres primeras hojas de cháchara médica y plantó su vista sobre las conclusiones

Causa de la Muerte: Paro cardiorrespiratorio.

Es una Muerte: No violenta.

De Etiología Médico Legal: Posible No homicida.

Otras Particularidades: Restos de saliva infantil en pene y ano.

Forma de Producirse la Muerte: Rápida.

Tiempo Aproximado de Muerte: 6 horas.

—¿Qué le parece la joyita? —preguntó Guarionex al retrato del padre de la patria.

Juan Pablo Duarte lo miró con la expresión de serenidad que da la eternidad y Guarionex leyó la autopsia completa. No se habían encontrado sustancias tóxicas ni causantes de un posible envenenamiento, no había signos de violencia, nada que sustentara la idea de un homicidio, pero el tipo estaba metido en un congelador

en la funeraria de Santo Domingo esperando a que alguien pagara sus gastos para enviarlo bien fresquito a su casa. Por no contar que lo habían sacado de un hoyo en medio de la playa con la verga y el ano ensalivados por un, o una, menor, el inspector apostaba más por la primera opción. La vaina, qué enfermo podía disfrutar de que un niño le metiera la lengua en el culo. No se mencionaba en el informe si era la misma saliva la de la yuca que la de la tronera. Llamó al coronel Espinosa y conversaron unos minutos. Le preguntó por el dato de la saliva y quedó atento a la respuesta. ¿Qué debía hacer con todo aquello?

Por un lado no había causa para iniciar una investigación por asesinato, lo decía bien claro la autopsia, y fuera cierto o no, ésa era la base que cualquier juez tendría en cuenta. Por otro lado tenía a un traficante de antigüedades tras las rejas que podía muy bien no tener relación con la muerte del obispo y al que la autopsia descartaba de ser el propietario de la lengua que se había metido en el culo antes de guindar los tenis; y por último estaba la tipa del teléfono que vería en la noche.

Cerró la carpeta y se la entregó al guardia.

—Désela al fiscal —le ordenó, y salió de la estación.

Con un poco de suerte, el letrado mandaría cerrar el caso y lo dejarían en paz.

Estuvo tentado de ir a buscar a Clara, pero en verdad ya había tenido suficiente dosis de papá por un día, así que decidió dar una vuelta y acercarse hasta el cruce de Friusa. Vio a Miguel atendiendo a unos jóvenes vestidos con el uniforme del Banco Popular y se sentó a unos metros de distancia. Era impresionante como había crecido aquel maldito cruce en pocos años. Guarionex recordaba cuando lo único que había en esa intersección era la fábrica de equipos industriales para cocinas de los hoteles y la gasolinera, la bomba, como todo el mundo la conocía. Mientras el niño acababa de lustrar las botas de aquellos empleados de banca, Guarionex miró a su alrededor en busca de los motoconchos vendiendo gasolina robada y embotellada en envases de Presidente como antaño. Todo aquello había quedado en el recuerdo, en la anécdota de un policía demasiado viejo para aguantar vainas y demasiado joven para retirarse a las suyas. Junto a la gasolinera se levantaban

apartamentos y negocios de banca, paquetería, celulares e incluso una ferretería que publicitaba duplicados inmediatos de cualquier llave sin importar su procedencia, y al frente, al otro lado de la carretera, pared con pared con la vieja tienda de equipos de hostelería, una ristra de tiendas de ropa usada, almacenes, barberías, salones y food truck que ocupaban la acera hasta el cruce con la nueva autopista. En el campo aún esperaban que les lloviera café, pero en aquel pedazo de tierra había caído un aguacero de cuartos.

—Coño'è su madre, y ni un chele me ha caído a mí —masculló el inspector.

El niño estaba frente a la cafetería de los españoles, el único lugar de todo Bávaro que servía el café como les gustaba a aquellos europeos intocables incluso para la policía de inmigración. La mayoría de los que se habían asentado en la zona turística lo había hecho por gremios, los italianos se repartían las pizzerías, los restaurantes de pasta y algunas empresas de excursiones, los franceses eran más de atender negocios para mochileros y los españoles, como los había por todas partes, tenían incluso supermercados con las vainas de su país. Indiferentes en sus atalayas de superioridad de las que sólo bajaban para tres cosas además del café, ganar cuartos, tomar tragos y chichar morenas.

Miguel se acercó hasta el inspector y se arrodilló a sus pies.

—¿Limpio? —preguntó el niño.

Guarionex asintió y colocó su pie derecho sobre la horma de la caja de madera que cargaba el limpiabotas, y que le servía de asidero de aquel mamotreto lleno de botes viejos y trapos gastados. Como un profesional, Miguel sacó el trapo de quitar el polvo y dio una primera pasada al cuero ennegrecido de los zapatos del inspector. Después le tocaba el turno a un tubo de plástico lleno de betún para la segunda pasada. Una fregada más con el cepillo, un poco más de betún y un último lustre con el trapo de brillar. Todo lo que un niño jamás aprendería en una escuela y que a ése le daba de comer.

—¿Y cómo es que tú estás? —le preguntó el inspector.

—Bien, gracias a Dios —respondió el niño sin levantar la cabeza del zapato derecho del policía.

—Miguel, necesito un favor de los tuyos. ¿Recuerdas al tipo de Macao?

El niño asintió.

—El del anillo.

—Ése mismo. Parece que el tipo hizo alguna visita antes de que le guindaran los tenis.

—¿Con algún cuero? —preguntó Miguel en un susurro que avergonzó al inspector.

—Ojalá. El tipo estuvo con menores —Miguel soltó el trapo y levantó la vista al inspector. Aquello eran palabras mayores incluso para un niño de la calle—. Un mal nacido que merece andar haciendo compañía a las raíces, pero necesito saber con quién estuvo. No les haré nada, te doy mi palabra, sólo quiero hablar con ellos. ¿Harás eso por mí?

—El diablo —respondió el niño—, esos gringos son el maldito diablo.

Acabó de emparejar el brillo a ambos zapatos, recogió sus cosas, los doscientos pesos que le tendió el inspector y desapareció detrás de la gasolinera armado con aquella caja de madera más grande que él mismo.

Guarionex sintió una punzada de vergüenza al hablar de cosas así con un niño que no tendría doce años y se miró los zapatos. Miguel sobreviviría, era un superviviente nato. Su vida sería una mierda pero la viviría hasta el final. Más de lo que muchos otros con mayores oportunidades quizá no podrían decir de las suyas. Un timbrazo en el bolsillo lo hizo regresar de su ensoñación. Miró el número y lo reconoció como uno de los teléfonos de flota de los guardias.

—Dígame, comando —respondió el inspector.

Escuchó las palabras del policía y marcó de nuevo.

—Letrado, inspector Guarionex en este lado —la voz del fiscal lo saludó—. Le marco porque uno de los guardias me ha informado que ya ha llegado el informe de Interpol acerca del tipo de Panamá y quería saber si usted ha podido leerlo.

—...

—Comprendo, ni la autopsia ni el informe de Interpol, nada que permita retenerlo en La Modelo. Una vaina de países, sí, lo

comprendo.

—...

—En el vuelo de las once de la mañana, está bien. Gracias fiscal —el inspector colgó.

Echó un vistazo a su alrededor y un sentimiento de pesadumbre lo amarró como las nansas a las langostas. Guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y regresó a su vehículo. El panameño no tenía nada que ver con la muerte del obispo. Nadie más allá del propio baboso muerto tenía que ver con ello.

Las palabras del fiscal eran claras, Topolino Acosta no tenía antecedentes ni en Panamá ni en ningún otro lugar del mundo, nadie lo buscaba, tenía una coartada firme a la hora de la muerte y la autopsia no hablaba de homicidio de ningún tipo. Caso cerrado y fin de la bachata. Un turista más que volvía a su casa en la bodega en lugar de en su asiento. El episcopado de Santo Domingo se encargaría de recoger el cuerpo y enviarlo a Boston, o al coño'e su madre, para que lo metieran en una bonita caja y lo enterraran en un campo santo con la saliva de un menor en la verga y la lengua de un niño en culo. La vaina.

Condujo despacio por la avenida que comunicaba los hoteles preguntándose si debía ir a buscar a su hija para sacarla a cenar aprovechando la última noche que la tendría para él hasta dentro de siete días o si acudía a la cita con la tipa a la que Martin Walsh le había regalado el teléfono. Los autobuses de turistas se mezclaban en la carretera con los taxistas, los motores, las pasolas y los carros de la población local, como el suyo, que ya empezaba a marcar una falta evidente de gasolina. Torció la dirección y se dirigió a una de las mayores empresas de transporte de la zona. El propietario, un político viejo de Santo Domingo, blanqueaba sus ingresos comprando guaguas al doble de su precio y dando los servicios de transporte a la mitad, pérdidas ficticias de millones de pesos que entraban como el culo de un motoconcho y salían como las rosas de un ramo de novia. Paró en la puerta y le mostró la placa al guachimán. El hombre llamó y apareció el encargado a lomos de una motillo. Guió al inspector hasta los tanques de combustible y le firmó un vale para que llenara su depósito. Guarionex esperó a que

el depósito del Camry estuviera full y se fue. Le hubiera encantado ver la cara de su hija.

Aún faltaban más de tres horas para las diez de la noche, tenía tiempo para cenar con ella. La llamó. Su teléfono aparecía apagado. Dio la vuelta y regresó hacia las viviendas de personal. Aparcó el vehículo fuera para evitar más líos con los empleados de seguridad y entró caminando. El casino en el que trabajaba su hija formaba parte del complejo hotelero Grand Pallace, un hotel de playa de más de mil habitaciones que había ubicado su casino a pie de carretera para que cualquiera pudiera entrar a gastar sus cuartos, aunque no fuera cliente del hotel. Por eso los empleados del casino compartían alojamiento con los del hotel si bien cada grupo disponía de su propia zona de habitaciones.

Las del casino ocupaban el segundo edificio de los tres que se levantaban paralelos a la carretera. El inspector pasó entre las sombras de los que regresaban reventados de sus turnos de un millón de horas y la desesperanza de los que andaban a enfrentarse a ellas, rodeó la lavandería, el bar, el colmadito que daba servicio a los empleados y se enfrentó al bloque B. Tres plantas de cincuenta habitaciones por piso a los que se subía por una escalera que dividía el edificio por la mitad, a la derecha los hombres y a la izquierda las mujeres. Una frontera guardada por un seguridad al que le importaba un pellón quién fuera en una u otra dirección mientras no le tocaran los granos.

Guarionex subió hasta el segundo piso y giró a la izquierda. La habitación de Clara era la quinta a contar desde la escalera.

Paró frente a la puerta verdosa y la golpeó con los nudillos. Cada habitación estaba diseñada para dos ocupantes pero en temporada alta llegaban a dormir de a ocho chicas y de a doce hombres. Al cabo de unos segundos abrió una joven que Guarionex reconoció de verla con su hija.

—Soy el padre de Clara —le dijo.

—Clara no está, le han cambiado el turno y ha tenido que ir a trabajar. Le toca hasta las dos.

Guarionex se cagó en su maldita suerte y salió.

Eso era lo malo de vivir en las habitaciones de personal. El enjambre de almas que las poblaban en verdad no era más que un

ejército de cuerpos a disposición. Si se enfermaba alguien, si había una baja, si no llegaba el autobús con el personal de Higüey, si había una huelga..., no pasaba nada, una llamada a las habitaciones de personal y las bajas quedaban cubiertas con aquellos desgraciados que aún tenían que sentirse agradecidos por vivir sin pagar arriendo.

Bajó hasta el coche y se fue a su casa.

Cuando pasaba un cuarto de las nueve, lo montó de nuevo y salió hacia uno de los prostíbulos más famosos de Punta Cana y de medio Caribe. Lo dirigía una italiana, una calabresa más mala que la carne de perro cuyo recuerdo le causaba invariablemente acidez de estómago.

Llegó en pocos minutos, dio un par de vueltas con el coche y se parqueó a cincuenta metros de la entrada. Recordaba las palabras de la chica, “frente a Jukers a las diez de la noche”, y para eso aún faltaba algo más de media hora. Se reclinó en el asiento y echó un vistazo a la puerta del local en la que ya se agolpaba una fila de taxis para recoger a las chicas que trabajarían esa noche en los hoteles. El negocio era sencillo, un tipo compraba una semana para dos personas en uno de los hoteles, durante el día aprovechaba para vender drogas, excursiones, contrabando, lo que fuera, y por la noche, una chica completaba la jornada ofertando el resto de servicios. De lo que sacaran, la mitad era para la italiana y el resto para ellos. En otros hoteles la cosa era más fácil, los huéspedes encargaban las chicas a través de un catálogo on-line y la empresa se las llevaba hasta la puerta de la habitación. La única diferencia entre ambos sistemas era que lo que se ahorran en la reserva de la habitación lo tenían que pagar en sobornos a los guardias de la puerta, a los directores de seguridad y en muchos casos, hasta a los directores de los complejos, que también estaban encantados por poner algo de exotismo en las vidas de sus huéspedes a cambio de unos ingresos extras.

Guarionex sabía perfectamente que sus jefes y otros inspectores también estaban metidos en el negocio. Ángela, la propietaria, lo había hecho muy bien.

Los taxis salían cargados de muchachitas y de tanto en tanto llegaba algún hombre o un grupo de jóvenes con ganas de

humedecer la yuca. Faltaba poco menos de un cuarto para las diez de la noche cuando vio llegar una yipeta blanca, una Suburban, que se paró frente a la puerta del local. Bajó un moreno tamaño king size y abrió la puerta trasera del vehículo. A Guarionex no le hizo falta la nitidez de la luz del día para reconocer a Ángela Cortese. Recordó la cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha desde la oreja hasta la barbilla y un asco infinito le atenazó el estómago. Sabía de todo el mal que aquella desgraciada causaba a las chicas que trabajan para ella, pero muy especialmente del que les infringía cuando dejaban de hacerlo.

Clara estuvo tentada por sus cantos de sirena puta pocos meses antes de encontrar trabajo en el casino. Una fortuna que a algunas de sus amigas no les llegó a tiempo.

El moreno que le había abierto la puerta a Ángela regresó al vehículo y lo apartó por la calle esquinera al local. Allí detrás estaban las habitaciones y la trastienda del negocio.

Miró la pantalla de su móvil. Un par de minutos para las diez. La puntualidad no era una de las virtudes del país, pero de igual manera se ajustó la pistola entre los riñones y salió del coche.

Las bombillas del burdel iluminaban apenas su entrada y el resto de la calle aparecía y desaparecía dependiendo de las luminarias de los vehículos que la transitaran. Guarionex era el único caminante entre la intermitente oscuridad, la humedad y la estridencia de los altavoces de algún colmado cercano.

—Tú, leventea ligero.

Lo sorprendió una voz. La entrada de Jukers estaba delimitada por dos columnas que trazaban el par de metros hasta la puerta de madera maciza que daba acceso al local. La voz salió de detrás de una de ellas.

—Muéveme tú —respondió el inspector.

—Si va a entrar, dele, y si no leventea, no nos gustan los fisgones por aquí —respondió el guardia.

Guarionex reculó un par de pasos y se paró frente a la columna.

—Tate frío conmigo, moreno, que estoy esperando a unos amigos.

—Espéralos fuera de la puerta.

Guarionex obedeció las instrucciones del hombre, del que apenas escuchaba la voz y veía algunos brillos, y se pasó a la acera de enfrente. Debían ser más de las diez. La luz de la entrada de Jukers apenas iluminaba la posición de Guarionex cuando un taxi entró por la calle con las luces encendidas. El inspector aprovechó para echar un vistazo al guardia de seguridad. Como había imaginado, un moreno grande sentado en una silla al amparo de la columna lo observaba desde el otro lado de la calle. El taxi pasó de largo y se detuvo a unos metros de la entrada. Se abrió la puerta trasera y una chica quedó recortada contra la oscuridad de la noche víctima de la luz interior del vehículo. Guarionex le echó veintipocos años, flaca, negra como su hija, con un vestido ajustado, chancletas, un bolso en la mano y el pelo recogido o corto como el de un hombre. Por fuerza debía ser ella. El taxi arrancó y Guarionex cruzó la calle en dirección a la chica.

—¡Eh, mamagüevo! —lo increpó el guardia. Guarionex lo ignoró — ¡Juye d'aquí, a las muchachas se las conversa dentro!

Los gritos del guardia detuvieron los pasos de Guarionex a pocos metros de la chica, que permanecía oculta en la oscuridad en el mismo punto del que había bajado del vehículo.

—Moreno, no joda o va a ser el peor día de tu vida —lo advirtió Guarionex, que comenzó a caminar hacia la chica de nuevo.

—¿Tú eres el que me llama? —preguntó la voz de la misma chica que respondía el teléfono de Martin Walsh.

—No tengas miedo, no voy a hacerte nada, sólo quiero conversar.

—Si no es de cuartos, no hay ná —dijo la muchacha dando un par de pasos hacia atrás.

Guarionex iba a responder que no se preocupara por el dinero cuando un golpe en la nuca lo hizo perder el sentido. Un dolor ácido que le cerró los ojos y le dobló las rodillas dejándolo caer a plomo contra el suelo. La barbilla rebotó contra la acera y un corrientazo eléctrico le recorrió la boca en un dolor opuesto al sordo y paralizante que sentía en la parte trasera de la cabeza.

—Ya te he dicho que a las jevas se las conversa dentro —le dijo el guardia mientras le descargaba una patada contra su estómago.

Guarionex echó mano a los riñones para buscar su pistola, pero un nuevo golpe del guardia, otra vez con el mismo bate de béisbol con el que le había dado hit en la cabeza, detuvo el movimiento en un crujido que Guarionex supo que provenía de su brazo. Rodó por la acera en un intento por alejarse de su agresor, pero apenas consiguió apartarse un par de pasos que el negro aprovechó para tomar carrerilla y propinarle una patada en la espalda que lo secó. Ya no importaba si aún tenía su pistola porque le era imposible llegar a ella. No podía moverse. Sentía la boca llena de sangre, la cabeza incapaz de tomar una sola decisión, un brazo partido y la espalda aplastada. Una nueva patada del moreno le vació el estómago y lo dejó ovillado sobre sí mismo. La luz del prostíbulo le mostró el contorno del hombre con el bate arriba para asestarle el golpe de gracia y supo que había llegado el momento. Maldijo su estupidez por no haber previsto algo así y metió la cabeza como pudo entre los brazos al tiempo que doblaba las rodillas. Nada más podía hacer, nada más iba a pasar.

Un crujido le advirtió que había llegado el fin y el sonido de un cráneo partido le hizo comprender la fragilidad del cuerpo. Esperó unos segundos, convencido de que aquella fractura le costaría la vida cuando vio desplomarse a su agresor junto a él. El golpe no había reventado su cabeza, sino la del moreno. Apartó sus brazos con dificultad y alguien lo ayudó a levantarse.

—Inspector.

Guarionex reconoció la voz de monseñor Julián César Amado de la Cruz y se vino abajo.

Despertó en una habitación forrada de crucifijos y estampas de santos amarilleados por la luz de una bombilla que colgaba de un único cable del techo. Se tocó la cabeza con la mano izquierda y sintió la textura de una venda que la circundaba. Sentía un dolor espantoso en el brazo y la mandíbula y el sabor ferroso de la sangre en la boca. Movié la lengua por los dientes para ver si le faltaba alguno. Todos estaban en su lugar, la sangre venía de un profundo corte en la lengua que por fortuna había dejado de manar.

—Casi se queda sin ella —le dijo una voz femenina que Guarionex probó de ubicar—, tiene un buen corte. Tendría que ir al hospital para que le pusieran puntos.

Intentó hablar, pero el dolor de la lengua se lo impidió. Giró la mano derecha, extendió los dedos y un dolor puntiagudo se le clavó a la altura del bíceps cuando estiró el resto del brazo.

—No está roto, pero ha recibido un fuerte golpe —esta vez fue la voz de monseñor la que sonó a espaldas del inspector.

Poco a poco fue reconociendo el lugar. Estaba, sin duda, en la habitación de un cura. Aún no sabía qué había pasado, pero como fuera, aquel hombre le había salvado la vida.

—Tiene usted la curiosa habilidad de hacer enojar a la gente —dijo Julián César sentándose a los pies de la cama.

Guarionex intentó articular una frase.

—Estese tranquilo. Si no se recupera, iremos al hospital —respondió monseñor mientras le colocaba el arma bajo la almohada.

Día quinto. Viernes.

Guarionex despertó al cabo de unas cuantas horas. El dolor había remitido, sintió que la lengua no estaba tan inflamada y saboreó el gusto del corte. El brazo derecho descansaba junto a su cuerpo y los golpes de la cabeza y de la espalda emitían ondas de dolor que se regaban por cada terminación nerviosa de su cuerpo.

La luz del sol entraba por una ventana a los pies del catre y la realidad de que se encontraba en la habitación de un clérigo se hizo patente. Los rostros que había visto en la noche correspondían a las caras virginales de tipos asexuados en estampas colgadas por la habitación con la virgen en el centro de ellas. Sobre su cabeza, un crucifijo de madera con un cristo doliente y bajo la almohada, su pistola. Imaginó que monseñor la habría recogido del suelo y las imágenes de la golpiza le rescataron el dolor de cada impacto que había recibido en su cuerpo.

¡Maldito moreno!

Rezó a aquellos pájaros de las paredes porque el golpe no lo hubiera matado.

¡De eso se encargaría él mismo!

Recordó entonces a la chica y comprendió que se habría largado espantada por la situación, y con ella cualquier opción de avanzar en el caso.

—¿Caso?, ya no hay ningún caso —murmuró para sí mismo casi sin mover la lengua dentro de la boca.

Hizo después un intento por incorporarse y un fuerte mareo lo obligó a echarse de nuevo. Le dolía la cabeza y la espalda por encima de la boca y del brazo, en el que parecía que alguien le hubiera metido una pelota de beisbol debajo de la piel. El moratón del golpe oscurecía su piel más aún de lo que los genes de su padre y de su madre habían conseguido. Cogió la pistola e hizo un nuevo intento por sentarse. El dolor se intensificó pero el inspector aguantó y mantuvo la espalda recta.

Se apoyó contra la pared probando cada músculo y cada articulación de su cuerpo. El mareo persistía, como el dolor, pero

podía moverse. Se levantó, dio un par de pasos y abrió la puerta de la habitación. Tras ella se destapó una sala con cocina no mayor a su apartamento y que, salvo por las imágenes de los santos, estaba decorada de la misma forma, sin nada. Se acercó a la pica y abrió el grifo, después metió la cabeza y sintió correr el agua por la nuca, por la espalda, mojarle la ropa, los pantalones, el pecho. Sentía el agua recorrer cada rincón para recordarle que aún estaba vivo, jodido, pero vivo. Esperó unos instantes y giró la cara contra el chorro para beber hasta saciar una sed que sólo se aplacaría cuando viera al moreno reventado con dos tiros en la cabeza y otros dos en los granos.

Cerró el grifo y vio que había dejado todo el suelo empapado. No le importó una vaina.

Salió dando tumbos hasta la puerta. La abrió y comprobó que se encontraba en la parte trasera de la parroquia católica de El Cortecito. Caminó unos metros y encontró su coche aparcado bajo la sombra de un almendro en el parqueo. Imaginó que el obispo lo habría llevado hasta allí. Se acercó, abrió la puerta y vio su teléfono sobre el asiento y las llaves en el contacto.

—Malditos curas.

El lamento dolorido del Toyota Camry lo sacó del recinto. Giró a la izquierda y se fue por la vieja carretera que llevaba a Friusa antes de la existencia del boulevard. Si monseñor no lo había hecho, mataría al moreno en cuanto llegara. Echó un vistazo al teléfono. El número del coronel Feliz aparecía tres veces. Dasenmáter que decían los gringos y apretó el acelerador.

El aire entraba por las ventanas del Camry sumándose al desconcierto que reventaba en la cabeza del inspector. ¿Por qué le había pegado aquella paliza el moreno? El maldito iría pasadísimo y había perdido la razón. Nada más peligroso que un mamagüevo hasta arriba de todo. El ruido del motor se mezclaba en el coche con el viento que entraba a presión por las ventanillas. ¿Y qué hacía allí el obispo, era cliente del local o lo había seguido? Sin duda, lo segundo. Guarionex sintió como si el mismo viento que le removía la venda que le cubría la cabeza lo hiciera bailar a él, un títere en manos de algo más grande que se le escapaba.

Que un maldito padre violara niños era aterrador, pero la vaina había llegado a un punto que ya no escandalizaba a nadie. El lío debía venir entonces por lo otro, por la jodida joya, y sólo conocía a un hombre capaz de echar algo de luz al asunto. Dio la vuelta y marcó el número del aeropuerto. Era cuestión de retenerlo un minuto. No había orden, el fiscal lo había liberado, no pesaban cargos. Jodida la vaina.

Un minuto, le dijo Winston sin prometer nada, y Guarionex sufrió todo el dolor del mundo en la boca cuando le dio las gracias.

El Toyota llegó exhausto al aeropuerto. Uno de los hombres del director de seguridad lo esperaba en la puerta para ayudarlo a cruzar todos los controles de seguridad. Guarionex lo vio, dejó el arma debajo del asiento del coche y salió renqueante. Cruzó de la mano del guardia la nueva terminal recién construida y en la que el cristal, el aluminio y la luz artificial se imponían a la cana, la madera y los ventanales de la vieja terminal. Cruzaron entre las tiendas, los bares y los miles de turistas que aguardaban por sus vuelos de regreso y llegaron a la puerta doce en la que estaba a punto de finalizar el embarque del vuelo de Copa a Panamá. Guarionex vio a Topolino Acosta sentado con el brazo en cabestrillo junto a un guardia como el que lo había acompañado desde el parking.

El hombre miró a Guarionex aterrorizado.

—¡Me han soltado, ya me han soltado! —le gritó apenas lo vio venir— ¡Deben dejarme salir, este animal intentó matarme! —vociferó después al personal encargado del handling de Copa Airlines.

—Tranquilo, sólo vengo a hacerle una pregunta —le dijo Guarionex casi sin articular la lengua.

Topolino lo miró con más detenimiento y se fijó en los daños del hombre. El brazo inflamado, la ropa arrugada y sucia como si lo hubieran arrastrado por el suelo atado a un caballo, la cabeza vendada y los movimientos lentos, como las palabras que salían de su boca.

—Parece que el karma trabaja rápido en este país —le dijo el panameño.

Guarionex ignoró la pulla y se acercó. El guardia que lo acompañaba dio un paso firme y se colocó en su camino. Winston lo

había adoctrinado bien.

—¿Crees que estoy pa'ripiar a nadie? —le preguntó el inspector al guardia—. Por favor, tenemos cinco minutos antes de que cierren las puertas del avión —le dijo a Topolino cambiando el tono.

Guarionex se sentó en una de las butacas de la sala de espera y le hizo gestos a Acosta para que se sentara a su lado. El hombre dudó, pero al final dio un par de pasos y se sentó junto al inspector.

—Necesito que me responda a una cosa. No lo mandaré perseguir ni le impediré volar, nada. Como bien ha dicho, usted es un hombre libre.

Acosta lo miró con desconfianza.

—Yo no lo maté —dijo.

—Lo sé. Creo que ni usted ni nadie, o por lo menos no de manera voluntaria.

—No voy a quedarme en este país ni un minuto más —amenazó el panameño.

—Señor Acosta, ¿qué vale lo que usted iba a comprar a Martin Walsh?

Topolino Acosta miró al inspector

—¿Cuánto iba a pagar yo o cuánto vale? —le preguntó.

—Ambas cosas.

El panameño miró al inspector, se levantó y caminó hacia la puerta mientras la megafonía advertía del último llamado al embarque para cerrar el vuelo. Guarionex siguió sus pasos. El panameño se detuvo junto a los guardias, sacó sus documentos y un empleado del handling los pasó por un escáner que emitió un ligero pitido de aprobación.

—Bienvenido, señor Acosta —dijo el joven.

Guarionex observó como el panameño se colgaba del hombro bueno la bolsa que había dejado en el mostrador y se sorprendió cuando dio la vuelta y dio un par de pasos hacia él.

—Medio millón y dos millones —le dijo Topolino Acosta.

—¿De pesos?

—De dólares, malparido cabrón, de dólares americanos. Imagine el negocio que me ha hecho perder el puto cura maricón muriéndose antes de entregarme la maldita colección.

—¿No era una hebilla? —le preguntó Guarionex.

Topolino Acosta se sabía seguro a pocos metros del finger de entrada al avión.

—No sea pendejo —le dijo antes de girarse y encarar los últimos pasos que le sacarían, seguramente para siempre, de la isla de las maravillas.

Guarionex miró a los guardias y al personal subcontratado por la compañía aérea. Quinientos mil dólares contra dos millones. ¿Qué cagada de negocio iba a hacer el muerto?

Esperó unos minutos para tomar aire y se levantó. El guardia que le había puesto el director de seguridad del aeropuerto se colocó a su lado y lo acompañó hasta la calle.

—He de encontrar a la chica —se dijo.

Entró en el coche y marcó el número. Una voz metálica le indicó que el número ya no existía y cortó la llamada. Después marcó el del coronel Feliz.

Al parecer, monseñor De la Cruz le había informado del altercado, como él mismo lo había llamado, y temía por la reacción del inspector. Guarionex no quiso abrir un nuevo frente y se comprometió a que, después de pasar por su casa para asearse un poco, acudiría a la estación. Cumplió con la primera parte.

Se desvistió y se miró al espejo. La inflamación del brazo había bajado un poco, pero el dolor de cabeza, y sobre todo el del corte de la lengua, no mejoraban. Agarró la botella de Brugal y le dio un buen chupe. Después se quitó la venda y se metió en la ducha. Dejó que el agua le corriera por la herida y le despegara las costras de sangre del pelo. Un reguero rojizo comenzó a dar vueltas en el sumidero. Guarionex fijó la vista en los giros de su propia sangre antes de desaparecer alcantarilla abajo y pensó en su siguiente paso. El cuerpo le pedía andar a dar un par de tiros al hijo del cuero vagabundo que lo había atacado por la espalda, y lo haría, pero aún no. Se bañó mientras quedó agua en el aljibe del tejado y sintió como de a chin el dolor de cabeza iba remitiendo.

La mandíbula, y en especial la lengua, era lo que más le dolía. Había estado a punto de quedarse mudo para siempre. La rabia lo invadió y tuvo que darle cuenta a lo que quedaba del romo para calmarse. El alcohol le dejó la lengua un tanto anestesiada y Guarionex aprovechó para lavarse los dientes y vestirse con ropa

limpia. No quería hablar, y menos con aquel tipo, así que agarró el teléfono y le mando un mensaje. Uno corto, directo, sin opción de réplica. En quince minutos en la iglesia.

Cuando llegó, ya sabía que el obispo estaba allí. No vio ningún coche en el parqueo del recinto pero sí que la valla exterior estaba abierta. Entró y dejó su coche en el mismo lugar en el que lo había encontrado en la mañana. La iglesia católica ocupaba unos terrenos donados por el estado varias décadas atrás, cuando todo aquello no era más que monte y culebra con el mar de fondo. En ese momento la institución vaticana escrituró a su nombre varios millones de metros cuadrados que fue vendiendo a precio divino hasta quedarse tan solo con la manzana que ahora ocupaba la parroquia. Una manzana rodeada de apartamentos de veraneo, restaurantes y hoteles para cuerear una noche sin el costo de las habitaciones de los resorts de lujo. Todo tenía su mercado. El edificio, construido con formas de arcos y cúpulas que alcanzaban su cénit en una gran cruz de yeso levantada en dirección al jefe, ocupaba los dos tercios traseros de la finca. El resto del terreno estaba dividido en plazas de parking separadas entre sí por líneas de palmeras y almendros en una alegoría caribeña de lo que podía ser la entrada al paraíso prometido.

Guarionex salió del carro y caminó entre las palmeras hasta el porche principal de la iglesia. Rodeó el edificio y se acercó hasta la puerta de la vivienda del párroco.

Golpeó con los nudillos y la voz del obispo capitaleño lo invitó a entrar.

—Buenos días, inspector. Me alegro de verle tan recuperado.

Guarionex lo miró con cara de pocos amigos. Vestía una camisa de manga larga para ocultar la inflamación del brazo y cuyos faldones volaban por encima de la cintura tapando la cache de su pistola. El obispo, desde su silla, le hizo un gesto y lo invitó a sentarse frente a él.

—Gracias —dijo el inspector con dificultad.

—No hay de qué, menos mal que pasaba por allí cuando vi que estaban agrediendo a alguien. Mi sorpresa fue cuando vi que era a usted al que estaban a punto de enviar con San Pedro.

—No joda, si venía cayéndome atrás. Deje de jugar al gato y a la rata —y al pronunciar la erre estuvo a punto de ver a Dios en persona, o por lo menos de mentarlo.

—No le conviene hablar demasiado —argumentó el obispo—, es más, creo que debería visitar un hospital para que le vieran esas heridas.

—¿Por qué no me llevó usted? —preguntó Guarionex.

Monseñor torció un poco el gesto y el inspector supo que había dado con el ovillo. Maldijo no poder hablar con más claridad.

—Pensé que su reputación no mejoraría si íbamos a un hospital.

—¿La mía o la suya? Yo no tengo nada que ocultar, todo el mundo sabe de la policía aquí y entre nosotros sabemos protegernos —monseñor hizo un gesto de comprender y se levantó a la cocina.

—¿Café? —Guarionex lo miró trajinar con la greca—, perdone mi torpeza pero es la vivienda del párroco y aún me cuesta ubicar las cosas.

El inspector negó con la cabeza y el dolor de los golpes le aconsejaron estarse callado y quietecito

—¿No? Está bien. Le ofrecería un chin de ron pero en la casa del Señor no tenemos de esas cosas, o por lo menos no a la vista.

El fuego comenzó a calentar el agua y monseñor guardó silencio.

—¿Por qué me dijo que sólo quedaba por vender la hebilla? —preguntó Guarionex mientras el obispo se acercaba cargado con una taza de café recién colado.

—De la colección de los Bormann sólo queda la hebilla por vender.

Guarionex pasó el corte por el paladar y sintió el roce ferroso de la incipiente cicatriz.

—Pero la colección es mayor o quizá hay otra más —conjeturó el inspector.

—Martin Walsh hizo bien su trabajo cuando decidió dejar unas cuantas piezas fuera de la documentación del seguro. Por su valor histórico, las más importantes eran las de la colección Bormann y de ellas sólo nos falta por recuperar la hebilla.

—¿Y el resto hasta los dos millones?

—Quizá dos millones sea exagerado —respondió el obispo—, pero uno y medio sí valen los cerca de veinte kilos en oro contando con las piezas de otras colecciones menores que Martin Walsh también robó del museo de la sede Episcopal de Massachusetts.

El inspector sonrió al pensar en el negocio que se le había escapado al arquitecto panameño.

—¿Y cómo es que nadie ha reclamado esas joyas, no está el FBI detrás, los Marines o la CÍA? —preguntó Guarionex.

—A excepción de unos pocos privilegiados, nadie sabía de la existencia de esas piezas que se guardaban en una caja fuerte de la que sólo tenían llave el tesorero vaticano y Martin Walsh. Cuando comenzaron a sospechar de él por el caso Bormann, los enviados del Papa abrieron la caja e hicieron inventario.

—¿Por qué no lo detuvieron al salir del país?

—No llevaba el botín consigo, además un escándalo así en los Estados Unidos puede traer grandes complicaciones. Al IRS no le gusta que le oculten según qué cosas.

—Y esperaban atraparlo cuando que vendiera sus vainas en nuestra islita de ignorantes.

—Por desgracia, Nuestro Señor decidió llevarse a nuestro hermano antes de que diera ese paso.

—Y ahora, nadie sabe dónde escondió las joyas.

—Va usted por el buen camino. Por eso le pido que me explique todo lo que ha averiguado y que sigamos juntos cualquier pista. La Iglesia sabe compensar a sus benefactores.

—No sé mucho —se defendió el inspector.

—Usted nunca sabe y siempre va un paso por delante.

—Leí la autopsia. Tenía restos de saliva en el pene y dentro del ano —el obispo lo miró asqueado—, de niño. Saliva de niño, ¿qué clase de bestia es capaz de algo así? —añadió Guarionex.

Monseñor Julián César de la Cruz se hizo el signo de la ídem sobre el pecho y negó con la cabeza.

—Satanás entró en el corazón de nuestra madre Iglesia contaminando a muchos de sus hijos. Qué el Altísimo juzgue sus pecados y lo absuelva.

—¿Qué lo absuelva? Me cago en el cara de culo ése y ojalá exista el infierno para que el propio Satán le dé por allí mil millones

de veces.

El obispo calló un segundo.

—¿Por eso fue anoche al prostíbulo, piensa que monseñor Walsh pudo haberlo visitado? —preguntó monseñor.

—No —Guarionex decidió jugársela un poco—, había quedado con alguien, una chica de aquí que lo conocía.

De la Cruz pareció sorprenderse.

—¿Una chica, qué chica? No teníamos idea de que conociera a nadie en la isla. ¿Y qué le dijo? —preguntó el obispo.

—Nada, cuando estaba a punto de hablar con ella, aquel animal me golpeó por la espalda dejándome medio muerto. El resto de la historia lo conoce usted mejor que yo.

—¿Tiene algún dato de la chica? —preguntó De la Cruz.

—Sólo tenía un número de teléfono y está desactivado. Pensé que se habría ido con usted.

—¿Por qué iba yo a llevarme una chica? —preguntó el obispo.

—Anoche escuché a una en esa habitación —respondió Guarionex señalando con su barbilla adolorida la puerta del cuarto.

—Tiene usted buena memoria a pesar de los calmantes que le suministramos. La voz que usted escuchó fue la de una hermana enfermera. La llamé cuando vi en qué estado se encontraba. Fue ella quien le vendó la cabeza y curó sus golpes.

Guarionex asintió.

—¿Y ahora? —preguntó monseñor.

La pregunta del obispo era la misma que llevaba haciéndose el inspector desde muchas horas atrás.

—Hemos de encontrar al que me hizo esto.

—Vamos inspector, sé que le tiene ganas pero no creo que la venganza nos ayude en estos momentos. Al contrario, si se mete usted en un lío es posible que lo aparten del caso y todo lo que hemos avanzado sufriría un descalabro.

—Es posible que ese hijo de mala madre viera a la chica y sepa quién es.

El obispo se levantó y lavó la taza de café en la pica. Después miró al inspector y abrió la puerta.

—Vamos —le dijo, y los dos hombres caminaron hasta el solitario vehículo de Guarionex.

Por el camino, el inspector advirtió a monseñor De la Cruz de la dificultad de trato de la persona a la que iban a tener que ver antes de encontrar al moreno. El obispo asintió. Guarionex metió el coche por la autovía hasta dejar atrás la salida del aeropuerto y se adentró por un camino privado que lo llevó hasta la puerta de un residencial en el corazón de Punta Cana. Al otro lado de la barrera, más de cinco kilómetros lineales de playa privada, campo de golf, aeropuerto para jets, colegio americano, capilla, una marina para yates y docenas de villas de revista regadas por los sesenta millones de metros cuadrados que convertían aquel lugar en uno de los más lujosos y exclusivos residenciales no sólo de la zona turística, sino de todo el Caribe y del mundo entero. Un lugar en el que una placa de inspector de policía no valía más que una piedra encontrada en el camino.

Al llegar a la entrada, la carretera se abrió en dos carriles, uno de uso privado para los propietarios y otro común para las visitas. Guarionex acercó el vehículo despacio por el segundo.

—Si de verdad esa vaina del reino de los cielos no es para ricos, aquí va a ver a un paquetón de los que se van a quedar por el camino —le dijo a monseñor mientras esperaban a que los guardias atendieran a un par de vehículos delante suyo.

—Buenos días —lo saludó el guardia cuando tocó su turno.

—Buenos días le dé Dios, hijo. Soy el padre Luperón y vengo con monseñor De la Cruz para una visita a la iglesia de la marina.

—Me permiten una identificación.

—Monseñor, muéstrele al señor guardia su identificación. Hijo, me perdonarás, pero yo me he descuidado la mía en la parroquia —le dijo mirándolo a los ojos.

Julián César estuvo a punto de echarse a reír al escuchar al inspector impostando una voz engolada como él creía que hablaban los clérigos, afectada para más inri por la poca movilidad de la lengua.

—Aquí tiene —le siguió el juego el obispo estirando una tarjeta y su cédula por la ventana.

El guardia las tomó y se las llevó a la garita. Lo vieron descolgar el teléfono y gesticular con el que fuera su interlocutor. Lo escucharon repetir una y otra vez el nombre y el cargo del obispo y

excusarse por una falta que de ninguna manera había cometido. Al final regresó con una placa de visitante que le cedió al inspector.

—La próxima vez, avisen antes —los advirtió.

Guarionex le dio las gracias y puso la placa sobre el salpicadero gastado del Camry. Aceleró con suavidad y metió su chatarra entre las palmas reales que delimitaban los márgenes de la avenida. A banda y banda, jardines bosquejados por perfectas filas de coralillos, buganvillas y cayenas deslindaban las villas de lujo que circundaban las verdes calles del campo de golf. Hacia el otro lado, a la izquierda de su posición, el mar bañaba la parte oriental del residencial donde se reunían las mejores casas del complejo.

—Aún no me ha dicho a dónde vamos —preguntó el obispo.

—Ya se lo he dicho, monseñor, al mismísimo infierno a encontrarnos con Satanás en persona.

El obispo asimiló las palabras del inspector y se ensombreció ante aquel despliegue de opulencia. Él conocía la opulencia, había formado parte de su vida hasta enrolarse en el ejército primero y en el seminario algo después. Los coches de lujo, las villas desproporcionadas, sus piscinas, aquella abundancia insultante y la apariencia vacua lo retrajeron a la infancia en casa de sus padres. Nunca llegaron a comprender ni la temprana llamada de la patria ni la posterior de Dios. El único ídolo que conocían en su casa era el dinero. Sintió una punzada de tristeza que enterró sin transmutar una mínima emoción a los ojos del inspector bajo su apariencia de serenidad, su mayor virtud, la que le había permitido dirigir aquel rimbombante episcopado que escondía el equivalente de la Santa Sede a lo que en cualquier otro país del mundo llamaban inteligencia. Eran muchos los hermanos, la mayoría también antiguos páters, captados por la inteligencia vaticana para mantener la ropa sucia en casa, una labor, por cierto, que habían descuidado de forma vergonzosa en las últimas décadas.

Guarionex, ignorante de las emociones del obispo, se movía con soltura por un recinto en el que sólo había entrado una vez varios años atrás como policía raso en un operativo de seguridad para un campeonato de golf. Allí fue donde vio a Ángela por segunda vez en su vida y comprobó que, a diferencia de la suya, la fortuna de la

italiana se había multiplicado exponencialmente durante todo aquel tiempo.

El vehículo se fue postulando hacia las villas que daban al mar, más fachendosas y caras que las que habían ido dejando por el camino, y redujo la velocidad al pasar frente a una que asemejaba un hotel de lujo. Un juego de columnas marmoleas soportaba el tejadillo de una recepción en la más pura imitación del motor-lobby de cualquier resort. Detrás, a unos diez metros de la rotonda cubierta por la gran pérgola, un portón de madera noble tamizado en vidrio ahumado daba acceso a la casa mientras que a su alrededor un muro de piedra forrado por una vegetación tropical la aislaba de miradas curiosas.

Monseñor Julián César alcanzó a ver dos edificios de dos plantas detrás de la protección de la entrada, así como cámaras en cada columna y un par de hombres apostados a lado y lado de la puerta.

—¿Quién vive aquí? —preguntó.

—Satanás.

El inspector avanzó hasta el final de la calle, dio la vuelta y regresó a la misma velocidad. Sabía que en pocos minutos aparecería la seguridad del complejo alertada por las cámaras que rastreaban cada centímetro cuadrado de opulencia, pero confiaba en que dispondría de unos minutos para hacer lo que tenía en mente. Bajó la velocidad del vehículo y cuando pasó por delante de la puerta, saltó hacia la entrada para sorpresa del obispo, que apenas comprendió las intenciones del inspector, lo siguió tan rápido como fue capaz.

Guarionex cruzó el motor-lobby y se plantó en la puerta con su pistola en la mano. Los dos guardias, tan sorprendidos como el propio obispo, tardaron en reaccionar lo que el inspector en golpear con la pistola en la frente a uno de ellos y dar al otro una patada en la rodilla que lo tiró al suelo con la pierna doblada en un ángulo imposible. Guarionex apartó la escopeta del que se retorció de dolor y le puso el cañón de la pistola en la cara del otro, que aún no se había recuperado del golpe en la cabeza.

Julián César llegó hasta la entrada justo en el momento en que Guarionex encañonaba al guardia.

—Abre —le ordenó.

—No sabe lo que hace —lo amenazó el guardia.

Guarionex lo desarmó y le dio la escopeta al obispo.

—Abre o te la abro a ti —le dijo Guarionex y le golpeó la mandíbula con el lateral de la pistola.

El guardia se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó una tarjeta plástica. La pasó por un lector pegado al marco y un chasquido metálico liberó la puerta de acero revestido de madera y cristalitos.

—Entra —ordenó Guarionex al guardia.

La visión del interior de la casa sorprendió incluso al obispo. Una sala de más trescientos metros cuadrados delimitados por una gran cristalera frontal se abrió frente a ellos. El sonido de las olas entraba por las lajas abiertas del ventanal que, a pesar de los finos cortinajes que lo cubrían, dejaba entrever una fastuosa piscina a ras de playa enmascarada entre palmeras, hamacas y el mar turquesa de fondo. De las paredes colgaban cuadros que parecían de gran valor, como los jarrones y las esculturas que monseñor observó con la boca medio abierta.

La sala estaba dividida en varios ambientes delimitados por diferentes tipos de mobiliario en cada uno de ellos. En la parte derecha se adivinaban puertas y pasillos que monseñor imaginó que darían a otras habitaciones mientras que en el centro, a pocos pasos de la entrada, una gran escalera comunicaba con el piso superior y a la izquierda, una cocina en forma de isla rodeada de sillas blancas invitaba a los imaginarios comensales a sentarse a su alrededor.

—¡Tráeme al tipo! —le gritó Guarionex al guardia.

—No sabes en el lío que te has metido —lo advirtió el guardia.

Guarionex lo miró con una mezcla de pena y desprecio y lo golpeó con la fuerza suficiente para que sus más de cien kilos se esparcieran como un saco por el suelo de mármol rosado de la vivienda.

—¡Baja! —gritó de nuevo el inspector. Un dolor intenso en el centro de la lengua le insufló la dosis de rabia extra que necesitaba y volvió a gritar— ¡Sal de una maldita vez!

El obispo miraba al inspector sin comprender qué ocurría. Su vista pasaba de las maneras animales de Guarionex a la tapicería de los sofás, las texturas de las maderas de cada mueble, las esculturas, los cuadros que iban del rembrandtismo hasta el modernismo ecléctico o la inmensidad del mar que lamía la playa ajeno a la tensión de la sala.

—Capitano, cuanto tiempo sin verlo.

Una voz casi femenina, rasgada por el exceso de tabaco y con un acento italiano tan fuerte que al obispo le pareció impostado, se descolgó por las mamparas del primer piso y recorrió los escalones como una neblina hasta alcanzar la sala.

—¿Está el tipo contigo? —preguntó Guarionex.

—Se fue a su país con un fuerte dolor de cabeza.

—Sabes que lo mataré.

—Sólo si lo encuentra, capitano.

Monseñor De la Cruz, a diferencia de Guarionex que no se había movido un metro de su posición, dio unos pasos al frente y se colocó a los pies de la escalera. La propietaria de la voz comenzaba su descenso por los escalones de mármol. La detalló. Cincuenta mil llevados, más bien alta para ser mujer, pelo largo negro, bufado a los lados como si temiera el contacto con una tez tostada por el sol y maquillada en exceso para esconder una cicatriz que le cruzaba el costado derecho del rostro. Vestía una camisa ancha que no ocultaba las redondeces vencidas y unos pantalones estampados al estilo de los hippies de los años setenta incapaces de ocultar el exceso de carne que se balanceaba a lado y lado de sus caderas.

Los pies, descalzos, acababan en unos dedos largos y sarmentosos como los de un Cristo barroco con las uñas pintadas de verde esmeralda. Monseñor sintió un escalofrío como si hubiera tocado un cable eléctrico al verla recorrer los últimos escalones y dio un salto hacia atrás.

—Monsignore, bienvenido a la mía humilde casona —lo saludó la señora—. Me alegro que el capitano lo haya traído, así su testimonio avalará todo lo que ya han grabado mis cámaras.

—Quiero al moreno —la cortó Guarionex.

—Capitano, suponiendo que hablemos del mismo signore, debe estar en una yola a Puerto Rico o en un bus en dirección a Haití —y

las carcajadas por su propio chiste resonaron entre la opulencia de la mansión.

—O él o tú, Ángela.

Monseñor observó a Guarionex y comprendió al fin porque estaban allí.

—Distinguida señora Ángela, lamentamos haber venido a su humilde morada sin avisar, espero que nos disculpe, pero en verdad nos gustaría conversar con la persona que ayer nos recibió a las puertas de su terapéutico negocio

Ángela miró al obispo y pensó que si no le repugnaran tanto los hombres, podría habérselo hecho en la habitación rosa, aunque la idea de cortarle su sacro miembro para añadirlo a la colección le produjo una satisfacción que casi la hizo babear.

—Mons, tiene usted el cielo ganado. Qué buen servicio cristiano hace usted a pecadores como nosotros. Nada me complacería más que poderlo ayudar, pero lo cierto es que el hombre que buscan es muy posible que a estas alturas esté enfrentando al mismísimo San Pietro porque alguien le dio un fuerte golpe en la testa. Sin embargo, quien está a punto de llegar es la policía, la de verdad —dijo mirando a los ojos al inspector—, y me será muy difícil explicar por qué uno de mis sirvientes se retuerce de dolor en la puerta y el otro es incapaz de levantarse del suelo.

—Ya nos vamos, ¿verdad inspector? —respondió el obispo.

—Qué pena, querido capitano, que cada vez que anda detrás de un negro, o una negra, estos desaparezcan.

Guarionex se encaminó a la italiana con su pistola levantada por encima de la cabeza cuando la mano fuerte del obispo lo agarró por la muñeca. Ángela Cortese no se había movido ni un centímetro ante la amenaza del inspector y su cuerpo desagradable, así como su rostro que parecía haber salido de una película de terror de los años ochenta, no trasmutaron una sola emoción ante la reacción violenta del inspector.

—Será mejor que nos marchemos —dijo el obispo.

Guarionex bajó la mano y se dejó empujar hasta la puerta.

—Algún día... —le dijo desde el umbral, y salió.

Los dos hombres subieron al coche del inspector y recorrieron el camino inverso hasta la entrada del residencial. El obispo tomó sus

identificaciones y salieron sin un solo incidente.

—Supongo que me explicará todo esto, ¿verdad?

Guarionex guardó silencio y siguió derecho hasta el cruce de Friusa.

Veinte minutos de tráfico durante los cuales la sangre le palpitaba en las sienes, le punzaba la lesión del brazo, le martilleaba la nuca donde aquél malnacido le había golpeado con un bate y le recorría la lengua como las aguas del río Yaque por el valle del Cibao. Cruzó frente a la gasolinera y vio de refilón como Miguel fijaba su vista en el vehículo. Lo ignoró, no era el momento. Subió por la avenida Estados Unidos y giró a la izquierda hacia el Hoyo. La voracidad de la vida tropical se comía las calles, los colores, los ruidos, la gente, las plantas y el cielo empedrado de nubes emparejaban todo aquel caos en una obra sólo al abasto de los más avezados observadores. Cruzaron el Hoyo hasta el colmado de Jean Marc y el inspector tiró la guagüita contra una mata de mango.

Guarionex bajó y se metió tras el mostrador del colmado. Arrancó una botella de un estante y rompió la malla de un tirón, giró con fuerza el tapón de plástico y se la embocó entre los labios.

—Inspector —lo llamó monseñor.

El ron caía a plomo en el gáznate de Guarionex, se desbordaba por las comisuras de su boca y le rodaba por el cuello hasta que el obispo le sujetó la muñeca como había hecho en casa de Ángela y le apartó la botella de la boca.

—Lo que menos necesitamos ahora es un inspector ebrio.

Guarionex lo miró e hizo un amago por soltarse de la presión del clérigo. De la Cruz lo soltó y Guarionex le dio un trago corto a la botella.

Jean Marc, que había permanecido en silencio en el interior de su zulo cargado de viandas, grano, jabones, refrescos y alcohol como para emborrachar a los pasajeros del Titanic, pasó junto a los dos hombres y les montó una mesa con dos sillas.

Monseñor dio el primer paso y se sentó en una de ellas.

—¿Recuerda cuando me preguntó por qué yo era el único de mi promoción que no había pasado de inspector? —el obispo asintió—, pues ella es la respuesta.

Monseñor Julián César se sirvió y apuró su vaso con lentitud, después echó un chorro en para cada uno.

—En su expediente figuraba un lío con el alcalde de Dajabón y el comandante de la policía de inmigración. Decía que le dio un tiro que casi acabó con su vida.

—Merecía dos, uno en los granos y otro en la cara —respondió Guarionex—. Sólo me dio tiempo al primero.

—Pasó usted un tiempo de cárcel y casi perdió la placa.

—Tuve un buen padrino... —sonrió en una mueca que puso los pelos de punta al obispo.

Guarionex tomó aire y su respiración pareció llevarlo a años luz del colmado de Jean Marc. De golpe dejó de escuchar las bachatas que el haitiano había puesto para rebajar la tensión de sus únicos clientes. Dejó de ver los motores cargados con las doñas con sus rulos y sus tubis y los niños correteando tras una pieza de fruta o empujando una rueda con un palo. El mundo desapareció para el inspector hasta que expulsó la bocanada gastada de oxígeno.

—Dajabón fue mi primer destino, un lugar caliente al lado de la frontera. Tráfico de drogas, armas, personas y todo lo que usted pueda imaginar en ambas direcciones. Un lugar en el que ganarse unos buenos cuartos estaba a la orden del día. ¿Usted cree que aquí se gana dinero?, no imagina lo que se recibe en la frontera. Para que se haga una idea, el puesto de comandante de la policía en Punta Cana se compra por cincuenta mil dólares, en Dajabón se paga el doble. Pero no le voy a mentir, en esa vida me manejaba bien, en menos de dos años pasé de guardia a inspector, me compré una casita y conocí a una morena. Vainas de hadas hasta que cometí el error de enamorarme de ella. Su nombre era Claire, era haitiana y trabajaba en Dominicana en casas de ricos. Una mujer hermosa, salvaje, no pude evitarlo y caí. Tuvimos una niña que decidimos dejar con su abuela en Haití mientras resolvíamos los papeles para que pudieran venir conmigo a Dajabón. No le voy a hacer largo el cuento —se agachó y tomó el vaso—, una noche Claire no volvió a casa. La busqué por dos días antes de pasar al otro lado de la frontera, pero su madre tampoco sabía nada de ella. Sencillamente había desaparecido dejando a su hija allí y a mí aquí —miró el fondo del vaso y apuró el líquido dorado.

El obispo lo miró y asintió. Agarró la botella y le sirvió otro poco. Prefería ser él quien fuera rellenando el vaso del inspector.

—La busqué por todas partes, al principio preocupado porque me hubiera abandonado, después con la angustia de que le hubiera pasado algo.

—Comprendo —lo animó el obispo.

—No, aún no comprende. Al cabo de un par de semanas supe que a Claire la habían capturado a la salida del trabajo en una batida de la policía de inmigración junto a un paquete más de haitianos para expulsarlos del país. No era nada a lo que no estuviésemos acostumbrados, los cargaban en los autobuses para sacarlos por una carretera y entraban a las horas por otra después de la mojadera a los guardias. Pero esa vez fue diferente y ninguna de las mujeres jóvenes capturadas en esa batida volvió. La puerca que hemos visto hace un rato había hecho un trato mejor del que todos aquellos desgraciados podían proponer en toda su vida, y se quedó a las jóvenes para trabajar en su negocio. Nunca más la encontré. No sé si vive, si murió, si algún turista de mierda se la llevó a su país, si volvió a Haití. Nunca más supimos de ella ni su hija ni yo.

El obispo miró a Guarionex. Ahora comprendía porque aquel hombre capaz de entender las reglas del juego con sólo observar unos minutos el desarrollo de la partida, le había disparado a un mando militar cerrándose todas las puertas de por vida.

—La noche que le disparé al mando, también le quemé la casa y el negocio, aunque eso no me lo pudieron tirar arriba —añadió Guarionex.

Los dos hombres se miraron y apuraron los vasos. Guarionex fue el encargado de llenarlos y proponer un brindis.

—Por todas las Claire del mundo.

Permanecieron un rato en silencio. A Guarionex le pareció que monseñor, por primera vez desde que lo conocía, elevaba una especie de oración a su dios.

—Vámonos, le dejaré en la iglesia —el alcohol le había dormido el dolor en la lengua por la cháchara y la bruma comenzaba a subirle a la cabeza.

La tarde les cayó encima y cuando Guarionex se despidió del obispo, la luz del sol había desaparecido por completo. El inspector retomó la vía y subió de nuevo a la gasolinera de Friusa. Había reconocido la mirada inquieta de Miguel y si bien le importaba una maldita vaina el oro, los millones y la bendita madre que los parió, si había una sola pista que apuntara hacia aquella malnacida, la seguiría hasta ver entrar su culo flácido en la prisión de Najayo.

El niño se acercó corriendo cuando lo vio aparecer. Ni siquiera esperó, como hacía siempre, a que el inspector se sentara para simular que le lustraba los zapatos.

—Los tengo —le dijo.

—¿A quiénes?

—A los menores que estuvieron con el gringo —Guarionex miró al niño y lamentó haber tomado tres cuartas de romo—. Si quiere, le llevo.

El inspector asintió y se dejó guiar por Miguel.

—También limpian, como yo, pero además hacen delivery —el inspector conocía la expresión, eran pequeños traficantes de droga para los tígueres y los turistas—, y también de cueros —añadió.

Siguió al niño por los callejones detrás de la gasolinera, entre las barracas que se alzaban en aquellos descampados huérfanos de muros que en pocos meses desaparecerían por la ampliación del boulevard. La cara oculta del paraíso escondía un mundo de miseria tan escalofriante que ni siquiera los policías con una botella de romo en el cuerpo se atrevían a mirar.

—No diga que es un mono —le advirtió Miguel.

El niño se movía como un murciélago por su cueva en aquel desorden vencido por la negritud. Una oscuridad rota sólo por la lumbre de algunos fueguitos en los que aquellos desgraciados calentaban un caldero de hambre con arroz. La música, omnipresente, se mezclaba con el olor de los calderos, de basura quemada y los gritos de algunas mujeres. Guarionex conocía ese ambiente porque lo había vivido al otro lado de la frontera, aunque nunca había dejado de sorprenderlo que en esa mezcolanza miserable no se escuchara jamás el llanto de un niño.

—Miguel, ¿por qué no lloran los niños? —le preguntó.

—¿Para qué? —le respondió el limpiabotas como si el inspector se hubiera vuelto loco.

Guarionex dejó escapar una vaharada de alcohol y se esforzó por seguir los pasos más ágiles del menor. Cruzaron por un último grupo de barracas y se detuvo al frente de una cerrada con una plancha oxidada de cinc.

—Es ahí —señaló—, espéreme aquí.

Al cabo de un momento, Miguel regresó acompañado de un niño y una niña negros como el carbón y a los que Guarionex les echó entre diez y doce años, aunque fue incapaz de datar cual era el mayor de los dos. Miguel se los presentó como Samuel y Rose y caminó con ellos hasta un pequeño descampado en el que una brasa quemaba pilas de basura.

Miguel les dijo algo en creole que Guarionex no comprendió y los niños asintieron.

—Pregúntales si estaban sólo ellos dos.

Miguel tradujo las palabras del inspector y ambos niños movieron la cabeza afirmativamente.

—¿Quién los llevó y a dónde?

El niño tradujo de nuevo la pregunta del inspector. Samuel y Rose se miraron y la niña articuló un nombre que Guarionex no alcanzó a escuchar. Miguel le dio las gracias y le pidió dinero al inspector. Guarionex sacó un billete arrugado del bolsillo y se lo entregó sin ver ni siquiera el monto del mismo. Los niños lo agarraron y salieron corriendo. De repente, unas náuseas se le agolparon en la nuez y vomitó sobre el cadáver de un perro medio calcinado junto a la pila de basura.

Miguel esperó paciente a que el inspector se recuperara y lo acompañó a fuera del batey.

—Le dicen el Matatán, es el encargado de los deliverys —le dijo.

Guarionex sacó otro billete y se lo entregó a Miguel. Después se metió en el coche.

Conocía al Matatán, era uno de los habituales en la estación. Un consequidor, un tíguere que tan pronto le iba bien como tenían que llevarlo a coser de una puñalada. Miró el teléfono y vio que aún era demasiado pronto para buscarlo por los puntos de distribución. Se metió la mano en el bolsillo y aún encontró otro billete de quinientos

pesos. Las náuseas, el romo y la basura le habían dado hambre. No estaba acostumbrado a pagar por la comida pero los chinos del pica-pollo ni fiaban ni mojaban a la policía.

Entró y pidió dos piezas con tostones y una Presidente grande. La grasa de las mil frituras del pollo le cayó bien al estómago y los patacones le calmaron la acidez del alcohol. Cuando dio cuenta de la cerveza, se levantó y salió a pie. Uno de los puestos de venta de droga en los que se movía el Matatán estaba apenas a unos metros del pica-pollo chino, justo a mitad de camino hasta la estación de policía. La gran diferencia con otras zonas turísticas del Caribe, y la gran ventaja de Punta Cana, era que allí el flujo de la droga lo controlaban ellos, por eso no había bandas, ni carteles, ni asesinatos por el control de la zona. Allí mandaban ellos, no el inspector Guarionex por sí mismo, de hecho era algo en lo que nunca se habría atrevido a meter la nariz, pero sí los superiores de sus superiores y por eso, cuando el inspector se acercó al colmadito y preguntó por el Matatán, sencillamente le dijeron que había salido a hacer un delivery en un hotel sin ningún temor.

Guarionex regresó a su vehículo y se echó una cabezadita. Al cabo de una hora, que le pasó como un suspiro, se desperezó y bajó a buscar al Matatán. Lo conocía de siempre, treinta y pocos años, negro, picado por la viruela, flaco como la tenía de un perro callejero, nervioso, de cuchillo fácil como en la canción de Pedro Navaja y más golpes encima que un colchón de campo. Lo vio apoyado en el mostrador del colmado con una botella de refresco rojo y gesticulando como un loco mientras conversaba de cualquier vaina con los motoconchos que esperaban para repartir los pedidos. Una gorra americana con una placa metálica que se brillaba bajo la bombilla del colmado, una camiseta de basketball que le hacía parecer un palo cubierto por una sábana, botas de deporte y alhajas en el pecho y los dedos.

—Ins —lo saludó el tipo.

—Ma —respondió el inspector siguiéndole la broma.

—Dígame, licenciado, en qué puedo ayudarlo.

—Primero, deja de moverte y pon las manos en el mostrador donde pueda verlas.

—Comando, no se ponga guapo conmigo, sabe que soy un hombre que siempre está dispuesto a colaborar con las fuerzas del orden y la seguridad.

Guarionex se acercó con cuidado, lo agarró por la camiseta de los Cleveland Cavaliers y lo arrastró hasta el coche. Una vez dentro, le preguntó por la noche en que murió Martin Walsh.

—No va contigo la vaina —le dijo el inspector—, pero si no cantas hasta la última estrofa te voy a caer atrás para que no puedas vender ni mentas en la parada de la guagua.

El moreno lo miró. No era la primera vez que lo amenazaban ni era tampoco la primera que lo hacía un policía.

—El dominó le queda grande, comando —respondió el traficante.

—Deja que yo decida si tranco. ¿Dónde llevaste al gringo y quién te lo recomendó?

El Matatán escuchó las palabras del inspector. Sonrió al escucharlo hablar, todos sabían la paliza que le habían dado la noche anterior, y calló justo cuando iba a soltar una chercha sobre su dicción. Una cosa era no tenerle miedo y otra bien diferente era llevarse dos galletas en la jeta por bocón.

—El tipo había contratado un par de cueritos y yo se los llevé. Ya sabe, a veces no se les para y les vendo algún remedio.

—¿Quién te pidió que llevaras a los niños?

—Comando, no joda, no voy a decirle eso.

—¿A dónde los llevaste?

El moreno chasqueó la lengua. Ya había hablado demasiado y era el momento de regresar al puesto. El negocio no se llevaba solo. Estiró la manecilla de la puerta y antes de que el marco se separara del chasis del vehículo, su boca se estrelló contra el cristal a medio bajar de la ventanilla. Un crujido cuarteó el bisel del vidrio y le reventó los dientes al Matatán. Guarionex, sin soltarlo de las greñas, le quitó el cuchillo de su pantalón, le echó la cabeza para atrás y le dio un nuevo cabezazo contra el marco de la puerta.

—Coño de mamagüevo, te voy a descontar el cristal —le gritó el inspector mientras lo golpeaba como a un peluche contra el embellecedor de la moldura interior.

La sangre chorreaba de la boca del Matatán, que había perdido un par de dientes y un poco el conocimiento.

—¡Comando, en los dientes no, que cuestan!

El moreno le mostró los dientes que le quedaban en una risa de tiguere asqueada en sangre. Guarionex recogió la gorra que se le había caído a los pies y se la dio.

—Aún podemos ser amigos —le dijo agarrándole de nuevo la cabeza.

—Al Castillo —escupió el traficante.

—¿Quién te llamó?

—Comando, que me van a dar pasaje.

—Ya resolverás, eres muy listo, pero de aquí no sales sin soltar esa prenda.

El Matatán volvió a escupir un chorro de sangre por la ventana cuarteada del vehículo ante la mirada impasible de los habitantes nocturnos.

—No lo sé, se lo juro, a mí me llamaron directamente del Castillo.

Guarionex agarró el cuchillo y lo tiró por su ventana. Después le dio una patada al Matatán y lo sacó del coche. La vaina cada vez se ponía más jodona.

El Castillo era un motel de carretera para ir a chichar, unas cabañas, como las llamaban vulgarmente. El edificio pertenecía a un español, un tipo sórdido que si bien no se metía con nadie y pagaba sus mojaditas a tiempo, era mejor tenerlo de lejitos. Había construido el motel imitando el patrón de un castillo medieval de forma que incluso la entrada se hacía bajo un arco en barbacana. Una vez dentro, cada habitación disponía de un garaje individual que se cerraba automáticamente para proteger la confidencialidad de los huéspedes. El acceso al hotel tenía un funcionamiento parecido, no se abría sin pago previo y la barrera no subía hasta que todo el mundo estaba a salvo en sus aposentos. Cada habitación constaba de dos plantas, una a pie de calle para esconder el vehículo y otra arriba para esconder a los huéspedes. El pasillo de servicio era exclusivo del personal, no había forma de que los usuarios se encontraran en ningún espacio común e incluso el servicio de condones, sábanas, bebidas, comidas, o lo que fuera de menester, se hacía a través de unas trampillas ciegas que aseguraban en todo momento la absoluta confidencialidad de los

beneficiarios. El Matatán había sido muy listo dando el nombre del Castillo porque imposibilitaba tanto conocer el solicitante del servicio como saber quién, o quiénes, lo habían disfrutado.

Ni siquiera había forma de seguir el pago, ya que todas las transacciones se hacían en efectivo sin mediar ni siquiera un maldito recibo.

Aún así, nada perdía por hacer una visita de cortesía al propietario.

Lo encontró en Javi's, uno de los lugares en los que se reunían los españoles para tomar cervezas y presumir de morenas con la edad de sus hijas o sus nietas. La mayoría de los que se encontraban allí eran prófugos, pequeños defraudadores, empresarios arruinados, padres que habían decidido gastar el importe de la manutención de sus hijos en jovencitas que se las chupaban a mitad de precio. Tipos miserables, canallas sin escrúpulos que hablaban pestes de los dominicanos y presumían de pulseritas rojigualdas en un país en el que no existía la extradición por delitos fiscales y en el que esperaban a que sus felonías prescribieran en aquella España que no les cabía en la boca, pero en la que apenas pusieran un pie los mandarían guardar bajo llave.

Encontró a Juanan, el dueño del Castillo, solo, en una mesa junto a un grupo de veteranos con sus zetas y sus vainas, fumando y bebiendo con unos cueros que les iban a sacar hasta el alquitrán de los pulmones. Guarionex se acercó y pidió a la camarera que sirviera dos cervezas más como la que tenía Juanan en su mesa.

—¿Se puede? —preguntó Guarionex.

—Siéntese, comando. ¿En qué lío se han metido los muchachos esta vez?

El hombre lucía un pendiente en la oreja izquierda y los brazos, en otro momento fuertes, tatuados con símbolos y rayas que se entrecruzaban hasta perderse bajo una camisa desabotonada en el pecho. La frente pelada y al fondo una cola de caballo que parecía un cigarrillo olvidado en un cenicero.

—Nada de qué preocuparse, vengo sólo por algo de charla y una cerveza.

La camarera dejó las dos botellas en la mesa y se fue.

—Salud —dijo el español levantando la suya.

El inspector respondió al brindis y ambos dieron un trago largo.

—No hay nada mejor en este país. Si todo lo hicieran como la cerveza y el ron serían la puta Suiza del Caribe —dijo el español admirando la botella antes de dejarla de nuevo en la mesa.

—No nos gusta andar de abusadores —bromeó Guarionex.

—Y dígame, inspector.

—Me gustan ustedes, los españoles, no se andan por veriles.

—Vamos siempre al grano.

—Eso es, al grano —sonrió Guarionex al pensar que los granos para ellos eran los testículos—. Ilustre, necesito que me eche una manita con algo a lo que le voy cayendo atrás. Es sobre el turista americano que encontraron muerto en Macao.

Juanan, que seguramente ni siquiera se llamara así, asintió y lo invitó a continuar.

—Su última noche la pasó en el Castillo.

El español lo miró.

—Mucha gente pasa por allí —le dijo—, no me venga a dar por culo a estas horas.

—Es una charla amigable —Guarionex dio otro trago a la cerveza. La cicatriz de la lengua cada vez estaba más firme y el frío del líquido le producía un alivio placentero—. Sólo quería saber si hubo ningún incidente esa noche.

—No recuerdo nada. Los domingos son días flojos y me acordaría —hizo una pausa—. Pero la verdad es que no tenía idea de que el tipo hubiera estado en la casa —las palabras del español sonaron francas a los oídos del inspector.

—Parece que murió de un infarto.

—Lo lamento —dijo sin demasiada convicción.

—No lo haga, encontraron restos de saliva de menor en la verga y el ano.

—Les daría para comer una semana —respondió el español sin mutar la expresión.

—Sé que el Castillo no está involucrado, pero si pudiera darme una ayudita, una pista de quien pago el cuarto, cualquier cosa que se le ocurra... me ayudaría.

—No prometo nada.

—Gracias —respondió Guarionex apurando de un trago su cerveza y levantándose de la silla.

—Inspector, una pregunta —lo interrumpió el español—, si el tipo se murió de un infarto, ¿a qué tanto interés?

Guarionex reculó unos pasos y se paró junto al hombre.

—El muy capullo, como dicen ustedes, se murió sin decir a nadie dónde guardaba los cuartos.

Juanan sonrió y estrechó de nuevo la mano al inspector.

Día sexto. Sábado.

Guarionex despertó con un fuerte dolor de cabeza. No recordaba muy bien cómo había llegado a su casa, pero allí estaba, vestido sobre la hamaca. El brazo rivalizaba con la cabeza y un fuerte dolor muscular se extendía desde el bíceps al hombro pasando por una buena parte de la espalda. La última imagen que le vino a la memoria fue la de un billar y unas botellas de romo. Tragó saliva y el paladar, áspero como un bloque de concreto, se lo confirmó.

Bajó con cuidado de la hamaca y se estiró para comprobar cuántos músculos le funcionaban todavía. Una descarga de agujonazos como si hubiera pasado la noche chichando con un cactus le recordó lo jodido que andaba. Maldijo en voz alta y comprobó que la lengua parecía haberse curado gracias a un empaste de romo, grasa, aliento fétido y cerveza.

Se desvistió dejando caer la ropa contra el suelo y el ruido de su pistola al golpear sobre el piso lo tranquilizó. Por lo menos con el jumo no había perdido el arma. No tuvo la misma fortuna con el teléfono y se metió en la ducha.

Había sido un día intenso. La memoria de la charla con el obispo le vino a la cabeza como una guillotina a la de los reyes franceses, ¿por qué vaina le había explicado toda su vida a aquel tipo? ¿Por qué la Iglesia había mandado a un solo hombre a buscar algo de tanto valor? No tenía sentido. Nada lo tenía. Un maldito abusador se había muerto después de tener relaciones con menores y en lugar de sacarlo en una ambulancia, alguien se había entretenido en desplumarlo y meterlo en un hoyo en la playa. Otro tipo, el panameño, que había venido a comprar dos millones por quinientos mil y se había ido con el rabo entre las piernas y la mitad de los huesos tronchados. La italiana, a la que pensaba que no volvería a ver en su vida, escondiendo al tipo que le había dado una paliza, y por si fuera poco, la única persona que podía tener algo de información sobre las joyas y el dinero, estaba desaparecida. Demasiado pollo para tan poco arroz.

Coló café y tomó dos tazas. Después bajó al coche, que parecía que hubiera aterrizado en lugar de haber sido aparcado, y encontró el teléfono metido entre los dos asientos. Lo agarró, subió de nuevo a su habitación y marcó el número de monseñor.

—Buenos días, inspector. Espero que esté más recuperado —lo saludó el eclesiástico.

—¿Por qué nadie más anda buscando las joyas? —preguntó Guarionex.

Se hizo un pequeño silencio antes de que monseñor respondiera.

—Ya le dije que su origen no es público, por eso no podemos hacer tampoco evidente su búsqueda.

—¿A quién se las robó el americano? —preguntó de nuevo Guarionex.

—Me sorprende que una persona de sus habilidades no recuerde que ya conversamos este punto. Nos las robó a nosotros.

—Y ustedes, ¿a quién se las robaron?

El silencio se estiró por varios segundos.

—Mejor si retomamos esta conversación cara a cara, no le parece, inspector.

Guarionex colgó y dejó el teléfono sobre la mesa. Apuró el último sorbo de café, se frotó las axilas con desodorante y se puso ropa limpia. Después comprobó el arma, la limpió, la llenó de munición y se la guardó en la cintura justo cuando el teléfono sonó.

—Hola Clara —la saludó al reconocer el número.

—Inspector, hemos de vernos. Te espero en la entrada de las viviendas.

Guarionex arrancó el vehículo y lo metió a toda velocidad entre los motoconchos, las guaguas, guagüitas y toda la maldita fauna que ocupaba las carreteras de la zona turística. Que Clara lo llamara sólo podía indicar que había ocurrido algo importante. Tardó apenas diez minutos en llegar frente al casino y ver a su hija de pie en la puerta de las viviendas. Detuvo el coche a su lado y le abrió la puerta.

—¿Qué le ha pasado a la ventana? —preguntó.

—Un pájaro se estrelló contra el cristal.

—¿Por dentro? —preguntó Clara mientras buscaba la cinta del cinturón entre restos de sangre pegados a la puerta.

—Dime lo tuyo —zanjó el inspector.

—Vamos a tu casa.

El inspector dio la vuelta y embocó el vehículo en dirección a su casa. Clara calló y fijó su vista en el parabrisas delantero, pero a diferencia de la del inspector, que también atravesaba el cristal para ubicar el tráfico, la de su hija estaba lejos de aquel Toyota Camry destartado.

Eran casi las diez de la mañana cuando ambos entraron en la casa.

—Queda algo de café colado —le dijo su padre señalando la cafetera.

—¿Aún estás con lo del turista de Macao? —preguntó Clara sin interés por el café.

—Se va resolviendo —mintió su padre.

—Hay algo que quizá te interese. ¿Conoces a Yaneris, todos le dicen Yanis? —su padre negó—. La debes haber visto, baila conmigo en el casino.

—¿Y? —inquirió Guarionex.

—No quiero que te pongas guapo —lo advirtió Clara.

—No le des más mente y escúpelo.

—Sé que te vas a poner guapo...

—¡Clara, sin jodas que ya no somos muchachitos!

—La semana pasada, cuando volvíamos de la habitación de unos clientes que conocimos en la sala —el inspector apretó los puños y cerró los ojos con rabia—, ¿sabía que te pondrías guapo!

Clara guardó silencio. No era sencillo hablar de esas cosas con su padre.

—Sigue, por favor —pidió el inspector tras soltar una bocanada de aire.

—Yanis me dijo que ésa era la última noche.

—Ya... —dijo el inspector poco convencido y sin comprender muy bien a dónde quería ir a parar su hija.

—Sé que siempre decimos lo mismo, pero Yanis lo dijo convencida. Le pregunté por qué estaba tan segura y me dijo que su padre le iba a dejar un paquete de cuartos.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó el Guarionex conteniendo la rabia con poco éxito.

—Inspector, agárrate a la mata, el tipo de Macao era su padre.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo cuando vio las fotos de su padre muerto.

—¿Y por qué diablos no me dijiste nada? —gritó el inspector.

—No quería que te calentaras conmigo. Estuve a punto, de verdad, pero...

Guarionex se levantó de la mesa y dio un par de vueltas a la habitación. Maldita niña y sus vainas. Si hubiera tenido diez años menos la habría azotado con la correa hasta sacarle sangre de las nalgas.

—¿Cuántos?

—¿Cuántos qué?

—Cuántos cuartos iba a dejarle su padre.

—Medio millón de dólares, más de dos millones de pesos —respondió Clara.

—¿Dónde está ahora? —preguntó el inspector.

—Ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—No ha vuelto, por eso tuve que trabajar el jueves.

—¡Coño, Clara, llevo toda la maldita semana cayéndole atrás a esa niña!

Su hija bajó la cabeza.

—Perdón —se excusó—. No sabía. Al principio pensé que se habría aventao por la vergüenza, pero ahora no toma el teléfono y no sabemos nada de ella.

Guarionex suspiró con fuerza.

—Dime todo lo que sepas. Dónde vivía, con quién iba, cuáles eran sus novios, a quién chapeaba —Clara bajó la cabeza—. Por ahí hay hojas limpias, apunta cualquier cosa que se te ocurra.

—¿A dónde vas? —preguntó Clara al ver a su padre dirigirse hacia la puerta.

—A confesarme.

Arrancó el Camry y circuló a todo lo que el motor de la tartana daba sin llegar a explotar. Aquella vaina pasaba de castaño a oscuro y ni siquiera había recibido una llamada de su jefe para quejarse por

su visita a la casa de la mayor proxeneta de la isla, nada, ni señales de humo. Vio la verja del patio de la iglesia abierta y entró. El ruido de las gomas al pisar la grava lo calentó aún más y cuando llamó a la puerta de la parroquia, en lugar de hacerlo con los nudillos, le dio dos manotazos que hicieron temblar toda la estructura de la puerta.

—Inspector, ¿qué pasa, a qué vienen esos golpes? —lo interpeló monseñor De la Cruz con violencia.

—Explíqueme.

—Es usted un hombre difícil, inspector —el tono del obispo era duro—, cada vez que parece que hemos dado un paso adelante juntos, usted se emperrea en dar dos atrás en solitario. ¿Qué quiere que le explique ahora?

—¿Por qué no hay nadie más buscando esas joyas?, yo se lo diré, porque corren el riesgo de que su verdadero dueño se entere que andan perdidas y se las reclame. Dígame, a quién se las robaron, ¿a una pobre viejita a punto de descubrir que todas las baboserías que le habían explicado por años eran mentira?

—No sabe lo que dice.

—No se equivoque, aún sé mucho más de lo que digo, cómo por ejemplo quién es la chica que contactó Martin Walsh y dónde encontrarla —los ojos del obispo se abrieron como dos patenas a punto de ser rellenas de ostias—. Claro que para eso, si no sé de lo otro igual se me olvida.

El obispo se acercó a Guarionex, que sacó la pistola y la martilleó. Los dos hombres se miraron por unos segundos.

—Aquí todos somos hombres —dijo el inspector con la pistola cargada—, así que dejémonos de pendejadas y acabemos con esta vaina de una maldita vez.

Monseñor dio un paso atrás, levantó las manos y se sentó.

—Debe prometerme que jamás repetirá lo que voy a contarle.

—Primero cuente, y luego veremos —dijo Guarionex, que cada vez se arrepentía más de haber confiado en el hermano.

—No tengo demasiados detalles, no crea que la información es algo que fluya en nuestra santa madre Iglesia, pero puedo decirle que esas joyas formaron parte del pago recibido por apoyar a los nazis durante la segunda guerra.

Guarionex hizo un signo de extrañeza. Más allá de alguna película, toda esa vaina de la guerra quedaba muy lejos de Dominicana.

—¿Conoce el holocausto? —preguntó monseñor al asumir el gesto de Guarionex.

—He visto alguna película.

—Pues esas joyas son una parte de las que los nazis les robaron a los judíos antes de hacer pastillas de jabón y botones con ellos.

—Qué hijos de su bendita madre son ustedes. La gente jodiéndose de hambre y ustedes cargados de cuartos y vainas que si las vendieran acabarían con la miseria del mundo en horas.

—Y luego, ¿luego qué? Piensa usted que toda esa gente no volvería la miseria apenas se hubieran reventado lo que fuera que les hubiera caído. Los pobres son pobres porque no saben ser otra cosa —Guarionex torció el gesto—. No me mire así, usted mismo lo ha dicho, aquí ninguno de los dos somos pendejos.

—Por eso Martin Walsh estaba dispuesto a deshacerse de las joyas al precio que fuera y sacar, en un último acto de bondad cristiana, a su hija del lío.

El obispo dio un pequeño respingo que a Guarionex no le pasó inadvertido.

—¿Su hija? —dijo el clérigo.

—Así es, ¿no sabían que tenía una hija? —preguntó el inspector.

—Nuestro hermano, que en paz descansa, decidió dar al César lo que era de Dios y repartirlo entre sus descendientes bastardos. Sabíamos de cuatro de ellos.

—Pedófilo con corazón de padre —dijo Guarionex.

—Pero no sabíamos que aquí también hubiera regado su estirpe.

¿Qué edad tiene su hija? —preguntó el obispo.

Guarionex le puso un par de años más que Clara.

—Veinticinco.

—Es posible que fuera antes de ordenarse —De la Cruz hizo un cálculo rápido.

—Su hija, quizá la primera —razonó Guarionex—. Veinticinco años sin acercarse a ella y de golpe se juega la vida para dejarle un dinero que ni siquiera está seguro que la chiquilla pueda manejar. Estúpido.

El inspector desamartilló la pistola y la guardó en la pretina trasera de sus pantalones.

Se levantó y se dirigió a la puerta.

—Monseñor.

—Dígame.

—Luego, que la gente decida.

De la Cruz lo siguió hasta que se perdió de vista.

—No ha parado de sonar un segundo —le dijo su hija cuando Guarionex entró en su casa—, hasta que se ha quedado si batería. Iba a ponerlo a cargar, pero no hay luz, ¿por qué no tienes luz?

—La luz cuesta. Recuerdas el número.

Clara le dijo algunos números y el inspector reconoció en ellos el teléfono del coronel Feliz. No estaba de humor para escuchar monsergas, ya pasaría por su oficina cuando tuviera un momento.

—¿Ésa es la lista? —Clara asintió y le tendió dos hojas garabateadas.

La chica mantenía su porte a pesar de que el hecho de entregar a su padre la relación de clientes de su amiga equivalía a meter en su imaginación los de ella. Miró a los ojos al inspector y reconoció la tristeza de la decepción, la misma que algunos de aquellos extranjeros sentían al pagar por llevarse un buen recuerdo del trópico. Sex in the Paradise, lo llamaban, y ellas eran las responsables de que cientos de turoperadores del mundo entero llenaran sus aviones para visitar el país. Unos precios asequibles y un buen polvo hacían más por el turismo y la economía que todas las campañas del gobierno juntas, pero aún así no eran pocos los turistas que en el momento clave del pago, después de haber pensado durante toda la noche que ligaban con ellas por sus caras bonitas, se venían abajo y comprendían la línea que habían cruzado, no solo la del adulterio en muchos de los casos, sino la de pagar por sexo. Una decepción que a veces no les cabía en el espacio que ellas habían hecho en sus granos, o huevos, o nueces, o bolas, como cada a turista le gustaba llamar a aquellas dos pelotillas mal diseñadas. La misma decepción que Clara vio en los ojos de su padre al repasar la lista de clientes de Yanis.

—¿Reconoces a alguien? —preguntó su hija.

La lista ocupaba dos páginas, en una había detallado toda la gente con la que trabajaba en el casino, jefes, compañeras, directores de departamentos, una nómina en la que Guarionex leyó hasta treinta nombres; y en la otra los nombres de los turistas con los que habían salido en los últimos días, los de algunos amigos comunes y los de los novios que le conocía a Yanis. Tres en Punta Cana y su marido en el pueblo.

—No hay teléfonos ni direcciones.

—Inspector, no todo el mundo tiene tu memoria y la gente no va recitando números de teléfono por ahí como si fueran bachatas viejas.

Guarionex asintió.

—Sin contar las compañeras del casino, no hay una sola mujer en la lista de conocidos.

—Las amigas son competencia —aclaró Clara.

—Vincent, Charly y Juan Perro —Guarionex leyó los nombres de los novios—, y Yancarlo en su pueblo. ¿Es posible que esté con alguno de ellos?

—Donde Yancarlo no lo creo, odiaba todo lo que tuviera relación con el campito.

—Pero podría haberse refugiado allí si se sentía en peligro —razonó el inspector.

—Cuando hablé con ella el lunes lo que estaba era brava porque en su cabeza ya se había gastado toda la platica del viejo, pero no había peligro. Si está con alguien, ha de ser con alguno de los de aquí.

—¿De dónde son? —preguntó el inspector.

—Dos dominicanos y un español.

—¿Sabes dónde viven? —preguntó Guarionex.

Clara asintió.

—¿Por qué le llama Juan Perro al español?

—Yanis me dijo que como más le gustaba chicharla era haciendo el perro —rió Clara.

El inspector la miró serio. No recordaba haber estado tan cerca de ella en años y si quería mantener la cercanía, el camino pasaba por tragarse la forma en que se ganaba la vida. Un maco tamaño XXL.

Decidieron comenzar por el primero de los novios. Clara sabía dónde trabajaba el muchacho por los comentarios de Yanis, aunque nunca lo había visto en persona. La joven lo guió por las calles de Verón hasta que, con la ayuda de algunos vecinos, llegaron al lugar. Su trabajo se encontraba en un pequeño descampado, junto a la obra sin terminar de unos edificios de habitaciones. Allí se levantaba un contenedor de transporte marítimo anclado a pie de carretera sobre cuatro bloques de cemento. La caja de metal estaba pintada con colores estridentes en un intento baldío por disimular el óxido acumulado tras mil travesías. Colores que separaban los dos negocios instalados en su interior, un puesto de jugos y empanadas pintado en rojos, amarillos y azules luminosos a un lado, y una casa de cambio que anunciaba sus bondades con sacas de dinero pintadas sobre un fondo verde al otro.

—Ahí trabaja Charly. Cambia y hace algún delivery —señaló Clara hacia la casa de cambio.

Guarionex aparcó el vehículo y saltó a fuera. Subió los tres escalones hasta la base del contenedor y empujó la puerta de barrotes que protegía un cubo metálico de ocho metros cúbicos, poco más de dos por lado, refrigerado por un aparato de aire acondicionado que rivalizaba en bulla con la música que escupía un altavoz conectado a un teléfono móvil. Apenas a un metro de la puerta se topó con un mostrador protegido por un cristal sucio bajo la mirada fría de cinco cámaras, una en cada esquina y la última encima de un moreno con la cabeza llena de rastas. El inspector imaginó la vista de pájaro de la cámara sobre el pelo del tipo y una burbuja de ácido le explotó en la boca del estómago.

—¿Eres Charly? —le preguntó al empleado.

—Así me dicen.

—Busco a tu novia.

—¿A cuál de ellas? —rió el moreno. Guarionex le siguió la broma.

—A la flaquita del casino, a la que le dicen Yanis. ¿La has visto?

—¿Y para qué quiere un viejito como tú saber dónde está la flaca?

—Porque tengo un regalito para ella y no sé si dárselo en persona o metértelo a ti en el culo, ¿qué te parece? —lo advirtió

Guarionex mostrando la cache del arma.

Charly levantó las manos y la sonrisa se le congeló en la cara.

—Nítido como un papelito de música, comando. No he visto a Yanis desde hace por lo menos dos semanas. Vino a por un poco de lo suyo, no traía dinero y no quería, ya sabe...

—¿Y?

—Como no le fie, se fue.

Guarionex se bajó el faldón de la camisa y se acercó a las ranuras que permitían la comunicación a través del cristal.

—Más te vale que me hayas dicho la verdad o la próxima vez que me veas será detrás de un cristal mucho más grueso que éste.

El moreno se echó para atrás en la silla y le juró que le había dicho la verdad. El inspector le apuntó su número en un trozo de papel y se lo tiró por la ranura. Le advirtió de que lo llamara si se enteraba de algo y salió.

—Vamos a por el Vincent.

Clara miró a su padre. El tal Vincent trabajaba en el hotel Key Paradise como jefe de bares. Guarionex conocía el hotel y al director de seguridad. Se plantó en la puerta y lo hizo llamar. Giovanni Reyes, comandante del ejército en la reserva y ancho como una mata de mango, lo saludó con afecto en cuanto lo vio y lo acompañó hasta su oficina.

Su hija le había dado el nombre, el puesto y una descripción del tipo, por lo que en menos de una hora entraba acompañado por un par de guardias en el despacho del director de seguridad.

—Siéntese —le mandó el comandante Reyes.

El hombre los miró con terror contenido.

De allí sólo se salía cancelado o esposado.

Guarionex lo observó y casi sintió lástima mientras el pobre diablo preparaba mil excusas para todas las causas por las que preveía que podía estar allí. Vio como le temblaron las piernas al sentarse en la silla de plástico que le habían colocado en el medio del despacho y no pudo evitar una sonrisa.

—Le presento a un buen amigo mío, el inspector Guarionex, de la policía. Quiere hacerle unas preguntas y le sugiero que responda con precisión.

Vincent resopló. No debía haberse metido nunca en eso, se lo había dicho a aquellos tipos mil veces, pero de a dólar por propina no iba a salir de trabajar en la vida y por cada bolsa que pasaba por el mostrador le caían diez mil pesos que ya le habían dado para construir una casa para su madre y un local para alquilar al lado. Miró al inspector y al jefe de seguridad y los ojos se le aguaron.

Guarionex olió el miedo.

—Tíguere, mírame. ¡Mírame tolete! —el inspector llamó su atención.

El comandante se levantó de la silla y se acercó al empleado.

—¡Mira al inspector cuando te hable! —le gritó a un palmo de su oreja.

El joven levantó la cabeza y enfrentó la mirada del policía.

—Estoy buscando a Yanis.

El chico movió la cabeza sin comprender demasiado la situación. ¿Qué tenía que ver Yanis en todo aquello?

—¿Yanis?

El jefe de seguridad se acercó a su mesa y le dio un golpe con la mano abierta que tumbó el monitor e hizo saltar por los aires todo lo que había a su alrededor.

—¿Tú no tienes un cuerito que se llama Yanis? —el tipo asintió — ¡Pues dile al inspector dónde diablos encontrarla!

—No sé nada de ella —dijo con un hilo de voz.

—¿No sabes nada de tu cuerito? —preguntó el inspector.

—Pelemos y me dejó. ¡Es la verdad!

—¿Cuánto hace?

—Dos semanas —reconoció Vincent.

—¿Te pilló con otra? —preguntó más tranquilo el comandante.

—No, y ella no es un cuerito, es un cuerazo —masculló con más tristeza que rabia.

Guarionex lo miró y un punto de misericordia se apuntó a favor del pobre desgraciado.

—Gracias, mi comandante, ahí se lo dejo para que le saque por qué tenía tanto miedo.

El director de seguridad abrazó al inspector y lo acompañó hasta la puerta. Guarionex escuchó los gritos y los golpes hasta que cerró

la puerta de su coche y Clara, incapaz de descifrar las carcajadas de su padre, le preguntó cómo había ido.

—Sólo nos falta el español —le dijo ya fuera del hotel.

—De ése sí no sé. Yanis siempre lo mantuvo en secreto. Decía que iba a casarse con ella y que le iba a sacar los papeles para irse a España. Ya sabes...

—Los mirlos no se comparten —acabó la frase Guarionex.

—Así es inspector —reconoció su hija—, y menos los blancos.

Guarionex asintió y recordó las llamadas de su jefe. Nada podían hacer hasta que sacaran alguna pista de ese último novio de la chica.

—Clara, he de ir la base. Ten mucho cuidado, aquí se juegan cuartos de verdad. Si averiguas algo del español me llamas pero no hagas nada, ¿de acuerdo?

Clara asintió y su padre la acercó hasta la puerta del casino. Después se dirigió a la estación de policía. Sabía que apenas llegara tendría que aguantar la vaciada del coronel, pero no tenía más remedio.

—¡Inspector, benditos los ojos! —le gritó el coronel Feliz apoyado en la barandilla del segundo piso apenas lo vio poner un pie en el destacamento.

Guarionex lo miró y subió las escaleras con rapidez.

—Mi coronel —lo saludó.

—Inspector, le he llamado un millón de veces y le recuerdo que aún soy su mando en esta vaina. La no atención de mis llamados supone una falta grave descrita en algún maldito artículo del código interno.

Guarionex abrió la puerta de su despacho, dejó pasar al coronel y conectó su teléfono a la corriente.

—Lo lamento, mi coronel. El teléfono se me descargó.

—No me venga con cherkas de menores, inspector, que ya tenemos los granos negros.

Guarionex asintió. El coronel Feliz tenía toda la razón, así que lo único que podía hacer era aguantar el boche.

—No se repetirá —se excusó.

—Inspector, tengo entendido que ha seguido haciendo averiguaciones sobre el caso del obispo americano —Guarionex

asintió—, ¿y quién le ha ordenado que lo hiciera? El caso está cerrado, el obispo se murió de un infarto y su cuerpo ya ha sido repatriado a los Estados Unidos con el visto bueno de la Iglesia. ¡No hay caso!, ¿comprende? Me jode, Guarionex, me jode, cuando le ordeno algo he de caerle atrás para que se mueva y cuando puede ir a rascarse los granos debajo de una mata de coco, se pone a huevonear calentando a todo el mundo. ¿Pero no tiene cabeza, hombre, he de explicarle a estas alturas de la partida como se mueven las fichas?

—Mi coronel, no he seguido con el caso —se excusó Guarionex.

—¿No, y cómo explica que me haya llamado directamente el procurador de Higüey para preguntarme por qué uno de mis guardias se había presentado en la casa de una respetada empresaria y le había dado una golpiza a sus empleados?

Guarionex suspiró.

—No es una empresaria, es una cacata.

—¡Como si es la mismísima reencarnación de Trujillo!

Guarionex acercó una silla al coronel y cerró la puerta. Si el boche era para todo el mundo supiera que el jefe había hecho su trabajo, ya estaba buena la vaina. Sacó la suya de detrás del escritorio y se sentó a medio metro del máximo responsable de la policía en la zona más próspera del Caribe. Después comenzó a explicarle toda la historia desde que supo de la existencia de la hija del muerto.

Feliz lo escuchaba con atención y según qué partes le detallaba, asentía con aspecto de estar al corriente, en especial todas las que habían sucedido en comunión con el obispo De la Cruz. Era evidente que ambos hombres estaban en contacto, lo cual no descartaba ninguna hipótesis pero clarificaba que el obispo, por lo menos, no se había guardado las cosas. Así, el coronel Feliz sabía de la paliza y de la visita a casa de la italiana para encontrar al tipo que se la dio. Ése fue uno de los pocos momentos que el coronel interrumpió al inspector y le hizo ver la estupidez de su actuación y el perjuicio que le suponía a la carrera de ambos el andar fuñendo a la gente equivocada.

—Para que llore mi mamá, inspector, que llore la suya —le advirtió el coronel antes de dejarle claro que si volvía a recibir una

queja de sus superiores no le temblaría la mano para apartarlo de su jurisdicción.

Guarionex se tragó el maco y siguió con el relato. Le explicó el origen de la herencia que Martin Walsh le iba a dejar a su hija, el negocio frustrado con el panameño y la visita a dos de los novios de chica desaparecida, aunque obvió cualquier referencia a Clara.

—Así que, mi coronel, tal como yo lo veo, el caso estará cerrado cuando encontremos a la muchacha. Si es sobre sus dos paticas, mejor, pero me temo que será en un cañaveral.

—Inspector, no hay caso. Si está guapo porque un moreno lo ripió, cáigale atrás con un par de hombres y denle hasta que le salgan las tripas por la bamba, pero no joda más a los jefes indios, ¿me comprende? —Guarionex asintió—. Con respecto a la chica, deme los datos y vamos a ver si alguno de los guardias da con ella.

—La cacata no es un jefe indio.

—¡Pero usted no escucha lo que le acabo de ordenar! ¿Tan bruto es usted? Se lo volveré a explicar a ver si esta vez tengo más suerte. Si se acerca de nuevo a la casa, al local, al vehículo, o a dónde sea que vaya la maldita italiana esa, le voy a meter un fuetaso del que no levantará cabeza mientras yo sea coronel.

Guarionex miró al coronel, que le aguantó la mirada hasta que alcanzó la puerta.

—¡Y cargue el maldito teléfono! —le ordenó.

El inspector recibió el portazo de pie, en posición casi de firmes, y luego se dejó caer en su silla. ¿Por qué no podía hacer caso al coronel y dejarlo estar? Vivía muy bien antes de todo ese embrollo, echaba de menos su potecito de romo en la noche, llevaba el bolsillo vacío por descuido y hacía un par de días que ni siquiera había pasado por donde Rafael para comer caliente. La cuenta le desató un hambre que le atenazó la bamba y se cagó en el obispo pedófilo y en toda su santísima iglesia. Miró el teléfono, que ya había cargado por encima del treinta por ciento, lo desenchufó y salió a comerse un pescado frito con patacones aunque tuviera que pagarlo él.

Apenas encendió el aparato, comenzaron a sonar los avisos de las llamadas perdidas del coronel. Habían dos más de monseñor y una de un número que no reconoció, ninguna de Clara. Circuló

tranquilo hasta el comedor de Rafael y entró. Faltaba más de media hora para las doce y todas las mesas estaban vacías. El propio Rafael andaba echando cubiertos envueltos en servilletas de papel al frente de cada silla mientras Lucy pasaba un paño por la superficie de las mesas.

—Inspector, pensaba que nos había sacado el pie —lo saludó Rafael.

—He andado fajao estos días. ¿Ya está la cocina abierta?

—Siempre, ¿qué quiere? —le preguntó Rafael sin levantar la cabeza de hacer su labor.

El inspector pidió una colirrubia con patacones y se sentó en una mesa de las que Rafael y Lucy habían preparado. Le echó un vistazo a la doña, en otros tiempos remotos hubo de ser bien linda. Ahora andaba resoplando con los tobillos hinchados y cuarenta libras de más repartidas por todo el cuerpo. Guarionex sabía que Rafael se la chichaba. Mal trabajo, pensó, todo el día caminando arriba y abajo por un plato de comida y una yuca vieja...

La visión del pescado frito lo sacó de sus pensamientos y le metió cuchillo. Estaba caliente y la textura suave de la carne lo devolvió a una realidad que casi tenía olvidada. Lucy le dejó una Presidente de las grandes y siguió dándole trapo a todo lo que Rafael le señalaba con precisos movimientos de barbilla.

Cuando dejó el plato como su cuenta en el banco, comenzaron a entrar los primeros clientes. Casi todos eran representantes de turoperadores, vendedores que tras una sonrisa y una ayudita a los turistas les colocaban hasta a su madre si alguien la pedía. Ellos eran el termómetro real de la vaina, si salían a almorzar a los comedores como el de Rafael, o cualquiera de los muchos repartidos por la zona, significaba que la cosa iba bien, había venta y dólares de propina. Cuando no se les veía andar por ahí, jodido. Guarionex saludó a un par de ellos, que le devolvieron la atención.

En pocos minutos el restaurante se activó y las diez mesas se llenaron de empleados uniformados. Punta Cana era un lugar extraño, un pequeño país dentro de otro que a su vez estaba metido en una isla. El último rizo de la espiral, la punta del taladro que sacaba los dineros de la olla, un lugar en el que todos, incluidos los dominicanos, eran extranjeros. Nadie era de allí, aún faltaban años,

décadas quizá, para que los venidos de fuera vieran en aquella punta de tierra algo más que un lugar donde gastar en vacaciones o llenarse de dólares americanos. Los turistas llegaban por unos días, los extranjeros que venían a trabajar lo hacían por unos pocos años, y ellos, los dominicanos, hasta que en sus bolsillos hubieran cheles suficientes para volver al campito y acabar los días allí tranquilos.

¿A qué maldito campito iba a volver él?

—Apúntamelo —le pidió a Rafael, que sonrió con la tristeza del que sabe.

Guarionex subió al coche y marcó al número desconocido.

Le sorprendió encontrarse con la voz del moreno de la casa de cambio. No esperaba una llamada suya, pero el chico le dijo que tenía algo que contarle sobre Yanis, si bien no quería hacerlo por el celular. Guarionex recordó las cámaras de la casa de cambio y arrancó para Verón. La aguja de la gasolina marcaba poco menos de la mitad del tanque, por lo que todavía no debía preocuparse.

Tardó casi una hora y media en cruzar Bávaro y recorrer la carretera de Verón por culpa de un camión que había aplastado a un motoconcho armando un tapón del diablo. Cuando llegó frente al contenedor, golpeó la puerta de hierro y el tal Charly salió ataviado con unas bermudas y unas chanclas gastadas.

—¿Qué es de lo tuyo? —preguntó el inspector fuera del contenedor.

—Es por lo de Yanis —respondió Charly—, se iba a casar con un español, por eso no quiso venir más donde mí.

—Eso ya lo sé, ¿me has hecho venir por una vaina de cuernos? —respondió molesto el inspector.

—¿Y sabe que el español fuma weed? —las rastas del muchacho se agitaron en una sonrisa de venganza que por unos minutos lo subió a la posición más alta del podio.

—Dime todo.

Conversaron por más de media hora y Guarionex le dio las gracias. Por último se acercó al coche y sacó una tarjeta de la policía con su nombre. La firmó y se la entregó.

—Si alguna vez te emboyan, muéstrala y que me busquen —le dijo.

Esperó a que el chico se metiera de nuevo en su caja de muertos metálica y llamó a Clara.

—¿Has averiguado algo del tipo? —preguntó a su hija.

—...

—¿Puedes librar esta noche?

—...

—Te recojo a las diez.

Arrancó la chatarra y dio la vuelta por la carretera de Hospitén en dirección al aeropuerto. No tenía ningunas ganas de pasarse cuarenta minutos en un tapón por un tipo al que habían hecho mangú debajo de las ruedas de una patana.

—Monseñor —lo saludó después de marcar su número—, ¿todavía anda por la zona?

—...

—Comprendo. Le recojo esta noche a las diez menos cuarto.

Aún le faltaban un par de visitas más antes de encontrarse con el obispo y con su hija, pero primero pasó por su casa para vaciar la pipa, echarse un rato y cambiarse de ropa. A las siete en punto salió a la calle. Lo que más le jodía era la picadera de mosquitos que le esperaba pero quien quería moños no tenía más remedio que aguantar jalones. Se acordó de la expresión que usaban los españoles mientras aparcaba al lado de una mata de uva de playa, algo como que para coger peces había que mojarse el culo, y en efecto ése iba a ser el resultado. Paró el carro, se quitó los zapatos y bajó. La arena fría de la playa le activó cada sensor de las plantas de sus pies mientras caminaba hacia un grupo de pescadores que arreglaban sus aparejos a la luz de una linterna colgada de una palmera. Como imaginaba, reconoció a algunos de ellos por sus actividades complementarias a la pesca. Vio al que llamaban Bembú emparejando la red, a Nelson, y al viejo Yuniór, al que todos conocían por Cacopelao, y que era uno de los capitanes más expertos en navegación nocturna.

—Bembú —lo llamó.

—Jefe —lo saludó sin dejar de doblar la red sobre la proa de la chanchi.

De los tres, Bembú era el más cercano. Recordaba la mañana que lo vio entrar en la estación con los pies llenos de arena, las

ropas mojadas y aquellos dos labios gigantescos que le daban nombre apretados como si no quisiera que se le escapara el aire. Habían capturado a su hijo con una funda de hierba en una batida nocturna. Se presentó ante él con todo lo que tenía: las manos agrietadas de tirar de las nansas y un par de chancletas que sólo se ponía para andar en tierra firme. Guarionex rememoró sus palabras, “me han dicho que uté é un hombre bueno”, y con aquello lo desmontó. No era cierto, por supuesto, pero a quién no le brillaba la oreja ante una frase así.

—¿Y cómo va la cosa, hombre? —lo saludó el inspector.

En otros tiempos, los únicos pobladores de aquella costa eran los mosquitos y ellos. Ahora no tenían espacio ni para dejar sus bártulos en una playa propiedad de los hoteles, los buhoneros, los vendedores de excursiones, los deliverys, los proxenetas, los agentes inmobiliarios, los buitres de los clubs de vacaciones, los dueños de los botes de paseo y las estrellas de la fiesta, los turistas.

—Tá buena, gracias a Dios —respondió una boca enmarañada en una sonrisa.

El resto de la cuadrilla se giró hacia el inspector, y Bembú los tranquilizó con un movimiento de su mano que no pasó inadvertido a Guarionex.

—¿Y la familia?

—Al pie del coco —respondió Bembú.

—Me alegro, Bembú, me alegro. Papá, he venido a verlo porque necesito una ayudita...

El hombre soltó la ristra de red y se acercó al inspector. Lo escuchó con atención y asintió al final.

—Deme un minuto —le dijo el hombre, y desapareció más allá del haz de la lámpara.

El inspector observó al grupo aparejar sus cuatro vainas en el casco de una chanchi que tendría más años que las carabelas de Colón y con la que eran capaces de ir y volver de Puerto Rico y cruzar el canal de la Mona sin dar de comer carne negra a los tiburones. Los imaginó toda la noche tendidos sobre aquel mascarón de ocho metros metiendo y sacando cabos del mar, maldiciendo cada nansa vacía o cada rotura de las redes contra el fondo para regresar en la mañana con cuatro libras de pescados

que no daban ni para una muela. ¿Cómo no iban a hacer trabajos extras si en una sola noche podían ganar el equivalente a tres meses de sacar pescados?

Siempre había alguien más jodido que uno.

—E'te e' Palito —le dijo Bembú tras aparecer de la nada junto a otro hombre vestido con una camiseta ratonada y unos pantalones recortados a la altura de las rodillas—. Él le da la bola.

Guarionex observó a los dos hombres. El tal Palito era más bajo y algo más gordo que Bembú, pero a ambos parecía haberlos cortados el mismo cincel marino.

—Buenas noches, Palito —lo saludó Guarionex—, ¿por qué le dicen así?

Bembú miró al hombre y ambos se rieron.

—No hay secretos en la mar —respondió.

Guarionex sonrió también. Aquellos marinos eran el maldito diablo.

—¿Bembú le ha explicado?

—Sí señor. Tengo mi chanchi allá abajo —respondió Palito aún con media sonrisa colgando de la boca.

El inspector se acercó a Bembú y le dio la mano.

—¿Gasolina? —preguntó a Palito.

—Dos galones full —respondió el hombre.

Subió a bordo de la barca y tiró del cabo para encender el motor. El mar apagó la estridencia de la hélice y la transformó en un ronroneo suave que los impulsó en la oscuridad entre pequeños espumarajos blancos. Poco a poco, la chanchi se fue separando de la playa de Cabeza de Toro y Palito capitaneó en busca de la pasa para salir del arrecife.

—Por fuera iremos más deprisa —le dijo Palito, al mando del Yamaha 60 pegado del espejo de popa.

Toda la costa, desde Punta Cana hasta Uvero Alto, estaba franqueada por una pared de arrecife que los salvaguardaba de la mala mar, llenaba las playas de arena blanca y hacía del Atlántico una piscina casi caribeña para solaz de la industria turística. Sin embargo, la única forma de salir a mar abierto era pasando por encima de aquella barrera, algo que para un marino inexperto podía

significar abrir una vía del tamaño del metro de Santo Domingo en el casco de la embarcación.

Guarionex calculó que tardarían unos cuarenta minutos en llegar e intentó tranquilizar su mente con la vista en la costa. Palito esquivó un par de delfinarios frente a Cabeza de Toro y el inspector observó las luces de los hoteles que perlaban la playa. Sin contar la laguna frente a la que doblarían después del faro, no quedaba un palmo de arena libre desde Juanillo a Macao. Cuarenta kilómetros de construcciones de y para extranjeros. Hoteles, apartamentos y villas de lujo enfocados a un mar que no valía un chele treinta años atrás y en el que ahora se lavaban millones de dólares procedentes de cualquier rincón del mundo. La barca dobló por cabo Engaño y la luz de su faro los saludó con intermitente parsimonia. Comenzaba la única zona sin edificaciones, una laguna cenagosa pegada a la costa que los mantendría en la oscuridad más absoluta por veinte minutos.

La barca se levantaba de proa al romper y las salpicaduras calaban al inspector bajo la mirada de Palito, que lo observaba sentado sobre el marco del espejo. El vacío de la laguna se fue acabando y el litoral comenzó a picarse de pequeñas lámparas amarillentas. Al lado de babor aparecieron las luces de un par de hoteles y tras ellos los destellos de las villas de lujo del residencial.

—Ahora ha de decirme —lo avisó el pescador.

—Ves entrando —le dijo el inspector.

El marino buscó las referencias en la costa y saltó el escollo del arrecife dándole con el powertrim al motor y enclochando la propela. Las olas que rompían contra la barrera submarina empujaban a la barca en un palmo de agua por encima de las puntas del arrecife. Palito metía la barra del motor de a chin, desenclochaba, daba un golpecito de gas y la sacaba. La chanchi avanzaba unos metros y cuando la inercia la detenía, repetía el movimiento. Lo hizo tres veces antes de bajar el motor y dar gas full para enfilear hacia la costa.

Guarionex comenzó a identificar algunas de las construcciones.

—Tres villas más —le dijo al pescador.

Palito soltó el puño y la barca se detuvo como si hubiera tirado el ancla.

—Verás una caseta de seguridad que siempre está vacía. Mete la chanchi allí y me esperas.

La barca siguió en su petardeo minúsculo que se tragaba el mar hasta que los ojos de Palito vieron la caseta de madera anticipada por el inspector. Embocó la proa a la playa y aguantó la barca.

—Dele —le dijo al inspector.

Guarionex se subió a la baranda y saltó al agua. Tanta vaina de seguridad para proteger las casas de todos aquellos ricachones y cualquiera podía llegar en chanchi hasta la puerta de sus playas privadas.

El agua le daba por rodillas. Sentía la pasta arenosa ajustándose a la moldura de sus pies. Corrió a la playa, se agachó y permaneció unos segundos pegado a la caseta de seguridad. Palito apagó el motor y la oscuridad se tragó a los tres, a la barca, al pescador y al propio Guarionex.

Esperó un instante y dejó la protección de la caseta para caminar hacia la casa de la italiana.

Si Charly había cumplido con lo suyo, y tenía motivos para pensar que así era, a las siete habría llamado al español al número que Guarionex le había dado. Las instrucciones eran sencillas, Charly tenía que identificarse como el novio de Yanis y decirle que estaba al corriente de la transacción. El propio inspector le había dado cuatro datos para que el tipo mordiera el anzuelo.

Estaba convencido de que a la pobre Yanis ya le habían dado carpeta porque la desgraciada no sabía nada, ni del dinero ni del paradero de las joyas, lo que la convertía en anyusful, como decían los gringos. También había sido mala suerte que al mamagüevo de su padre le hubiera dado por morir antes de resolver condenando a la chiquilla. Guarionex sabía que habrían intentado sacarle lo que pudieran y que al ver que no sabía nada, la única salida era quitarla de en medio. Quizá tardarían en descubrir el cuerpo pero Guarionex estaba convencido de que en cualquier momento aparecería en un hoyo o durante la zafra de la caña.

Le había dado muchas vueltas a la paliza que le había metido el moreno. No tenía sentido, si siquiera un tíguere con cuentas pendientes con él se habría atrevido a darle tan duro. Si no hubiera sido por el cura, a esas horas andaría en el infierno de la mano del

baboso del otro obispo. La explicación al ensañamiento sólo podía ser una, la chica. No era a él a quien querían, sino a Yanis, y antes de que Guarionex se la pudiera llevar, sencillamente habían pasado a la acción.

Caminó encorvado frente a una villa en la que una pareja cenaba en la terraza envuelta en velas y sirvientes. La pasó a gatas para no ser visto y cruzó dos mansiones más cerradas a cal y canto. A pocos metros de la segunda, reconoció la villa de Ángela Cortese. Su mente le devolvió la imagen nítida de la sala, de la piscina, del jardín y de la playa. Contó las palmeras y reconoció la fisonomía de la construcción. Entró por el lateral contrario a la piscina y se acercó a la casa. Las cortinas de la cristalera estaban corridas pero la delgadez de la tela y el exceso de iluminación interior dejaban entrever perfectamente lo que ocurría dentro de la casa. Guarionex se tumbó y reptó hasta alcanzar una de las lajas abiertas cubiertas por una mosquitera. Echó un vistazo y vio la silueta de un hombre grande junto a la puerta. La cacata estaba en casa. Si no había fallado en sus cálculos, eran cerca de las nueve de la noche. Esperó unos segundos y escuchó el batir de una puerta en la planta superior. Después oyó el taconeo de unos zapatos bajando la escalera y reconoció las formas asquerosas de la proxeneta. Instintivamente echó la mano a la espalda y se aseguró de la presencia del arma. Vio a la tipa caminar por la sala hasta dejarse caer sobre un sillón a poco menos de dos metros del inspector, que se revolvió asqueado al olfatear el perfume de la italiana. Uno de los últimos olores que alcanzaría a recordar si aquella malparida lo encontraba allí. Contuvo la respiración. La observó con cuidado de no levantar un centímetro de más su cabeza consciente de que un descuido acabaría con su cuerpo troceado una milla mar adentro. La cacata vestía aquellos pantalones que la hacían ver como si se hubiera atado un mantel a la cintura y una blusa que contenía toda la grasa acumulada en aquellas carnes envejecidas. Guarionex pensó que desde allí podía volarle la cabeza sin que nadie supiera ni siquiera desde dónde había venido la bala.

Intentó apartar de su cabeza esa la posibilidad y concentró toda su atención en escuchar cualquier sonido que viniera de la casa.

No tardó en verse recompensado cuando oyó el ruido del motor de un coche. Bajó la cabeza y reculó hasta acomodarse bajo la fila de coralillos que se abría junto a la casa. Escuchó como se detenía el motor y el golpe seco al cerrarse una puerta. Aguantó unos segundos más y oyó entrar a alguien en la casa. Permaneció tumbado en el suelo hasta que estuvo seguro de que a la italiana no le daría por mostrar la piscina o la terraza al visitante y reptó hasta su posición anterior, a los pies de la mosquitera.

Ambos, la italiana y su huésped, se habían sentado en el mismo juego de sillones que había ocupado la dueña de la casa unos minutos atrás. Vio como un tipo se acercaba con unas bebidas y escuchó el ruido de los vasos al ser depositados sobre la superficie abrigada de la mesa de centro.

—Así pues, ¿qué te ha dicho el muchacho? —preguntó Ángela.

El visitante se había sentado de espaldas a Guarionex, aunque la voz y el olor del tabaco no le dejaron lugar a dudas sobre su identidad.

—Qué Yanis le había dicho dónde estaban las joyas y que si cumplíamos el trato con él, nos las daría —dijo con un fuerte acento español.

—Imposible, ella no sabía.

—Era muy puta, quizá se lo dijo mientras follaba o quizá el tipo le leía los mensajes del móvil.

—¿Ma tú conoces al muchacho?

—Sí, lo vi una vez.

—¡Ah! —escupió la italiana acompañando su interjección con un movimiento de manos como si le reclamara a Dios una compensación divina por haberla hecho tan horrible.

—Manda a unos de los tuyos —le dijo el español.

—Has de ir tú. No aparecerá si no te ve.

El hombre dio una calada al cigarrillo y acercó la cabeza a la abertura de la cristalera para escupir el humo.

—¡Coño, coño, coño! ¡Ahí hay alguien! —gritó el español.

Guarionex rodó hacia su izquierda y se tiró al jardín. En un segundo, todas las luces de la casa se encendieron y el motor de la cristalera comenzó a tirar de los vidrios para abrir el paso a la terraza. El inspector echó un vistazo mientras corría como un

poseo hacia el mar. Las luces de la piscina chasquearon y sumieron a toda la zona embaldosada en una luz de mediodía. Sintió la arena de la playa hundirse bajo sus pies hasta que llegó al agua. Detrás se encendieron más lámparas, ahora las dispuestas entre las palmeras dejando la playa como el escenario de un concierto chill out. Guarionex metió la cabeza debajo del agua y buceó hacia el fondo todo lo que le permitieron sus pulmones. Cuando no pudo más, sacó la cabeza para tomar aire y vio varias luces enfocadas sobre él y a media docena de tipos armados corriendo en su dirección.

Lo tenían localizado, sus propias huellas en la arena lo habían delatado.

Escuchó un par de disparos y metió la cabeza de nuevo bajo el agua sobre la que corrían haces de luz orientados hacia su posición.

Buceó hasta que la falta de aire y el esfuerzo lo obligaron a sacar la cabeza para recuperar oxígeno.

—¡Allí! —gritó uno de los guardias enfocando la linterna sobre él.

Apenas se había apartado quince o veinte metros de la playa. Las olas lo devolvían contra la arena y el avance por debajo del agua era ridículamente lento. Levantó la cabeza y comenzó a nadar con furia.

Estaban entrando en el agua.

—¡Mátalo! —escuchaba la voz histérica de la italiana— ¡Acáballo! Y a las balas silbando al ritmo de sus gritos.

Había contado seis hombres.

No podía dispararles a todos.

Dio un par de brazadas debajo del agua y salió a un par de metros hacia el otro lado.

—¡Ahí! —lo descubrió otro de los guardias.

Una ráfaga de disparos troqueló el mar a pocos centímetros de su cabeza.

Nadó con todas sus fuerzas. Por lo menos, el que quisiera agarrarlo debería seguirlo mar a dentro detrás suyo.

Sentía la respiración agitada, el corazón a punto de reventar. Si en algo no había sido bueno en su vida era en los deportes de resistencia. Se veía chapoteando, golpeando el agua con furia pero

sin ningún tipo de técnica, lo que lo agotaba en un infructuoso avance.

La voz de Ángela acuchillaba la playa y los guardias disparaban en dirección a la espuma que levantaban sus chapoteos.

—¡Ya lo tienes! —escuchó gritar al español y se giró.

A pocos metros vio la estela blanca de un nadador. ¡Maldita sea, el único negro de la isla que sabía nadar andaba detrás suyo!

Guarionex enfureció la brazada y nadó hacia el fondo. Estaba a unos cuarenta metros de la playa. No resistiría un segundo. El guardia lo ahogaría en menos de lo que tardaría en matarlo de un disparo. Sólo tenía una opción. Guarionex se detuvo y se aguantó en el agua pataleando. Echó mano a la cintura y fue a sacar el arma. Buscó detrás, a los lados.

¡Maldición!

¡Maldición!

¡Maldición!

La maldita pistola se le había caído en la huida.

Estaba perdido.

Vio, por encima de su perseguidor, como el resto de hombres también se habían metido al mar detrás de ellos y comprendió que quizá pudiera con uno, pero que sin su pistola era imposible someter al resto.

Decidió aguantar pataleando hasta que llegara el primero. Por lo menos a ése se lo llevaría con él, palabra.

Las brazadas del guardia lo acercaban como a un caimán tras un chivo caído en desgracia. Tomó aire, había leído que la muerte por ahogo era terrible al principio y placentera en los últimos momentos. Esperó al tipo flotando en el agua, las manos arriba y la boca abierta. El guardia lo vio también y supo que lo esperaba para pelear. Braceó un par de veces más y se situó a poco menos de un metro del inspector. Guarionex lo vio echar mano a algo bajo el agua y se preparó. Mejor un tiro que ahogado, pensó a una distancia tan insuficiente para huir como para atacar al moreno. Un haz de luz barrió el mar por encima de ellos y Guarionex vio lo que blandía el tipo en la mano, el filo metálico de un cuchillo.

Esperó con la musculatura tensa para recibir el primer envite. Estaba seguro de que lo iba a cortar, pero a la que el tipo se pusiera

a la distancia, lo agarraría y se irían juntos para abajo.

El moreno braceó un poco más y tiró el primero. Guarionex lo esquivó.

—¡Dale! —escuchó un grito detrás de ellos.

Se vino el segundo y esta vez alcanzó el brazo del inspector que sintió abrirse la carne y llenársele de agua salada. Retiró el brazo y nadó desesperado hacia atrás.

El moreno dejó de patalear y se lanzó a por el inspector.

Ése fue su error.

Ni siquiera lo vio venir.

Sólo lo sintió cuando la quilla de la lancha de Palito le partió la espalda y la hélice lo convirtió en carpaccio como el que preparaban los chefs de los resorts. Después giró la barca para entrometerla entre los perseguidores y el inspector y soltó el motor para tirar de él hasta meterlo dentro de la chanchi. De un brinco volvió al espejo, agarró el puño del acelerador y salió con todo lo que los sesenta caballos del Yamaha le dieron. Guarionex sentía los golpes contra el fondo de la quilla y las dos tablas que hacían de banco. Palito cabeceaba las olas en dirección al arrecife dejando atrás los haces de las linternas. Capitaneaba agachado, protegido tras el espejo de popa como le habían enseñado los viejos que hacían la ruta de Puerto Rico. Había sentido un par de disparos impactar contra la tabla de babor, pero desde la distancia a la que le habían dado los tiros, y más de pistolas, estaba convencido que las balas aún estarían pegadas entre las capas de fibra y madera o incluso que habrían rebotado y caído al mar.

Tiró la barca paralela al arrecife sin tocar una sola punta de la barrera hasta que se supo lejos del peligro. Después la hizo pasar por encima con pequeños golpes de motor y la dejó zozobrar para asistir al inspector.

Guarionex se había incorporado aprovechando la pausa para cruzar el arrecife. Sangraba profusamente y el dolor del corte lo sentía palpar en cada nervio que cruzaba su brazo izquierdo. Palito se quitó su camiseta y con la ayuda de un destornillador le ató un torniquete debajo del hombro. Se sentó de nuevo al mando del motor y enfiló hacia Cabeza de Toro. Si llegaban, alguien lo

ayudaría, sino, el único que sabía que andaban por allí era el Bembú.

—Se me cayó la pistola —se excusó Guarionex, que se volvió a recostar en el banco.

—Ya estamos por la laguna —respondió Palito en la negritud más absoluta—. No se duerma.

Guarionex levantó el brazo y cuando abrió los ojos estaba tumbado en la parte trasera de una camioneta. Un hombre lo cosía como si su brazo fuera el roto de una red mientras otro, a su lado, le daba luz con la ayuda de un teléfono móvil y conversaba animado con el sastre sobre la habilidad de los puntos.

—Son amigos.

Reconoció la voz de Palito.

—¿Qué hora es? —preguntó el inspector.

—Las diez de la noche —respondió el del celular ante las quejas del otro por haberlo dejado sin luz.

—He de marcharme —dijo Guarionex en un amago por levantarse.

—Ya uté ta' grande, pero si no le cosemos esa raja, no va a llega' a ningún sitio.

La mano de Palito lo volvió a acostar.

—Deje que lo cosan y después se va.

El recuerdo de la casa de la italiana lo encendió como una tea. Maldito hijo de mala madre aquel español miserable. Tan pronto como aquellos hombres lo acabaran de coser, andaría a su casa a coger la otra arma y le daría tantos tiros que no lo iba a reconocer ni su puta madre, como decían ellos. Pensó en la amiga de su hija, la tal Yanis, otra pobre desgraciada tragada por la ambición de Punta Cana. Malditos extranjeros que se creían con el poder de hacer en su tierra lo que les viniera en su maldita gana.

—Tranquilo, se me van a mover todos los puntos —le dijo el hombre.

Guarionex los detalló. Pescadores de los que no reconoció a ninguno de la cuerda de Bembú.

—Ya'tá —dijo por fin el cosedor.

El otro, el del móvil, le pidió a Guarionex que esperara unos segundos y descargó un chorro de ron blanco sobre la herida.

—Desperdicio, coño —dijo Palito—, dame un trago antes de que este animal lo riegue todo.

Los cuatro hombre rieron y Guarionex se incorporó para dar un trago al romo, aunque la cabeza no le aguantó y se desplomó de nuevo sobre el piso metálico de la camioneta.

—Dele mejor a esto —le dijo el hombre que le había cosido la herida.

Y le tendió un botellón de cristal con un líquido negruzco en su interior. El inspector olió el cuello de la botella y le sobrevino una arcada.

—Dele, es mamajuana de la que llevamos al mar.

Guarionex miró a los hombres y se dejó ayudar mientras daba pequeños sorbos a la garrafa. Un sabor a pescado podrido se repartió de su boca a cada célula sensible de su cuerpo y una sensación de asco, vómito y calor lo mantuvo sentado sin caer de espaldas.

—Hace sangre —le dijo Palito.

El inspector bajó de la camioneta con la ayuda de los hombres.

—¿Ustedes saben quién soy, verdad? —los tres asintieron con algo de vergüenza—, pues no hace falta que les diga nada más.

Dio un trago largo a la mamajuana y pidió que lo acercaran a su coche. Si se daba prisa, aún llegaría a buscar al obispo y a su hija.

—Inspector, una cosa más. He llamado al hijo de un amigo, uno que trabaja de guachimán en... —calló— y me ha dicho que andan detrás de unos ladrones de villas.

Guarionex lo miró e hizo un esfuerzo por levantarse del asiento y chocar la mano del hombre antes de meterse en el Toyota.

Las ropas estaban empapadas y en pocos segundos el coche quedó hecho una porquería también. Se miró la herida del brazo. Le dolía, pero había estado de suerte. El cuchillo del moreno no le había cercenado ningún nervio y la única sangre que había perdido era la que andaba por los vasos sanguíneos secundarios. Ninguna arteria ni vena habían sucumbido al envite del guardia.

—Ése ya tiene lo suyo —se dijo entre dientes, y aceleró por la carretera de Cabeza de Toro en dirección a la autovía. Si el Toyota aguantaba, en quince minutos estaría recogiendo a monseñor.

Sentía el dolor del esfuerzo y del corte recorrerle en forma de descargas eléctricas por todo su cuerpo. Había estado bien cerca de entregar la cuchara. Mantenía el brazo izquierdo sobre el regazo, el antebrazo cosido y vendado con tiras de una camiseta vieja. Pero su intuición había funcionado. Sabía que la perra aquella tenía que estar metida, como el español. Cruzó el boulevard a toda velocidad hasta el cruce del Coco Loco y giró a la derecha.

Subió por la carretera de Barceló en dirección al Cortecito sin acordarse del reductor de velocidad, lo que propinó un golpe terrible en la estructura del Toyota y propició que se cagara hasta en los muertos de la familia del que había diseñado aquellas malditas protuberancias de cemento en medio de la vía. Llegó a la rotonda frente al primer hotel que se había instalado en la zona más de veinticinco años atrás y pasó agarrando el volante con la mano derecha y el pie al fondo del acelerador.

Alcanzó la curva del Cortecito y vio la iglesia. Sin rastro del obispo. Paró el vehículo y saltó a fuera. La puerta metálica estaba cerrada y no se vislumbraba movimiento alguno al otro lado de la valla. Guarionex imaginó que el obispo, harto de esperar, se habría largado y maldijo hasta que los espumarajos mancharon el cristal del coche. Empujó la palanca de cambios a la posición de arranque y pisó el acelerador.

Cuando llegó a las viviendas del casino, tampoco vio a su hija y un sentimiento de rabia se mezcló con el dolor y la humedad. Todo parecía salir mal aquella maldita noche. Por lo menos esperaba que la información de Palito fuera cierta y que los hubieran confundido con ladrones de casas de lujo. No lo creía, pero en verdad el único que le había visto la cara descansaba en el fondo del mar con la boca bien cerrada.

Bajó del vehículo y se acercó al guardia de la entrada. Le preguntó por su hija y el baboso le respondió que no tenía idea de si había visto a Clara, que por allí pasaba mucha gente y él no era un metiche. Estuvo a punto de entrarle a golpes, pero optó por ir a buscar a su hija a pesar del intento del guachimán por evitárselo. Subió las escaleras del bloque de Clara lo más rápido que pudo a pesar de que cada escalón le dolía como si alguien le puyara por dentro con una aguja electrificada. Cuando llegó a la planta, el

guardia que vigilaba el pabellón de las mujeres lo detuvo y Guarionex lo tumbó de un cabezazo.

Avanzó hasta la habitación de su hija y golpeó la puerta verde.

Detrás de sí le pareció sentir un revuelo alrededor del guarda caído.

Golpeó de nuevo la puerta con más fuerza hasta que se abrió la del lado.

—¿Está loco o qué, no ve que no hay nadie? —le respondió una joven con el pelo recogido bajo una red mugrienta.

—Busco a mi hija.

—Todo el mundo busca a una hija o a una sobrina —se burló la vecina de Clara—. Otras intentamos descansar. Vete a armar lío a otra parte.

Guarionex dio un par de pasos y trancó la puerta antes que la chica se metiera dentro.

—Mira, linda, soy policia y busco a mi hija. Se llama Clara.

La chica dio un paso atrás y Guarionex empujó la puerta. Entró y repitió la pregunta ante otras cinco muchachas más.

La habitación era asquerosa. Compresas por el suelo, ropa tirada, una joven se cortaba las uñas de los pies sentada sobre un trozo de trapo, pelos, bragas, papeles... El inspector maldijo su capacidad de recordar y volvió a preguntar, esta vez con un grito que sacó a las muchachas del ensoñamiento perezoso en que parecían encontrarse.

—Clara salió hace un rato —dijo una de ellas.

—¿A trabajar? —preguntó el inspector, que escuchaba detrás suyo como el barullo subía de intensidad por el guarda caído.

—No. Llevaba todo el día buscando a alguien que le cambiara el turno. Al parecer iba a salir con su papi —respondió por fin la joven.

Guarionex maldijo y se dio la vuelta.

Las escaleras se habían llenado de gente, camareros, empleados del hotel, una patrulla de seguridad y un paquete de jóvenes histéricas que gritaban y lo señalaban. Suspiró agotado. Nada que un par de tiros al aire no arreglaran de golpe. Se echó mano a la pretina del pantalón y lo único que encontró fue el agua que lo había empapado una hora atrás. Su arma descansaba en el

fondo del mar con las llaves de la canción y los restos del tipo al que Palito le había partido la espalda.

—¡Soy policía! —gritó— ¡Apártense o...!

Pero ni siquiera pudo completar la amenaza. Un golpe por la espalda, que atribuyó al cuero de la vecina de Clara, fue el primero de los muchos que recibió esa noche.

Día séptimo. Domingo.

Lo despertó un fuerte dolor en el costado. Abrió los ojos y la leve claridad que unos segundos atrás le había traspasado los párpados, se le clavó como las agujas que llevaba pegadas al dorso de su mano derecha. Miró con curiosidad en un intento por reconocer el espacio y comprendió que se encontraba en la habitación de un hospital. Observó las sábanas y supo que estaba en la clínica Punta Cana.

—La más cercana —pensó recordando lo ocurrido.

Chequeó su cuerpo y reconoció mil golpes a lo largo del mismo. La turba que lo había encajonado contra la escalera le había dado hasta con el cubo del agua. Movié los dedos de las manos y de los pies. Por lo menos no parecía tener ninguna lesión grave. Le dolía la cabeza y la herida del brazo estaba tapada por una gasa bajo la que se adivinaba el color oscuro del yodo. Estaba desnudo, o casi, pues llevaba unos calzoncillos con el logotipo de la clínica. La habitación era más bien pequeña, de las de seguro malo, una ventana sin vistas cubierta por una cortina azul, una cama articulada, una columna de la que colgaba la bolsa que destilaba suero clavada a su mano, una mesilla de noche, un televisor pegado a un soporte en la pared, la bacinilla a los pies de la cama, un baño, un armario y la salida.

¿Quién coño lo había llevado hasta allí?

Se fijó en la vía de la mano y la manipuló hasta que vio detenido el flujo de suero que caía desde la bolsa. Después tiró de la aguja y se sacó la vía. Un chorro de sangre salió disparado y le manchó toda la cara. Presionó el hoyito con el dedo índice y se acercó al servicio. Alguien lo había bañado, o por lo menos ya no tenía restos de agua de mar. Se limpió la salpicadura de sangre y taponó el agujero con papel higiénico. De repente le entraron unas ganas terribles de orinar y se sentó en la taza. Le costaba aguantarse de pie. Cuando acabó, abrió el armario. Estaba vacío. Buscó sus ropas en el baño y el resto de habitación pero allí no había nada más que las chanclas y los calzoncillos de la clínica.

Estiró de la sábana y se la ató a la cintura.

No tenía idea de la hora que era, por el sol que entraba por la ventana imaginó que cerca de las once de la mañana. Ojalá del día siguiente y no hubiera pasado allí más que una noche.

Tampoco vio las llaves de su coche por ningún sitio.

Salió de la habitación y se encontró con una enfermera.

—¿A dónde va? —le preguntó más divertida por su aspecto que sorprendida por verlo de tal guisa.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó el inspector en medio del pasillo.

La enfermera señaló al final del mismo e intentó persuadirlo de seguir avanzando.

Guarionex la ignoró y caminó hasta el puesto de guardia de la planta, un pequeño mostrador al frente de las escaleras.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó de nuevo el inspector a una señora que intentaba escribir en un teclado con unas uñas de porcelana de una pulgada.

—Usted debería estar en su habitación, Angy, por favor, acompaña al señor a su cuarto —le dijo a la enfermera que lo había sorprendido en el pasillo.

Guarionex se agarró la sábana con el brazo cosido y con el otro le dio un puñetazo al monitor.

—No me joda ni me haga perder más el tiempo, deme mis cosas ahora mismo o el siguiente iré mejor dirigido.

La enfermera lo miró aterrorizada. El monitor había caído a sus pies arrastrando con él todo lo que tenía sobre la mesa.

—Sus cosas se las llevó la policía —dijo sin saber qué recoger primero.

—¡Maldita sea! —gritó el inspector.

Dejó a las dos enfermeras recogiendo el desastre que les había causado y escuchó como la tal Angy hablaba por teléfono con alguien. Cuando llegó a la planta baja se dirigió a la calle entre la mirada divertida y las risas abiertas de los pacientes que esperaban turno para ser atendidos. En la puerta vio a un guardia que lo esperaba y de reojo a otro, el que custodiaba la caja de pagos, que venía detrás de él. Se detuvo y lo encaró.

—Tranquilo hermano —le dijo el guardia de seguridad—, pero nadie sale de la clínica sin pagar.

—¿Y cómo va a ser?, no ves que no me han dejado ni los pantaloncillos —respondió Guarionex abriendo la sábana y mostrando al guachimán los calzoncillos con el logotipo de la clínica.

—Pues vamos a ver cómo resolvemos, pero de aquí no sale nadie sin firmar su seguro o dejar la cuenta paga.

—Mira papá, soy inspector de policía, así que déjate de vainas y aparta antes de que te caiga atrás con tó'.

El hombre lo miró. No era la primera vez que alguien lo amenazaba, de hecho raro era el día en que alguien no lo hacía porque para entrar todo el mundo andaba blando, pero a la hora de pagar salían las caras de guayo cuando no había seguro que cubriera. Guarionex maldijo y amenazó al guardia con meterlo en un lío del que no se salvaría en toda su vida y salió a la calle entre los dos hombres, que lo dejaron pasar al ver al inspector dirigirse a un vehículo de la policía que lo esperaba al frente.

El policía dijo conocer al inspector y los dos guachimanes dieron para atrás.

Por lo menos no lo habían dejado allí tirado y cuando aclararon el tema con los dos vigilantes de la clínica, Guarionex pidió al guardia que lo llevara a casa. Por el camino le explicó que a media noche habían llamado de la clínica avisando de que un policía estaba inconsciente y muy golpeado. El inspector escuchó la historia y le preguntó por el obispo, pero el guardia le dijo no saber nada. También le preguntó por su hija con el mismo resultado. Nada.

Llegaron a su casa y el joven policía lo ayudó a subir. De buena gana se habría colgado de su hamaca y metido un pote de romo hasta el fondo para no despertarse hasta que toda aquella maldita vaina hubiera pasado pero en su lugar se vistió de uniforme. Hacía meses que no lo utilizaba y la tela rugosa lo hizo sentir vivo. Abrió el único cajón de la habitación y sacó su otra arma, una pistola china que el cuerpo les había vendido en promoción después de un curso de tiro. Era peor que el ron Lavagallos, no estaba seguro ni siquiera de que disparara derecho, pero encajaba a la perfección en la cartuchera. Se puso los zapatos del uniforme, duros como si los hubieran cosido en aluminio, y salió.

El guardia lo llevó a la estación de policía y la visión de su viejo Toyota en el parking lo tranquilizó. Entró y se fue al puesto del guardia. Agarró el teléfono de la centralita y marcó el número de Clara hasta que la voz grabada de la compañía le avisó que el usuario no contestaba el teléfono.

—Debería estar en el hospital —la voz del coronel Feliz lo asaltó por la espalda.

—No encuentro a mi hija.

Guarionex lo acompañó hasta su oficina y le informó que había quedado a cenar con el obispo y su hija, pero que cuando pasó a buscarla no la encontró. Le explicó también la pelea con el guardia de las habitaciones y como la turba lo había sometido.

—Es que eres muy bruto, inspector —le dijo el coronel—, ¿por qué temes por Clara?

—Mi coronel, esa gente va detrás de todos los que piensan que saben dónde está el dinero o las joyas, y no se detendrán. Hablamos de un paquetón de cuartos.

—¿Y por qué van a pensar que Clara sabe algo? —preguntó el coronel con un tono que no pasó inadvertido a Guarionex.

—A veces chapeaba con Yanis.

—Comprendo —respondió recuperando un tono que traslucía la preocupación de su padre—. Voy a dar orden de que la busquen. Te mantendré informado. Ahora deberías ir a que te vean y te den el alta.

Guarionex asintió.

—¡Y no rompas nada más!

—Mi coronel —contestó el inspector pasando por encima de la advertencia de su jefe—, ¿dónde está el obispo?

—De la Cruz volvió a la diócesis de Santo Domingo.

Guarionex miró a su jefe.

—¿Quién me llevó al hospital?

—Un motoconcho, una de las amigas de tu hija te reconoció y le pagó para que te llevara —respondió el coronel Feliz.

¡Un motoconcho!, le había salvado la vida un vago de aquellos que pasaba el día tumbado encima del depósito de una moto. No podía creerlo, cómo no podía creer que el obispo lo hubiera dejado plantado.

Cogió su coche y condujo hasta la iglesia. Le dolía todo y por momentos se mareaba hasta el punto de que el vehículo pasaba de un carril a otro envuelto en los bocinazos del resto de conductores, pero llegó y lo dejó sobre la grava del parking. Caminó apoyado a la pared hasta a la puerta de la residencia y picó. Un moreno regordete tocado con un alzacuello le abrió la puerta.

—¿Monseñor De la Cruz? —preguntó Guarionex.

El hombre se sorprendió al ver a un policía de uniforme y sus ojos se abrieron como dos ostias sagradas.

—Monseñor partió para Santo Domingo ayer en la noche, oficial —respondió el hombre con voz de pájaro.

—¿Tiene un teléfono que pueda usar? —preguntó el inspector.

El cura movió la cabeza y le tendió su teléfono móvil.

—¿No irá a llamar al extranjero? Casi no me quedan minutos...

Guarionex marcó el teléfono del obispo y la misma voz que unos minutos antes le había advertido de que el número de su hija estaba inactivo, hizo lo propio con el de monseñor Julián César Amado de la Cruz.

Le devolvió el teléfono al cura con un coño e'su madre ahogado en la garganta y regresó al coche.

Todos los cabos que había parecido atar en la noche se soltaban como cuerdas enceradas. Recordó al español, metido hasta el fondo junto a la italiana. De alguna forma se habían enterado del negocio y puesto de acuerdo para hacerse con él. Imaginó al español arreglando el encuentro de Martin Walsh en su hotel con los dos menores, que seguramente le habría conseguido aquella cacata repugnante. Casi podía verlos.

Quizá esperaban sacarle la información mientras la niña le hacía una mamada y el niño le metía la lengua en el culo. Quizá lo fotografiaron y lo extorsionaron para que les diera los detalles de la ubicación de las joyas y ahí fue que se les quedó porque ni siquiera había llegado a eyacular, eso lo sabía desde que le vio la pija en la playa. Quizá esperaban a que el panameño lo arreglara todo para darle carpeta antes de que dejara el país y en verdad le había salvado la vida a aquel idiota metiéndolo unos días en la cárcel, ¿cómo saberlo?, pero en un lugar en el que por dos mil pesos te

mandaban fácil al otro barrio, hablar de cientos de miles de dólares podía desencadenar el Armagedón.

Se imaginó al español llevando a monseñor Walsh hasta la playa de Macao. Sólo a un tonto de fuera, por más que llevara en el país, se le ocurriría enterrar a un muerto como ése. Conjeturó con la cara de los haitianos cuando vieron tirar el cuerpo y le limpiaron hasta las calzas de los dientes. Por eso el Pití había salido juyendo del país.

Pero las preguntas que esperaba resolver en la noche se habían evaporado como las pertenencias de Martin Walsh, monseñor De la Cruz y su propia hija.

El recuerdo de Clara se le clavó en el pecho como si una guagua amarilla le hubiera pasado por encima y un sentimiento de rabia lo llevó a tensar el cuerpo hasta casi saltársele los puntos del brazo. Había sido un imbécil por seguir en un caso del que su propio jefe le había dicho que dejara tranquilo, pero el error, el mayor error de todos había sido insinuar a esa gente que sabía algo del paradero de las joyas.

Condujo sin rumbo hasta la rotonda que daba acceso al aeropuerto internacional de Punta Cana. En el carril opuesto un grupo de camiones y maquinaria pesada asfaltaban lo que sería la autopista que comunicaría toda la zona turística con la capital. Guarionex dobló por la rotonda y encaró de nuevo la carretera en sentido contrario. Creía tener claro todo lo que había ocurrido, pero no sabía cómo convencer a aquella gente de que ni Clara ni él sabían en verdad una vaina sobre el paradero de las malditas joyas. Pensó en ir hasta la casa de la italiana, o presentarse en el hotel del español, incluso llevarse a uno de los dos para intercambiarlo por su hija. A cada kilómetro que recorría el Camry, la segunda idea cogía más fuerza. Pensó que sería más sencillo con el español porque incluso en su estado calamitoso un cañón en la nuca no requería de un levantador de pesas, pero también sabía que a la italiana no le importaría un carajo si le metía un tiro en la frente o en los granos a su socio, como no le importaba una vaina nada que no estuviera dentro de las ridículas ropas que vestía.

La mejor opción, aunque mucho más dificultosa, era ir a por ella al residencial. El camino de la playa quedaba descartado y entrar por la puerta, más aún, pero seguro que debía existir una forma,

nada era inexpugnable y menos en su país. Pasó frente a unas obras y vio a uno de los coches patrulla apostado a la sombra de lo que sería una futura gasolinera. Guarionex pasó de largo y siguió por la autovía sin rumbo. No había llegado aún al cruce del Coco Loco cuando el vehículo lo rebasó por el arcén y se le cruzó frente al morro del viejo Toyota.

—¡Inspector! —gritó uno de los guardias por la ventanilla— ¡Lo están buscando, síganos!

Guarionex miró al vehículo con sorpresa y se puso a remolque en dirección a la estación. En la misma entrada reconoció al coronel Espinosa, de la científica, y al coronel Feliz a su lado. Ambos lo esperaban advertidos por el coche patrulla.

—¡Coño, inspector, le voy a pegar el celular a los granos con coquí! —le gritó el coronel Feliz— ¡Llevo llamándolo desde que salió esta mañana!

El inspector miró a los dos hombres, y sintió el nerviosismo entre los guardias que custodiaban el edificio policial.

—¡Clara! —gritó Guarionex.

—Síganos, inspector, por favor —le pidió el veterano de la científica.

—¿La han encontrado? —preguntó Guarionex.

Los dos hombres se miraron sorprendidos. La noticia no había salido de allí y ambos estaban convencidos de que no se habían regado fotos por las redes.

—En un hoyo detrás de Matamosquito —dijo asintiendo el coronel Feliz.

Guarionex se echó las manos a la cara. Ni siquiera el dolor del corte en el antebrazo le impidió dar un puñetazo a la pared.

—¡Maldita! ¡La mataré! —gritó el inspector.

El coronel Espinosa, con la ayuda de un par de guardias, lo ayudó a subir hasta el primer piso y los tres hombres entraron en el despacho del coronel Feliz.

—Mi Clara —balbuceaba Guarionex.

—Tranquilo, inspector, aún la andamos buscando —lo reprendió el coronel Feliz.

Guarionex levantó la cabeza. ¿Cómo la iban a andar buscando si le acababa de decir que la habían encontrado en un hoyo?

—Junto al cuerpo han dejado este teléfono y al inspeccionarlo hemos visto que era de su hija —dijo el coronel Espinosa mostrando una bolsa de cremallera con un teléfono en su interior.

—¿Junto al cuerpo de quién?

—¡De Yanis, inspector! ¿De quién va ser? —lo amonestó de nuevo el coronel Feliz.

Guarionex miró a los dos hombres y una sensación de alivio lo envolvió. Un alivio tan intenso que hizo que casi se abalanzara sobre ellos y los abrazara como si fuera su madre. No habían matado a su hija. Eso era lo único que importaba. Clara estaba viva, o por lo menos no había noticias de que estuviera en ningún hoyo.

—La niña estaba desnuda, con signos evidentes de haber sido maltratada y con el teléfono de Clara metido en su vagina.

—¿Sabe por qué diablos estaba el teléfono de su hija en la raja de esa desgraciada? —preguntó el coronel Feliz.

Guarionex no conseguía ligar las frases, las piezas, la imagen de la vagina de una joven con un teléfono dentro, la voz del español, la cicatriz asquerosa de la italiana, el recuerdo del agua del mar, el corte en el brazo. Escuchaba las palabras de su jefe lejanas, como si aún estuviera dentro del agua y el resto del mundo en la superficie.

—Inspector, ¿tiene alguna idea de por qué estaba ahí el teléfono de su hija? —el coronel Espinosa lo cogió con suavidad por el hombro.

—Eran amigas —fue lo único que alcanzó a decir.

—El cuerpo está viajando para Santo Domingo para ser sometido a una autopsia. Quizá eso nos dé alguna pista.

—El caso estaba cerrado, ¿verdad? —le recriminó al coronel Feliz.

El mando miró al inspector e iba a responderle cuando el teléfono comenzó a vibrar dentro de la bolsa. El coronel Espinosa lo sostuvo en la mano y leyó la pantalla:

—Número desconocido.

—¡Responda! —le gritó Guarionex.

El coronel Espinosa deslizó la cremallera que cerraba la bolsa y pulsó en el botón verde de la pantalla. Una voz masculina, con fuerte acento haitiano, masculló por el altavoz del aparato.

—Si quiere ve' a la niña con vida, e'ta noche a la' nueve. U'té ya sabe. Sin compañía —y colgó.

Los tres hombres levantaron la vista del teléfono y se miraron entre ellos.

—Ahora ya sabe qué hacía el teléfono de mi hija ahí —dijo Guarionex.

—Inspector, ¿usted ha comprendido el mensaje? —preguntó el coronel Feliz.

—Ya le dije que tantos cuartos no se iban a quedar sin dueño. Quién sea que tiene a Clara piensa que yo sé dónde están las joyas que traía el muerto, o el dinero, y quiere intercambiarlo por la vida de mi hija.

—¿Y lo sabe?

—¡Qué maldita vaina voy a saber! —gritó Guarionex— ¿Usted se cree que si supiera dónde hay dos millones de dólares en joyas iba a estar güevoneando con ustedes?

Los dos coroneles se miraron entre ellos.

—Por lo menos sabrá dónde ha de ir a las nueve.

Guarionex se dejó caer en uno de los confidentes al frente de la mesa del coronel Feliz y le explicó la excursión nocturna a villa de Ángela Cortese. Obvió la parte de Palito y vio como los ojos de su jefe mutaban de la incredulidad a la rabia y de la rabia a la seguridad de tener la solución.

—¿Y cree que están en la casa de la italiana? —preguntó el coronel Espinosa.

—¿Y dónde si no? —respondió Guarionex.

—Si se equivoca, nos vamos a meter en tremendo lío.

—No van a meterse en nada porque voy a ir solo. Ya ha escuchado al tipo.

—¡Ni lo piense, inspector! Se han acabado sus excursiones solitarias. Esta noche nos encontramos en la puerta del residencial a las ocho y media, y vamos para dentro aunque sea con la guardia nacional.

Guarionex asintió. El coronel Espinosa se despidió y se fue con la promesa de que en cuanto tuviera algún dato relevante de la autopsia de la chica, les avisaría.

El coronel Feliz lo siguió hasta que salió de la estación. Guarionex había tenido razón desde el principio, él había subestimado el caso y ahora se le estaba yendo de las manos.

—¿Y el obispo? —preguntó de repente el inspector.

—Y yo qué voy a saber dónde está. Andará por el confesionario. Como sea, lo de la guardia no es mala idea, deberíamos pedir una orden al fiscal y allanar la casa.

Guarionex valoró la propuesta.

—Sería muy arriesgado. Si Clara no estuviera allí sería su sentencia de muerte. La única solución es ir y ver si les convengo para que me digan dónde la tienen retenida.

—Tiene razón, inspector. Vaya a descansar un poco. Esta noche debemos tener todas las fuerzas listas y usted anda con las baterías medio bajas. A las ocho pasará a por usted un coche patrulla.

—No pueden verme llegar con un coche patrulla.

—A las ocho y media en la entrada del residencial —lo advirtió el coronel Feliz.

Guarionex asintió y salió. Nunca se perdonaría haber metido a su hija en el lío.

Llegó a su casa y se quitó el uniforme. La herida del brazo supuraba y le había manchado toda la manga de la camisa. Se echó un chorro de agua sobre la cicatriz y la secó con papel higiénico, después desmontó el arma, la limpió y la engrasó como si aquella chatarra china fuera la última Coca-Cola del desierto. Tenía que pensar en algo con la suficiente fuerza para que soltaran a Clara. Estaba seguro de que le había pasado la solución por delante y no la había sabido ver. Faltaba algo, lo sentía hablar a su alrededor pero era incapaz de entender las palabras.

¿Por qué alguien iba a mal vender unas joyas que valían millones por cuatro pesos? ¿Remordimiento?, podía ser, el padre que nunca se ha cuidado de su hija y que en un momento de lucidez decide hacer un gesto que lo reivindique por toda una vida de ausencia, quizá sí, pero alguien así no se habría ido a fornicar con dos menores la noche antes de resolver la vida de su hija. ¿Y el obispo, qué pintaba en todo eso, si de verdad quería recuperar las joyas, por qué se había largado?

Lo único que tenía explicación era la sociedad de la italiana y el español, en algún momento uno de los dos, seguramente el segundo, había tenido acceso a la información y entre los dos urdieron un plan para quedarse con todo.

Y lo del teléfono, ¿por qué le había regalado un teléfono a su hija?

Demasiados interrogantes para un inspector de la policía dominicana, se dijo, y echó un ojo a la botella de Brugal que descansaba junto a los vasos en la alacena.

Acabó de montar la pistola y se sirvió un vaso. Lo apuró y el dulzor del alcohol le rebajó la tensión que parecía que le iba a descoser incluso la herida.

Se sirvió otro vaso.

¿Y dónde estaban esas joyas, si es que en realidad existían?

Bebió y se tumbó en la hamaca.

El sol entraba con fuerza por las ventanas. Las tres o las cuatro de la tarde a juzgar por el ángulo. Recordó las palabras de la vendedora de Verón que había atendido a Martin Walsh, “el viejito traía un teléfono de Boston que al final no le sirvió la tarjeta”.

Bajó de la hamaca de un salto, se vistió y salió a toda prisa.

Tardó casi cuarenta minutos en llegar a Verón.

Entró en la tienda y de un vistazo reconoció a la blanquita de las tetas grandes atendiendo a un cliente. Cuando la chica se dio cuenta, Guarionex ya había abierto el mostrador y estaba plantado a su lado.

—Espere su turno, ¡abusador! —se quejó un tipo que trabajaba de pintor o empañetador y que llevaba la mitad de su trabajo estampado en la vestimenta.

—Papá, no se ponga guapo conmigo —respondió Guarionex y le mostró la cache del arma.

El hombre levantó los brazos.

—‘Tamos fríos —le dijo, y dio un par de pasos hacia atrás.

—Buenas tardes —lo saludó la dependienta.

—Mamita, el otro día me dijiste que el viejito de Boston, el tipo de Macao, había traído su propio teléfono.

—Sí —respondió la chica.

—Y vosotras le vendisteis una tarjeta porque la suya no funcionaba, ¿correcto?

—Sí —respondió de nuevo la chica forzando su memoria sin comprender demasiado los argumentos del inspector.

—¿Y por qué quiso cambiar la tarjeta que traía de Boston?

—No comprendo...

—Me parece extraño traer un aparato desde los Estados Unidos con una tarjeta de allí si quería regalarlo a alguien de aquí. Lo más lógico habría sido traerlo vacío y comprar una tarjeta dominicana, ¿no te parece?

La tetona lo miró sin acabar de comprender.

—Muchos turistas se compran una tarjeta local cuando llegan al país para no tener que pagar roaming.

—Porque se llevan el teléfono de vuelta a su país y no tienen intención de regalárselo a nadie de aquí —respondió Guarionex.

—Ahora que lo dice, cuando pusimos la tarjeta nos pidió que no desactiváramos el número americano. Le avisamos de que eso le costaría el doble, pero no nos hizo caso.

—¿Es posible que recuerdes ese número? —preguntó el inspector.

La tetona le miró las manos y esperó un movimiento por parte del inspector.

—Hoy no traigo, pero es muy importante que me ayudes. Te doy palabra de que te compensaré.

—Está en el sistema. Cuando un equipo mantiene dos números, estos se informan para que ambos funcionen.

Guarionex le cantó el número de Yanis y la chica se fue al ordenador. Apartó a una compañera y buscó el expediente del número de prepago que había comprado Martin Walsh. Después tomó un papel, escribió un número de los Estados Unidos y se lo cedió al inspector.

Guarionex miró el papel, se lo echó al bolsillo y le dio las gracias a la vendedora.

¡No podía ser tan sencillo!

La tarde fue cayendo y la oscuridad le dio la vuelta al paraíso como hacía cada día desde que el visionario fundador de Punta Cana decidió, cincuenta años atrás, construir un hotel y una pista de

aterrijaze en aquella vaina de monte perdido de la mano de Dios. A esa hora las playas se vaciaban de turistas y su flujo corría a llenar los car-wash y los shop&drinks de la zona. Caladeros para capturar turistas a los que sacar cien dólares por un polvo o cincuenta por una buena mamada. Cotos privados de caza del ejército de sankypankys que lucían musculatura abillantada entre viejas de cien kilos y de no menos años. La trastienda del paraíso dándole su acostumbrada vuelta al negocio como a un calcetín. No tardarían en salir los menores a las esquinas, los deliverys con sus paqueticos y los grandes depredadores a afilar sus máquinas registradoras.

De todos modos, Guarionex se sentía más a gusto entre ellos que entre los turistas que recorrían la zona a bordo de sus autobuses y camiones de excursión mirándolos desde las atalayas como si fueran animales de un zoo.

Eso no pasaba en la noche, allí todos eran iguales, perros con el mismo hambre fuera cual fuera el color de su collar.

El inspector imaginó a su jefe a las puertas del residencial de lujo, quizá vestido de paisano, quizá con varios hombres a punto de intervenir. Lo supo mirando el reloj y maldiciendo porque no lo veía llegar. No iría nunca, ése no era el lugar. El punto al que lo habían citado estaba detrás del cruce de Friusa, en la puerta del burdel más famoso de toda la zona turística, el mismo lugar donde monseñor De la Cruz lo salvó de perder la vida. Detuvo el coche, comprobó la pistola, aunque dudaba mucho que pudiera mantenerla con él, y bajó.

Aguardó unos minutos para asegurarse que no hubiera otro moreno armado con un bate en los alrededores y cruzó la calle. Guarionex dejó atrás las columnas que intentaban solemnizar el antro y tocó la puerta de madera.

Una voz conocida lo saludó.

—Pase u'té, don, lo 'tábamo'perando.

Guarionex echó un vistazo al tipo y le calculó más de doscientas libras de peso y casi siete pies de altura. Una mole a la que incluso disparando a bocajarro tendría dificultades para tumbar.

—¿Anda solo? —preguntó el haitiano.

Guarionex levantó las manos y giró a su alrededor para que viera que no había nadie más. El hombre le abrió la puerta y entraron. La

estridencia de un saxo enlatado lo golpeó con más fuerza incluso que la de su cicerone al empujarlo contra la pared antes de cachearlo y quitarle el arma.

—Sin almas —bromeó—. E'pere.

Una chica afeitada como una muñeca se contorsionaba en una ridícula pista de baile bajo un par de lámparas violáceas. Junto a ella, otras dos lo hacían con unos clientes y al frente, recostadas en unos sofás mugrientos, un grupo de chicas se dejaba manosear por unos turistas. Al otro lado de la pista, dos negras de inmensos pechos desnudos servían combinados y shots para los que ni bailaban ni sobaban. Guarionex se acercó y se echó un par de tragos de algo parecido al tequila.

Al cabo de unos minutos, el mismo hombre que lo había llamado al teléfono de Clara y lo había esperado en la entrada del local, lo acompañó por una puerta lateral, subió un tramo de escaleras que llevaba a las habitaciones y lo empujó a dentro de un cuarto.

La pestilencia del tabaco le llegó antes que su voz.

—Sabía que eras tú el de anoche —le dijo apenas lo vio entrar.

—Hola, Pere Joan, ¿o prefieres que te llame sólo perro?

El español rió.

—¿Cuándo lo supiste? —le preguntó.

—Me costó al principio pero con la descripción del tíguere de Yanis todo encajó. De golpe cobró sentido el hecho de que desconectaras las cámaras de tu despacho, que el panameño, aún con la habitación pagada, saliera huyendo después de hablar contigo, el registro de entradas a la habitación del muerto. ¿Cómo te enteraste de la vaina, vino a ti y te pidió ayuda, protección dentro del hotel? Tenía que haberte dado un tiro cuando te vi en casa de la cacata —se lamentó Guarionex.

—¡Cacata! Muy bueno inspector, me encanta tu sentido del humor. Lástima que no vayas a salir de ésta porque deberías postular a un programa en Telemicro.

Pere Joan se sentó a los pies de la cama de la que parecía haberse levantado al entrar el inspector y el moreno dio un par de pasos para custodiar la puerta. Guarionex se quedó de pie entre ambos, frente a un marco sin puerta que daba a un baño, un mueble bar, un televisor pegado a la pared, una cama roñosa y una

pequeña mesilla de plástico con un par de botellas de agua, el mando de la televisión y un par de condones encima.

—Cuando salga de ésta, lo primero que haré será meterte un tiro y luego preso —respondió Guarionex.

Pere Joan rió de nuevo y acomodó mejor el cuerpo a los pies de la cama.

—Inspector, de aquí no vas a salir. Hablamos de mucho dinero...

—Si le ha pasado algo a Clara, no va a haber un rincón en la bolita del mundo dónde puedas esconderte —lo interrumpió Guarionex.

—Clara está bien, inspector, todavía está bien. No somos pendejos, y no me hables como si estuviéramos en una película porque si quisiera cobrarme cuentas con ella ya lo habría hecho.

—¿Tu jefa no vendrá? —preguntó Guarionex.

—Mi socia, querrás decir.

El inspector dejó ir una carcajada.

—Pendejo, ni siquiera será necesario que yo te persiga, ella lo hará cuando fracases —lo advirtió el inspector con dureza.

—Ése es mi problema, y no me hagas perder más tiempo, madero de mierda, dime dónde están las putas joyas o me cargo a tu hija ahora mismo.

Guarionex tensó la musculatura y calculó los movimientos. Era imposible. Ni siquiera diez años atrás y estando bien hubiera tenido posibilidades de reducir a los dos hombres él solo, menos aún dolorido y viejo.

—No voy a decir una vaina hasta que vea a Clara.

El director de seguridad del hotel lo miró, sacó su teléfono del bolsillo y cruzó un par de mensajes con alguien que Guarionex estuvo convencido de que no podía ser otra que Ángela Cortese.

—Traed a la joven —ordenó.

Guarionex dio un pequeño paso en el centro de la habitación. Un metro hasta el español y dos hasta el moreno. Si las cosas se torcían, por lo menos se llevaría al pequeño.

Al cabo de unos segundos se abrió la puerta y alguien empujó a Clara dentro de la habitación. Su padre corrió a socorrerla y la abrazó. La miró con rapidez y apenas identificó un par de moratones en la cara.

—¿Te han hecho daño? —le preguntó.

Clara negó con la cabeza y se abrazó a su padre.

Pere Joan hizo un gesto y el moreno destruyó el abrazo de un tirón.

—Tu turno, cabrón —dijo Pere Joan.

—Si te digo, nos matarás aquí mismo.

—Y si no lo haces, también, aunque empiezo a pensar que no sabes una puta mierda.

—Sé de qué manera Topolino Acosta iba a recuperar las joyas después del pago, pero no te lo diré hasta que Clara y yo estemos a salvo, fuera del local.

Pere Joan soltó una carcajada y el moreno descargó un puñetazo en la espalda del inspector que a punto estuvo de partirle la columna por la mitad.

—No lo comprendes, verdad, cabrón. No comprendes que no tienes posibilidades de trato alguno, que o me dices cómo cojones recuperar las joyas o cada cliente de este puto local se follará a tu hija delante tuyo hasta que en el coño le quepa tu puta cabeza.

Guarionex tomó aire y se puso de rodillas. Clara temblaba a pocos pasos de él, pero no la escuchó emitir ni un simple sollozo. Aguantó unos segundos apoyado con las manos contra el suelo antes de levantarse.

—Soy el único que sabe cómo encontrar las joyas. Si le haces algo a Clara o a mí, a quien le follarán el culo todos los cabrones de este local será a ti por inútil.

El moreno levantó la mano para asestarle otro golpe, pero Pere Joan lo detuvo.

—¿Cómo sé que no es una trampa?

—Ya te he dicho que no me importan una vaina vuestros malditos cuartos. Sólo quiero salir de aquí y volver a mi vida.

Pere Joan se levantó de la cama y salió de la habitación. Guarionex aprovechó y abrazó a su hija. La miró a los ojos e intentó transmitirle toda la calma que él mismo ya comenzaba a perder.

Al cabo de unos minutos entró de nuevo el español.

—El trato dependerá de lo que sepas y de lo que nos digas.

—Las joyas están en una consigna del aeropuerto de Boston.

—¡Una puta mierda! —gritó Pere Joan— ¡Eso es una puta mentira!

—El número de la consigna es 1314 y el número de la contraseña para abrirla te lo daré cuando estemos a salvo.

—¡No me jodas! ¿Pero te crees que soy gilipollas?

—Si en un rato no estamos sentados tomando un potecito de romo, quien recibirá la información será el obispo De la Cruz. ¿Qué te pensabas, mamagüevo, que soy tan pendejo como el panameño al que le ibais a dar un pasaje de avión sin retorno? No, maldito demonio, a mí no me importan vuestras vainas, pero si no nos soltáis ahora mismo quien recogerá esas joyas será la santa y sacra iglesia.

Pere Joan se levantó y lanzó el mando de la televisión contra la pared.

—¡Vamos! —le mandó al moreno.

—Te será difícil pasarnos por el control de inmigración —le dijo Guarionex, que se la había jugado en un farol difícil de sostener pero que quizá les diera algo más de tiempo para pensar una estrategia.

—No te hagas el listillo, a donde vamos nadie te va a pedir el pasaporte.

El guardia los empujó y Pere Joan los animó a caminar a punta de pistola. Fuera de la habitación, los empujó por el pasillo hasta la puerta que utilizaban los turistas para regresar a sus hoteles. Pere Joan pulsó un mando a distancia y los intermitentes de un todoterreno negro parpadearon obedientes en el parqueo.

—A dentro.

Mandó sentar a Guarionex en el asiento del copiloto, al lado del gigante, y él se sentó con Clara en el asiento de atrás.

Al inspector se le encendió una pequeña luz de esperanza al pensar que si iban a la casa de la italiana, el coronel Feliz y sus hombres los identificarían apenas los vieran llegar, pero la alegría sólo le duró hasta que la yipeta se metió por un camino de tierra paralelo a la autovía sin intención alguna de seguir hacia el residencial de lujo en el que vivía Ángela Cortese. Siguió la senda de tierra, que se fue apartando de la vía principal, hasta que la soledad de la noche los envolvió por completo.

Pere Joan mantenía una mano en la pistola, clavada en el costado de Clara, y la otra en el teléfono. El inspector imaginó que por allí le llegarían las instrucciones de su socia. El moreno, sin embargo, parecía conocer muy bien el camino y Guarionex comprendió que no era la primera vez que se metía por allí. Recordó la descripción del cuerpo de Yanis y un escalofrío le pinchó la nuca. El todoterreno avanzó unos minutos más y apagó las luces para recorrer los últimos metros en total oscuridad. Cuando se detuvo, la única claridad en cientos de metros a la redonda era la tenue luz del salpicadero de la yipeta.

—Baja —le mandó el español.

El moreno abrió su puerta y rodeó el coche hasta la posición de Clara, a quien sacó de un tirón. Guarionex escuchó el grito de dolor de su hija al golpearse contra algo, quizá la puerta o el propio suelo.

—¡Baboso, ven por mí si tantos granos tienes!

Pere Joan rio y repitió la instrucción.

—Baja.

Guarionex abrió la puerta y la claridad de la lámpara del interior del vehículo le dio una pequeña composición de lugar. Pere Joan lo apuntaba con la pistola a un par de pasos de la puerta y un poco más atrás, el moreno agarraba a su hija por el cuello como un campesino a su gallina.

—Cierra —le mandó el español.

Guarionex obedeció y un haz de luz sustituyó a la luminaria de la yipeta. El inspector se giró y vio que el guardia había encendido una linterna con la mano que no sujetaba a su hija.

—Camina —mandó de nuevo el español.

Guarionex calculó cada movimiento, pero el tipo no era un tonto. Se mantenía a la distancia suficiente para que cualquier movimiento brusco, por sorpresivo que fuera, le permitiera meterle una bala en la espalda y detrás, a un par de metros a juzgar por la distancia del halo de luz, el moreno podía partirle el cuello a Clara como si tronchara un palito sin darle tiempo ni de respirar. Siguieron caminando un par de minutos más hasta que la linterna descubrió un edificio a medio construir.

El moreno movió la luz y Pere Joan le mandó entrar.

—Cuidado no te vayas a caer y te lesiones —rió el español.

Guarionex escuchó a Clara dar unos pasos detrás.

—¿Enciendo la planta? —preguntó el hombre que traía a Clara.

—Espera a que estén adentro.

El cono de la linterna barría los rostros de Pere Joan y del inspector, que vislumbraba a su hija por el reflejo mortecino que la lámpara escupía hacia atrás. Habían entrado en los bajos de un edificio en obras, en lo que quizá fuera un local comercial. El suelo era de tierra y varias columnas de hormigón aguantaban las paredes a medio terminar sobre las que se alzaba un techo de plato. No parecía haber nada más, ni habitaciones, ni pasillos, nada, sólo aquel rectángulo de cuatro vigas con una vieja silla en un rincón en medio de la nada.

Guarionex calculó que se encontrarían a un par de kilómetros de la autovía en dirección a la costa, perdidos entre los cientos de miles de metros cuadrados que se anunciaban con grandes carteles y en los que en algunos se levantaban pequeñas construcciones fantasmas como cebo a incautos inversores.

El moreno empujó a Clara hacia su padre, que la recibió como si hubiera capturado un lanzamiento de pelota en primera base, y dejó la linterna enfocada hacia ellos sobre uno de los bloques de cemento.

—Date prisa para prender la planta —apuró el director de seguridad al moreno.

Guarionex miró a Clara, que se zafó de su padre y se tiró al suelo.

—¡Perdóneme señor, yo no he hecho nada! ¡No me haga daño, por favor! —comenzó a sollozar de rodillas en el suelo.

—Dile que se calle.

—¡Él me engañó, yo no sé nada, no he hecho nada!

Guarionex se acercó a su hija. Estaba asustada pero no era de las que sollozaban o claudicaban ante las malas situaciones. ¿Qué vaina estaba haciendo?

—Clara, contrólate.

—Contrólate tú, maldito del diablo, no me has traído más que desgracias desde el día que preñaste a mi madre —Clara empujó a su padre— ¡No quiero estar con él, por favor, señor, déjeme marchar, no diré nada, se lo juro!

—Coño, inspector, eso sí que ha de joder, que ni tu propia hija quiera estar contigo. ¡A qué esperas! —le gritó al guardia, al que escuchaban trajinar por detrás de la obra.

—E' que sin linte'na yo no ve ná' —respondió el haitiano.

—Clara, por favor —suplicó Guarionex.

—Déjeme marchar —sollozaba Clara zafándose de su padre y postrándose a los pies de su captor.

Sus palabras atravesaban la poca decencia que aún le quedaba al inspector y el recuerdo de un dolor intenso se apoderó de él, los golpes, la boca, los brazos, la espalda, todo comenzó a dolerle como si una prensa mecánica hubiera comenzado a aplastar cada rincón de su cuerpo.

—¡Déjeme marchar, por favor, haré lo que me pida! —suplicaba Clara.

—¡Dile que se calle! —gritó Pere Joan apuntando a Guarionex con su arma.

—Clara, por favor.

—¡Déjame, por tu culpa nos van a matar! —le gritó a su padre.

De repente, Clara dio un paso más y tiró la linterna al suelo. El haz de luz se perdió a los pies de la columna y Guarionex se abalanzó contra Pere Joan. El hombre disparó un par de veces contra el inspector, que consiguió esquivar los tiros y agarrarse a su muñeca mientras le tiraba golpes a ciegas con el codo y la rodilla. Sintió como conectaba uno de los codazos contra la mandíbula y el impacto hizo perder el equilibrio a Pere Joan.

Guarionex aprovechó el golpe para situar a su contrincante y descargar una fuerte patada que le acertó en el estómago y lo remató contra el suelo. Lo escuchó rodar y saltó sobre él. Pere Joan lo esquivó y disparó de nuevo. Guarionex escuchó las balas estrellarse contra el techo de cemento y se lanzó de rodillas sobre el director de seguridad, que perdió el aire y dejó caer el arma. Guarionex lo supo debajo de él y comenzó a pegarle con todo lo que tenía. Su cabeza comenzó a crujir debajo de los puñetazos de Guarionex, que también se llevó algún golpe tirado por el hombre. Pero el inspector tenía la pelea a su favor, lo golpeaba con los nudillos apretados, una vez con la derecha otra con la izquierda, ahora con las dos a modo de martillo hasta que decidió levantarse

para rematarlo. Estaba a punto de descargar la patada final sobre el bulto postrado cuando un fuerte golpe en la base del cráneo lo tumbó como un fardo a los pies del guardia.

Un chorro de agua lo obligó a abrir los ojos y un dolor intenso le bajó por la columna hasta las muñecas, que descubrió atadas al espaldar de una silla de plástico. Pegado a una columna, un chorro de luz le hizo bajar los párpados hasta que acomodó las pupilas al foco. Era imposible ver más allá del resplandor que le barría la visión como el golpe del moreno había hecho con la única opción de escaparse. Buscó a Clara más allá de la quemazón en sus pupilas.

—Clara.

—Vaya, ya se ha despertado la bella durmiente —la voz de Pere Joan sonaba húmeda y Guarionex imaginó su boca bañada en sangre antes de que lo tumbaran a él.

—¿Dónde está Clara?

—Nuestro amigo se la ha llevado para mostrarle el paisaje. Dicen que la primera vez bajo la luz de la luna no se olvida jamás.

—¡Mal nacido! —gritó Guarionex— ¡Si le tocas un solo cabello, te juro que te descuartizaré con mis propias manos!

El español rió.

—¿Con qué manos, con las que tienes atadas detrás de la silla?

Guarionex lo vio cuando entró en el cono de luz y comprobó que tenía toda la cara desfigurada de los golpes. Sonrió y un puñetazo se estrelló contra su boca.

—Ahora vas a cantar la maldita contraseña o el trozo más grande que quede de ti no valdrá ni para dar de comer a los puercos.

Guarionex escupió un chorro de sangre y vio como el español se retiraba de nuevo a la oscuridad, fuera de su capacidad de visión.

—¿Y quién me va a trocear, tú? —lo provocó antes de bajar el tono de voz— Pere Joan, aún estás a tiempo de salir vivo de ésta. Vete de aquí, suelta a Clara, métete en un avión y regresa a tu país. La cacata no merece la pena, ni el dinero. Ningún muerto ha podido disfrutarlo nunca.

—¡Cállate! —le gritó Pere Joan.

Guarionex forzaba el oído más allá del ruido del motor que alimentaba el foco y de la voz de su captor.

—Si no le habéis hecho nada a Clara te doy mi palabra de que te dejaré marchar. Nadie sabrá.

—Tarde, inspector, vas tarde. Tú mismo has reconocido que si no te dejábamos libre el obispo que andaba contigo recibiría las claves, así que sólo queda un camino, que cantes rapidito antes de que te arranque las pelotas a martillazos.

El maldito foco que se le metía por las pupilas como gas a presión no lo dejaba pensar. Parecía seguro que el moreno no estaba, ni Clara, porque si hubieran apresado a su hija la estarían utilizando para forzarlo y no era así. Había una remota posibilidad de que Clara hubiera conseguido escapar.

—¿Cómo sé que no...?

—¡No lo sabes, hijo de puta, no sabes una mierda, cabrón, tú ya has perdido la partida, lo único que puedes hacer es cantar para que tu hija se vaya con el coño inflamado en lugar de salir a trocitos en una bolsa!

—Los perros que muerden, no ladran tanto —respondió Guarionex.

Pere Joan entró de nuevo en la zona de visión del inspector y le descargó un juego de puñetazos en la cara. Guarionex esperó a que se apartara un palmo para tomar aire y se tiró hacia él con todas sus fuerzas. Sintió estrellarse su cabeza contra la cara del español que cayó al suelo medio inconsciente. Guarionex lo vio rodar contra uno de los laterales e intentó ir tras él, sin embargo, la silla y el dolor que le recorría el cuerpo le impedía moverse rápido. Pere Joan recuperó el sentido y le descargó un tiro que le atravesó el muslo izquierdo y se estrelló contra un bloque de cemento de la pared. Guarionex sintió desgarrarse su pierna por dentro y un grito de dolor le reventó en la garganta.

—¡Eres un imbécil, un imbécil hijo de puta! —le gritó Pere Joan tumbado todavía en el suelo.

Guarionex no podía responder, el dolor en la pierna le traspasaba cualquier intento por comprender nada. Imaginó el chorro de sangre saliendo por su herida. A la tercera debe ir la buena, pensó. Ni siquiera podía ayudarse a taponar el agujero con sus propias manos, atadas a la espalda tras las barras de plástico de la maldita silla. Vio como Pere Joan se le acercaba escupiendo

sangre por la nariz y la boca y asentaba la silla sobre las cuatro patas.

—Jodido, estás jodido... no creo que pases de una hora.

El inspector sintió como la postura en la silla aceleraba la salida de la sangre.

—Te voy a hacer un torniquete, pero si me intentas aunque sea soplar mientras te lo estoy atando, te vuelo la cabeza, ¿has comprendido?

Guarionex no respondió.

El español salió del cono de luz y regresó al cabo de unos segundos con un trozo de varilla metálica de la obra. Le arrancó la camisa al inspector y se la ató a la ingle. Después la enredó en la varilla y comenzó a girarla a modo de un torno hasta que el flujo de sangre se redujo.

—Una hora —le dijo—. Aún tendrás tiempo de ver la cara de felicidad de tu hija cuando vuelva de su noche loca.

Guarionex sabía que le había hecho daño. Por lo menos debía haberle partido un pómulo o la mandíbula, pero no había sido suficiente. Cerró los ojos en un intento por librarse de la maldita luz del foco y aguantó unos minutos en silencio. El traqueteo del motor y la sangre perdida lo sumieron en un estado de inconsciencia que acabó por derrumbarlo del todo.

—Despierta, inspector, despierta —la voz del español lo trajo de vuelta—, escucha, ya viene, ¿lo oyes?

Guarionex hizo un esfuerzo y le pareció escuchar el motor de un vehículo.

—Ahí está, debe ser tu hija con tu yerno —rió Pere Joan.

El vehículo se detuvo a pocos metros de la construcción y Guarionex escuchó como se apagaba el motor.

—¿Traes a la chica? —gritó Pere Joan hacia el exterior.

El inspector reconoció la luz de la linterna y escuchó la negación del moreno a la pregunta.

—Es más lista que todos vosotros —susurró Guarionex.

—Es posible que se haya escapado esta noche, pero Ángela la encontrará y la pondrá en nómina. Por cierto, ella viene hacia aquí y ha insistido en que no te mueras hasta que llegue.

Guarionex escuchó como Pere Joan le gritaba al haitiano, que apenas respondía a alguna de las preguntas sobre la búsqueda de Clara con monosílabos más propios de un niño de cinco años con problemas de tiroides que de un adulto.

—¡Que no te mueras! —le dijo el español y un bofetón del moreno lo espabiló por unos segundos.

—No tenía que di'parale. Si se muere, dice que tu culpa. Ella ya viene —dijo el haitiano.

Y como si alguien hubiera materializado sus palabras, el sonido de motor lejano se mezcló con el del traqueteo de la planta.

—La cacata viene a verte —rió Pere Joan.

Guarionex levantó el mentón unos centímetros y escupió en dirección al jefe de seguridad del hotel.

—Ésa es de las que se come a los machos...

El vehículo se fue acercando y los focos iluminaron el descampado en obras.

—Dile que apague las luces —mandó Pere Joan al haitiano, que salió armado con su linterna para guiar el vehículo de Ángela Cortese.

El español siguió con la mirada el halo de luz de la linterna hasta que se perdió fuera del edificio, después se volvió a Guarionex y lo golpeó para despertarlo.

—¡Que no te mueras, coño! —le gritó.

Guarionex abrió los ojos y le pareció ver un destello azulado por uno de los huecos de la pared. Después los cerró y desobedeció a su captor.

Día libre. Lunes.

El inspector abrió los ojos y reconoció el lugar. Ya había estado allí, en otra vida, pero lo había visto. La luz era tenue y las formas se perdían en la leve penumbra. Comprendió que estaba tumbado y se alegró al sentir que podía mover todas las articulaciones a pesar de que un dolor terrible le atenazaba la pierna izquierda. Poco a poco, las imágenes de la noche fueron ocupando sus espacios en la memoria y Guarionex recordó la pelea con el español y el tiro en el muslo. Bajó su mano a la herida y notó un vendaje que le partía de la ingle. Giró la cabeza y vio una silla a su lado. Reconoció las vías clavadas en la muñeca y las siguió hasta una bolsa de sangre que colgaba junto a un par más con suero y medicamentos. ¿Cómo había llegado allí?

¿Y Clara, dónde estaba Clara?

Intentó levantarse, pero las fuerzas no le respondieron. Giró la cabeza hacia el otro lado y observó la ventana. Quizá fuera de día tras el black out de la cortina, no podía saberlo. No tenía ni idea de qué hora era, ni siquiera del día en qué estaba.

Hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos, pero un sopor intenso lo dobló y lo sumió de nuevo en la penumbra.

Una voz pareció tirar de él como si lo hubieran atado a la cintura y alguien lo fuera sacando de un hoyo a tirones. Se dejó arrastrar y abrió los ojos. Una enfermera manipulaba las bolsas de suero y hablaba con alguien a quien Guarionex no conseguía ubicar.

—Parece que ha despertado —dijo la enfermera.

Guarionex la miró y percibió sus formas a través de la luz que se colaba por la ventana. Ahora el black out estaba arriba y la habitación de la clínica había recuperado las formas de las cosas. Siguió con la vista la mirada de la enfermera y sus ojos se posaron en la puerta.

—¡Inspector! —gritó Clara.

Su hija corrió hacia la cama y se plantó frente a su padre.

—Clara —intentó articular el inspector.

¡Estaba viva! ¡Su hija estaba viva! No sabía qué diablos había sucedido pero un sentimiento insondable de alegría lo inundó.

—Tranquilo, inspector. Descansa —la mano de Clara le acarició el pelo enmarañado.

—Qué vaina, ayúdame a levantarme y explícame —le dijo con el hilo de voz que fue capaz de sacar.

Clara lo miró y no supo si reír o dar un boche a su padre.

—No debe moverse —le dijo la enfermera—, la herida está fea.

—Ayúdame —le pidió el inspector a su hija.

—Es más duro que la tapa de un coco.

Guarionex escuchó la voz de monseñor Julián César Amado de la Cruz.

—Ya se lo dije el primer día —esta vez fue el coronel Feliz quien se sumó a la conversación.

Clara sonrió y descorrió del todo las cortinas. La luz inundó por completo la habitación y Guarionex vio a los dos hombres junto a un guardia que custodiaba la puerta de la habitación.

El propio obispo se acercó y lo ayudó a incorporarse ligeramente con el auxilio de un par de cojines. Guarionex le pidió agua a la enfermera, que le pasó una botella de plástico y salió asegurando que si le pasaba algo, ella no se iba a hacer responsable.

Clara lo ayudó con el agua y se sentó en la silla junto a la cama.

—Estuvo cerca —le dijo el coronel—. Si no es por él, no lo cuenta.

El inspector miró al obispo y vio que llevaba el brazo vendado.

—¿Qué fue? —lo señaló con el mentón.

—La carne de moreno es más dura de lo que pensaba —rió el obispo.

Guarionex era incapaz de comprender qué estaba ocurriendo a su alrededor. El coronel Feliz cerró la puerta y se acercó hasta plantarse a los pies de su cama.

—Le estuvimos esperando en la entrada del residencial hasta que comprendimos que no tenía intenciones de aparecer por allí, que lo que fuera que tenía en mente no pasaba por entrar en la casa de Ángela Cortese esa noche, o por lo menos no por la puerta principal, así que se me ocurrió llamar al obispo —De la Cruz asintió

—, que justamente regresaba de la capital tras recibir las instrucciones de sus superiores.

—Después de hablar la otra tarde, recibí una llamada del nuncio vaticano con instrucciones de presentarme en Santo Domingo de inmediato. Le llamé y le dejé un mensaje en el teléfono que creo que no llegó a escuchar. Después el coronel me explicó lo que había sucedido.

El coronel le tomó el relevo.

—Me preocupaba que pudiera hacer cualquier locura para rescatar a Clara y le pedí ayuda. Le expliqué la conversación telefónica con el moreno y monseñor comprendió que el lugar de la cita era el prostíbulo. Por desgracia llegamos demasiado tarde y si no hubiera sido porque Clara nos llamó desde una gasolinera, jamás le habríamos encontrado entero.

—Cuando la recogimos, nos explicó lo que había pasado pero estaba desorientada y no era capaz de ubicar el lugar donde le tenían retenido —explicó el obispo.

Guarionex miró a su hija y estiró la mano para tomar la suya.

—Después vimos el destello de unos faros campo a través y cuando desaparecieron en la oscuridad, supimos que ése tenía que ser el lugar. Le debe la vida, inspector —dijo el coronel señalando a Clara y al obispo.

Guarionex asintió. Su jefe tenía toda la razón, si estaba vivo era por ellos dos.

—¿Y el español? —preguntó.

—Le diste duro. El cónsul español ha pasado esta mañana a verlo por el dispensario médico de la Modelo... pero como sea, tendrá tiempo de recuperarse en los años que pasará allí. Y el moreno, no se lo va a creer, es hermano del tipo que le dio con el bate. También está preso aunque jura que no sabe nada de él y que seguramente regresó a Haití.

Guarionex hizo un gesto de rabia y asintió.

—¿Y la italiana?

El coronel Feliz bajó la cabeza.

—No hay nada contra ella. No se movió de su casa, no figura ni siquiera en ningún registro ni documento oficial como propietaria del Jukers. Nada.

El obispo se acercó hasta la cabecera de la cama y se agachó junto al inspector.

—Deje a Dios lo que es de Dios.

Guarionex lo miró y maldijo entre dientes.

—Ahora has de descansar —le dijo Clara a su padre.

El inspector hizo un gesto con la mano para mandarla callar. Aún quedaba una pregunta en el aire.

—¿Y las joyas? —preguntó el inspector.

Monseñor se apartó de su lado y comprobó que la puerta de la habitación estuviera bien cerrada. Después regresó junto al inspector.

—Por eso fue la llamada que me llevó a Santo Domingo —respondió monseñor—, las joyas han aparecido en un escondrijo de la casa de nuestro hermano Martin en Boston. Nunca las sacó, nunca tuvo intención de venderlas o por lo menos, no de hacerlo aquí.

Guarionex miró al obispo. Si sus palabras eran ciertas, todo lo que había vivido durante la semana no había servido de nada.

—Lo lamento —dijo monseñor.

Guarionex sintió el mayor de los dolores y una vergüenza infinita le atenazó el habla. No tenía capacidad para maldecir lo suficiente. Había estado a punto de perder la vida por nada. Su propia hija podía haber muerto frente a sus ojos sin motivo alguno. El inspector apretó los puños y cerró los ojos.

—Eso es lo que hacen los curas, joder la vida de los demás.

Clara se levantó y pidió a los dos hombres que dejaran descansar a su padre. Guarionex vio como los acompañaba hasta la puerta y la cerraba de nuevo tras ellos.

—Te salvó la vida —le dijo a su padre.

—Después de jugármela —susurró su padre con la rabia contenida por los medicamentos.

—¿Crees que sea cierto, que hayan encontrado las joyas en la casa de Boston del obispo?

Guarionex no tenía respuestas, no sabía, él mismo había llegado a creerse su teoría sobre la consigna y el número de teléfono. Ahora le parecía ridícula. La humillación absoluta.

—No lo sé —reconoció.

—Cuando estábamos en Jukers les dijiste que sabías dónde estaban.

—Por un momento pensé que sí —respondió su padre con dificultad.

Clara lo ayudó a ponerse algo más cómodo y le esponjó las almohadas tras la espalda.

—Dijiste que podían estar en Boston.

—O en Punta Cana, en las consignas de la terminal A.

—No cuesta nada echar un vistazo...

Guarionex observó la sonrisa de su hija. Había estado a punto de morir en manos de dos hombres que la triplicaban en fuerza y no la había escuchado quejarse ni una sola vez, salvo cuando simuló estar aterrada para poder escapar.

—¿De verdad te he traído la desgracia desde que dejé preñada a tu madre?

Clara lo miró y llamó a la enfermera para que subiera la dosis de medicamentos, después se sentó en la silla y esperó a que el inspector se sumiera en un sueño de hospital que le duró cuatro días entre caldos y remedios.

Comprendía a su hija, en verdad no había sido fácil su vida con ella. Había aprendido demasiado joven a no depender de nadie, empezando por sus propios padres. Imposible cambiar eso de mayor. Se sentía mal, no sólo por el dolor de la pierna y el malestar de los medicamentos, sino porque Clara había desaparecido.

Quizá para siempre.

Ni siquiera le había llamado padre cuando estuvo a punto de morir.

Porque Clara no tenía padre.

Nunca lo había tenido.

Le dieron un mes de licencia y el coronel le prohibió acercarse a la estación. También le entregaron un teléfono nuevo con acceso a Internet y le pagaron los meses que debía de luz. Ahora el abanico giraba en un suave silbido que tiraba aire desde el techo y que lo abstraía por horas en la contemplación de sus aspas.

Monseñor le escribía de tanto en tanto y lo llamaba por teléfono. No era un mal tipo, Guarionex lo sabía. Su obligación era cumplir las órdenes que le dieran desde arriba, como él mismo, muñequitos

atados de pies y manos a los palitos que otros movían para divertirse o proteger sus intereses.

Agarró el bastón y se ayudó para bajar de la hamaca.

El doctor le había advertido que podría quedarle una ligera cojera de por vida, pero nada que le impidiera volver a caminar aunque fuera con la ayuda de un bastón. Por lo menos no quedaría postrado en una silla de ruedas como temió cuando recibió el disparo de aquel malnacido.

Renqueó hasta la cocina y agarró la botella de romo. Sobre la fregadera descasaban los restos de comida que Rafael le hacía llegar cada día y que una vecina retiraba a media tarde. No estaba mal la vida de enfermo, pensó mientras volvía a la hamaca con la botella en una mano y el bastón en la otra.

Bajar no le suponía demasiado problema, pero subirse era una epopeya. Apoyó el bastón contra la tela tensa y tiró la botella dentro, después se agarró con ambas manos al borde de la hamaca e intentó subir primero la pierna herida.

—¿Necesita ayuda, inspector?

Guarionex se giró y vio a su hija asomada a la ventana.

—¡Clara!

Retomó el bastón y caminó hasta la puerta.

—Nada mal para un tullido cincuentón —sonrió su hija desde el umbral.

—Pensé que no volverías...

—No se me vaya a poner sentimental a estas alturas, inspector.

Clara entró en la casa y ayudó a su padre a sentarse en una de las sillas de la sala. Después se fue hasta la hamaca, recogió la botella de ron de la panza de tela y la plantó en el medio de la mesa. Colocó un par de vasos a lado y lado y se sentó delante del inspector.

Guarionex la miraba hacer. Ya no era una niña, quizá nunca lo fue.

—¿Y bien? —preguntó.

—Primero dime de ti, ¿cómo está la pierna, qué dicen los doctores?

—No me voy a quedar patijodío si es lo que temes.

Clara rió.

—Tenías razón, viejo del demonio —Guarionex la miró sin comprender—, y no me abra así los ojos que no le voy a echar gotas.

La risa de Clara vestía cada rincón de la casa. La joven destapó la botella y sirvió un chorro generoso en cada vaso.

—Vamos a brindar —propuso Clara.

—¿Por qué? —preguntó su padre aguantando unas formas que ante cualquier otra persona habrían supuesto un estallido de ira.

—Por nuestro futuro, inspector.

Brindaron y vaciaron los vasos de un trago. Clara miró divertida a su padre, en verdad estaba gozando. Llenó de nuevo los vasos y dejó la botella en la mesa.

—No existe la consigna 1314 en Punta Cana, inspector — Guarionex repasó en su memoria el panel de puertas metálicas que se escondía en el pasillo de acceso a la oficina de su amigo Winston James Worthy—, sólo llegan hasta la novecientos noventa y nueve.

Guarionex la miró e hizo un cálculo rápido.

—Cuando pasé me pareció contar ciento cincuenta cajas en filas de a nueve.

Clara le dio un poco más de suspense y bebió el extra viejo de un sorbo largo.

—¡Bien inspector! Buen ojo, así era, pero con las obras de la nueva terminal las redujeron a menos de la mitad.

Guarionex la miró sin comprender.

—Entonces, ¿por qué estás tan fastidiosamente contenta?

—¡Porque en Boston sí! —dijo después de saborear el jugo dorado en su boca.

—¿En Boston sí, qué? —preguntó su padre.

Clara se levantó y salió de la casa.

Volvió al cabo de un minuto armada con una bolsa de piel cerrada por dos candados dorados. La puso sobre la mesa, sacó una llave de una cadena que le colgaba entre los pechos, abrió con ella los dos candados y volteó la bolsa.

Un montón de billetes atados en paquetes de a cien se desperdigó por la mesa derramando el ron sin beber del inspector, que miraba la lluvia de dólares como si se le hubiera aparecido un extraterrestre rascando una güira.

—En Boston sí, inspector, en el aeropuerto Logan sí existe la consigna 1314 que se abre con el código de seguridad 6954, ¡los números del teléfono del baboso cómo habías dicho!

—Pero De la Cruz dijo que habían recuperado las joyas.

—Y seguramente tenía razón, inspector, porque en verdad no habían joyas —remarcó la ese—, sólo había una, ¡una hebilla dorada que en Panamá supieron apreciar!

Coño de niña.

Imaginó al sinvergüenza de Topolino Acosta y una sonrisa le cruzó la cara de lado a lado.

—Ya veo —dijo el inspector—, ¿le diste recuerdos de mi parte?

Clara rió.

—Ni siquiera negoció el precio. Sólo me puso una condición.

—¿Cuál? —preguntó Guarionex con las manos llenas de billetes americanos.

—¡Que no quería volver a verte nunca más!

Estimado lector,

Espero con sinceridad que haya disfrutado la novela, y de ser así quería pedirle un pequeño favor, que dejara una reseña de la misma en la página de Amazon donde la adquirió.

Habría observado que a pesar del trabajo que requiere la creación de una obra, su precio es realmente económico. Esto es así porque creo que la mejor manera de difundir la literatura es haciéndola asequible al mayor número posible de lectores, y por eso me sería de gran ayuda si dejara un comentario en la página de Amazon donde compró la novela para que otros lectores también conozcan su opinión y se animen a formar parte de la historia del inspector Guarionex.

Del mismo modo le invito a que si publica su reseña, me la haga llegar a mi correo jordi@jordidiez.com, y a cambio recibirá las peripecias de la señorita Clara en su visita a Boston ;-)

Sin más, no puedo despedirme de usted sin agradecerle de corazón que me haya regalado su confianza leyendo esta novela. El inspector y un servidor le damos las gracias y le prometemos que pronto volveremos con más andanzas.

Muchas gracias,
Jordi Díez

Índice

PUNTA CANA

7 NOCHES

Día primero. Lunes.

Día segundo. Martes.

Día tercero. Miércoles.

Día cuarto. Jueves.

Día quinto. Viernes.

Día sexto. Sábado.

Día séptimo. Domingo.

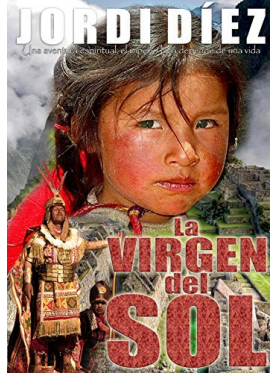
Día libre. Lunes.

Estimado Lector

Índice

Otras obras del autor

Otras obras del autor:

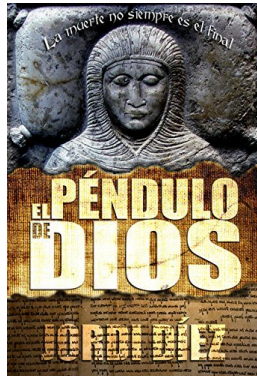


LA VIRGEN DEL SOL

Corren tiempos turbulentos para el Imperio inca. El emperador Yupanqui Pachacutec ha iniciado una expansión territorial para evitar que se cumpla la profecía que vaticina la próxima desaparición de su pueblo. Este sangriento proceso supondrá luchas entre posibles sucesores, traiciones inesperadas y la aparición de héroes y mártires. Pero sobre todo, requerirá el esfuerzo de todo el pueblo, que se verá forzado a trabajar unido en la construcción de la ciudad sagrada, desde la que el Hijo de Inti regirá los designios de todo su territorio.

Entretanto, en una pequeña aldea del imperio, un sacerdote ha leído en los astros que Nemrac, una joven de ojos como esmeraldas, está llamada a ser Hija del Sol. Llenos de emoción ante tal honor, los padres de la joven, Nuba y Airún, emprenderán un camino sin regreso hacia el Templo del Inticancha, donde la niña deberá cumplir con su destino. Durante el duro viaje, Nuba perderá a su mujer y a su hija; descubrirá que la realidad puede ser terrible y al mismo tiempo hallará el valor necesario para oponerse a la fatalidad y tratar de reunirse de nuevo con Airún y Nemrac. Esta aventura requerirá no sólo todo su esfuerzo, rigor e ingenio, sino también un enorme crecimiento espiritual que le ayude a aceptar y comprender el esquivo sentido de la vida.

La Virgen del Sol es una novela apasionante, que transporta al lector a las tierras del Inca, a la vez que le descubre la espiritualidad de esta cultura milenaria.



[EL PÉNDULO DE DIOS](#)

Un thriller cargado de emoción que hará que el lector reviva periodos de nuestra historia, mientras se ve atrapado en una trama tan trepidante como adictiva.

Durante siglos los descendientes de una comunidad esenia han intentado mantener oculto el último regalo de Jesús... Hasta ahora.

Cècil Abidal, un auditor de proyectos humanitarios, se ve envuelto en un asunto de tráfico de antigüedades que lo lleva tras los pasos de Azul Benjelali, una experta en lenguas antiguas que está a punto de descubrir un secreto que ha permanecido oculto durante miles de años.

Con la ayuda de Mars, una misteriosa mujer, Cècil Abidal comienza una carrera contra el reloj que lo llevará de una clave a otra tras los pasos de los esenios, los romanos, los templarios, los almogávares, las tropas borbónicas y los nazis, y que nos mantendrá en vilo desde la primera página.

Un rompecabezas que los protagonistas deberán resolver si no quieren que el secreto caiga en las manos equivocadas, la de aquellos que lo han perseguido durante siglos.

La eterna lucha del hombre por dominar su tiempo, la ambición, la generosidad, la esperanza y el miedo, las dos caras humanas enfrentadas por el poder a lo largo de dos mil años.

Los lectores de este género que amalgama suspense detectivesco, esoterismo contemporáneo e historia bien documentada no se verán defraudados.



[ANACAONA, LA ÚLTIMA PRINCESA DEL CARIBE](#)

Tras veintiséis años en tierras ignotas, Fray Ramón Paner regresa a su Barcelona natal con el legado de toda una vida: la historia del mayor descubrimiento de la humanidad.

En su memoria carga el testimonio de su llegada a la idílica isla de Ahíti junto a un grupo de bravos aventureros que bajo el mando del Almirante Cristóbal Colón fueron los protagonistas de la mayor gesta conocida por el hombre, pero también los encargados de someter las voluntades escondidas en ese exuberante nuevo mundo.

Por su parte, aunados en torno a la figura de su líder, Caonabó, y de su bella esposa, Anacaona, los aborígenes intentarán defenderse contra un choque de mundos en el que el amor, el deseo, la envidia, la ambición y el terror arrastrarán a los hombres hasta los límites más recónditos de su condición humana.